

Incógnitas y otros textos

COLECCIÓN
LETRAS
DE PAPEL





JUAN SALADO JURADO

Escribir es esconder detrás de la ficción la realidad sobre quién soy, es exigirle al mundo un cambio, es comprender que la ciencia no encontrará jamás mejor cura que las palabras.

Para mí, escribir es entender mis emociones y plasmarlas en historias con la intención de reparar las cosas rotas.

En definitiva: escribo para intentar salvar al mundo, pero, sobre todo, escribo para así salvarme a mí.



HELENA HURTADO CORTÉS

Desde muy pequeña, mi pasión han sido las letras. Mi madre me cuenta que cuando escuchaba una palabra que no conocía, siempre le decía: "¿qué significa?" y, rápidamente, la agregaba a mi pequeño vocabulario, que cada vez se hacía más extenso debido al interés por conocer y aprender. Me encantaba que me contaran cuentos, recitaran poemas, escuchar relatos... supongo que todo eso me ha motivado tanto hacia el mundo de la lectura y la escritura. Leer me apasiona, me divierte, me transporta, me entretiene; y escribir supone para mí dar un paso más en este apasionante mundo de las letras y mi amor por ellas. Ojalá algún día pueda compartir todo lo que siento e imagino, y llegue a emocionar con mis textos tanto como mis autores favoritos lo han hecho conmigo.



JORGE CASADO MINGORANCE

Para mí, escribir supone una manera de divertirme, ayuda a la creatividad de la persona. Os animo a leer mucho, porque, si no leéis, no tendréis suficiente imaginación para crear una historia. No hace mucho, en el colegio quisieron que escribiera, primero una novela corta, y después algunas poesías, y ese fue el momento en el que me di cuenta de que me gustaba expresar ideas con palabras. Mi profesor me dijo que no se creía que lo hubiera hecho yo, pero no me desanimé y seguí hacia adelante, así que nunca tiréis la toalla. Creo que mi lazo con la escritura está en los libros que leo, y por eso puedo jugar con las palabras.



IRENE GUADIX GIL

Escribir es una forma de expresarse. Siempre he tenido la necesidad de expulsar las ideas de mi cabeza, y la literatura es una de las mejores formas de hacerlo. No hace falta que nadie lea lo que escribo, con verlo sobre el papel me basta. Escribir me tranquiliza y me hace sentir satisfecha al ponerme a prueba creando y dando forma a lo que llevo mucho tiempo dando vueltas; desahogándome a mi antojo. Creo que esa es la clave: escribir te ofrece la libertad de manejar las palabras a tu gusto.

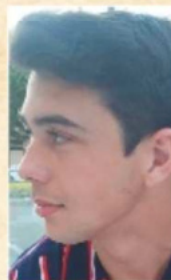


CLARA DUEÑAS MARTÍN

La escritura es un arte inevitable. La única forma que tenemos de vivir más vidas que aquella que se nos ha brindado es la escritura.

Mi abuelo dijo una vez que aquellos que tenemos la suerte de escribir y hacer sentir no tenemos el derecho de ocultarlo y privar al mundo, y que es nuestra obligación compartirlo.

No se escribe para un lector, ni para un jurado. Se escribe para uno mismo, para expresar aquello que sentimos y que podemos, mediante palabras, liberar.



VÍCTOR BAYONA MARCHAL

Hay algo intuitivo en la escritura: el asombro. Esa actitud de enfrentarse a la realidad con la voluntad de indagar en ella, de bucear, es, sin duda, la que me empuja a mí a escribir. Abordar lo que nos sucede con otros ojos, con otras manos; mirar de forma distinta. Y aprender. Y sorprenderse. Y admirar.



MARÍA GÓMEZ BELLIDO

Las palabras son una fuerza silenciosa que me engulle, sumiéndome en un invierno cálido del que no escapo hasta que las dejo salir. Hacen sus ataques de manera impredecible: pueden tardar minutos, días, horas, años; no me rescatan cuando estoy trabada en un apuro, ni aparecen para salvar el día. Cuando menos me lo espero, se cruzan conmigo, penetran en mi cabeza y me cuentan su historia. Es entonces cuando sé que ha llegado el momento de escribir. Puede que sea su esclava, sí, ¿pero quién no querría serlo?



JANO ALARCIA RUIZ

Yo escribo porque cojo el lápiz, ordenador o lo que sea que vaya a utilizar, y empiezo a poner palabras. Bueno, esa es la razón por la que mis historias aparecen escritas, pero la razón por la que invento historias es porque me divierto haciéndolo. De repente, en cualquier sitio (desde el sofá hasta en el planeta Marte), se me ocurre una idea, que luego se va uniendo con más ideas y acaba siendo una historia y, mientras la escribo, me río, me emociono, y me lo paso bien.

Incógnitas y otros textos

COLECCIÓN
**LETRAS
DE PAPEL**



Agencia Andaluza de Instituciones Culturales
CONSEJERÍA DE CULTURA Y PATRIMONIO HISTÓRICO

PRIMERA EDICIÓN

Edita: JUNTA DE ANDALUCÍA. Consejería de Cultura y Patrimonio Histórico

Edición no venal

© DE LA EDICIÓN: JUNTA DE ANDALUCÍA. Consejería de Cultura y Patrimonio Histórico

© DE LOS TEXTOS: sus autores y autoras

© DEL PRÓLOGO: Daniel Blanco, Pedro Ramos, Violeta Niebla

© DE LA ILUSTRACIÓN: Leticia Morgado

© DEL DISEÑO Y MAQUETACIÓN: Asociación de Editores de Andalucía



Esta edición recoge textos seleccionados de entre los presentados en las pruebas de acceso a la Escuela de Verano para Escritores Noveles, programa del Centro Andaluz de las Letras creado con la finalidad de promover y difundir la creación literaria entre los jóvenes andaluces.






Depósito Legal: SE 1260-2019

Impresión: PODiPrint

Impreso en Andalucía – España

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin el permiso por escrito de la entidad editora.

Impresos en:

- Cubiertas: Incada Silk 240 g de Torras Papel  
- Interior: Coral Book Ivory 1.65 90 g de Torras Papel   

La Comisión de Valoración de las pruebas de acceso a la Escuela de Verano para Escritores Noveles 2019, compuesta por los autores Daniel Blanco, Pedro Ramos y Violeta Niebla, que seleccionó estos textos de entre los presentados, emitió su fallo el 27 de abril de 2019.

El asesoramiento técnico del Centro Andaluz de las Letras estuvo a cargo de Carmen Martínez, Antonio Luis Ginés, Emilia Recio, Eva Bocanegra, Fernando Jiménez, Francisco Ruiz, Julio Velasco, Pablo Monereo y Sandra Martín.

Agradecimientos a Leticia Morgado por la ilustración de cubierta, a Daniel Blanco, Pedro Ramos y Violeta Niebla por los prólogos y a la Asociación de Editores de Andalucía (AEA) por su colaboración en la edición.

¿Qué extraño vínculo ha unido a la sevillana Rosa Berbel, al malagueño Cristian Alcaraz y al jiennense Carlos Catena Cózar, al margen de la juventud y el talento poético? ¿Y qué ha convocado en un espacio de creación con el mismo objetivo a autores tan diversos como Clara Sánchez, Lorenzo Silva, Eva Díaz Pérez o Marina Mayoral?

La respuesta, para todos los que amamos la literatura, apostamos por el fomento de la creación y creemos firmemente en los autores andaluces, está muy clara: la Escuela de Verano para Escritores Noveles, un programa ilusionante que, desde el año 2006 y a través del Centro Andaluz de las Letras de la Consejería de Cultura y Patrimonio Histórico, convoca a chicos y chicas entre los 10 y 20 años para que convivan durante una semana, compartan experiencias, inquietudes, emociones, aprendizajes, risas y compromiso.

Porque la mejor manera de tomar el pulso a la creación literaria andaluza y a su futuro es ver qué están haciendo los jóvenes, qué dicen sus voces. Para esto y para vertebrar las voces literarias en una comunidad tan diversa y rica como es Andalucía nada mejor que reunir a estos jóvenes talentos, pero también dotarlos de las herramientas y saber hacer para que crezcan literariamente.

Es el cometido que este año tienen el poeta y novelista cordobés Joaquín Pérez Azaustre y la también poeta y novelista loana Gruia, rumana pero tan granadina y andaluza como Ángeles Mora, Premio Nacional de Poesía 2016. Ellos, como ya hicieron los antes citados Lorenzo Silva o Marina Mayoral, entre muchos más, acompañarán a los chicos y chicas durante esta semana compartiendo sus experiencias, sus estrategias a la hora de ponerse delante de la página en blanco, sus fracasos y sus éxitos. Su literatura.

Este nuevo volumen de la colección Letras de Papel recoge poemas y cuentos de los participantes en la presente edición de la Escuela de Verano para Escritores Noveles, publicación que ha sido posible, como ya es habitual, gracias a la colaboración de la Asociación de Editores de Andalucía (AEA) y a los miembros de la comisión que valoró los trabajos literarios presentados para esta edición, los escritores Daniel Blanco, Pedro Ramos y Violeta Niebla. A todos ellos también mi agradecimiento por su compromiso con la joven literatura andaluza.

Creo que es un momento para ser optimista, para alegrarnos por el camino recorrido por la Escuela y los frutos recogidos. Y es el momento de confiar y apostar por el futuro de los escritores andaluces. Aquí está la muestra.

Patricia del Pozo Fernández

Consejera de Cultura y Patrimonio Histórico

JUNTA DE ANDALUCÍA



Índice general

Prólogo	10
CUENTO 10-12 años	
TARIK Y SU UNIVERSO DE PALABRAS. Helena Hurtado Cortés	14
CUENTO 13-15 años	
EL ASESOR. Clara Dueñas Martín.....	21
CUENTO 16-18 años	
UNA HISTORIA DESCABEZADA. María Gómez Bellido.....	30
POESÍA 10-12 años	
LO QUE LA OSCURIDAD ESCONDE. Jorge Casado Mingorance.....	37
POESÍA 13-15 años	
INCÓGNITAS. Irene Guadix Gil.....	40
POESÍA 16-18 años	
OVERGROWN. Víctor Bayona Marchal	43
RELATO 10-15 años	
PASCASIO Y LA GRAN MORSA DE ORO. Jano Alarcia Ruiz.....	46
RELATO 16-20 años	
DEMONIOS ENTERRADOS. Juan Salado Jurado.....	100

Prólogo

Todavía recuerdo la cara de los adultos cuando, siendo niño, yo dedicaba los domingos y los veranos a escribir cuentos de extraterrestres y de reyes, obras de teatro en las que siempre moría alguien. A los demás les parecía curiosa, casi divertida, mi pasión infantil y me miraban con el gesto de no entenderme demasiado bien. Supongo que en silencio deseaban que gastara el tiempo en otra cosa más popular, en salir a la calle o en jugar con la pelota. Pocos se toman en serio a un niño o a una niña que escribe. Les parece original, raro, como contemplar un animal exótico en un zoológico. Por aquel entonces, yo creía que era el único que inventaba historias y que estaba completamente solo. Hoy veo lo equivocado que estaba. Ser jurado para elegir a los participantes de esta Escuela de Verano para Escritores Noveles que organiza la Junta de Andalucía me ha permitido conocer de cerca lo bien que escribís, los mundos que habitáis, la imaginación que tenéis. Y os envidio, os envidio mucho. Ojalá a vuestra edad yo hubiera escrito con ese pulso. Ojalá hubieran existido esos campamentos para aprender y practicar. Ojalá hubiera sabido que no estaba solo. Como adulto, os envidio, y como lector, os admiro porque mantenéis viva la frescura, porque escribís en una época en la que lo fácil es no escribir. Sois treinta y cinco, pero podáis haber sido sesenta o cien. Aquí hay talento. Conservadlo, cultivadlo y, sobre todo, compartidlo. Fijaos, todavía hoy, algunos conocidos, después de un tiempo sin verme, me preguntan si sigo escribiendo. Yo los miro con la cara arrugada, como una huella dactilar, porque para mí escribir es como respirar. No me imagino dejando de respirar. Tampoco de escribir.

Daniel Blanco

El escritor es una especie en peligro de extinción, la inspiración, escasa y los lectores sueñan con mundos eléctricos donde los avances tecnológicos les marginan; adolescentes que buscan el sentido de la vida y encuentran la muerte, invasiones alienígenas sin efectos especiales y psicópatas de cartón pluma. Estos han sido los temas principales, recurrentes, de los candidatos a la Escuela de Verano para Escritores Noveles 2019. Poetas y narradores que buscan un punto de encuentro para sus creaciones, un lugar en el que seguir aprendiendo un oficio que nunca se termina de aprender porque, como en la mejor de las historias, no conocemos el final hasta la última página. Así que pasen y lean, sin prejuicios, a estas jóvenes promesas dispuestas a encontrar su voz en el maravilloso mundo de los contadores de historias.

Pedro Ramos

Me imagino el momento en el que estos niños y niñas empezaron a cambiar los juguetes para jugar con las palabras. Me gusta pensar que han usado la palabra como artilugio, como objeto de deseo, como desorden en un cuarto de juegos.

Hubo un momento, un punto de inflexión, en el que dejé de interesarme lo que se había escrito antes de mi nacimiento y empezó a interesarme mucho más todo lo que venía después. Mi gusto por lo contemporáneo fue *in crescendo*. En el arte, en el teatro, en la literatura, me atrae lo más nuevo, lo menos contaminado, el germen del artista cuando todavía no sabe que es artista.

Qué gran idea aglutinar a todos estos talentos en la Escuela de Verano para Escritores Noveles de la que podría salir un *bildungsroman* colectivo y andaluz que retrate perfectamente (como estos textos) la transición de la niñez a la vida adulta.

Ha sido un gusto sentarme a descubrir nuevas joyas, leer el futuro como quien lee el horóscopo, intuir entre estas líneas qué pasará mañana.

Violeta Niebla

A decorative border surrounds the page, featuring a winding vine with leaves and several roses. Interspersed with the floral elements are gear-like shapes, suggesting a steampunk or industrial theme. The background is a textured, light gray surface with a large, faint archway in the center.

CUENTO

10-12

Tarik y su universo de palabras

Helena Hurtado Cortés

Sevilla

Cuento 10-12 (11 años)

Tarik hoy me recuerda que hace seis años llegó a España. El viaje no le pareció divertido, ni tuvo en ningún momento ganas de emprenderlo, pero su madre le explicó y le requele explicó que debían hacerlo. Él no lo entendía, pues disfrutaba con cada cosa que tenía en su día a día: jugar sin prisa, disfrutar de las ricas pastelas que hacía su abuela, tomar el sol, charlar con los amigos... pero lo que más le gustaba era escribir y aprender nuevas palabras.

Tarik sentía que todo esto lo dejaba atrás.

Aún se acuerda del día que se montó en una barca atestada de personas que, como él, no querían partir. A pesar de su edad, él veía el sufrimiento de los adultos en sus rostros.

De repente, Tarik, a pesar de estar rodeado por los brazos de su madre en todo momento, sintió miedo. Un escalofrío recorrió todo su cuerpo, y, entonces, cerró los ojos y pensó en todas esas palabras hermosas que conocía y que le ayudaban a sentirse mejor: te quiero, campeón, suerte... miró hacia las estrellas que iluminaban la noche y allí se quedó dormido escuchando en su mente un sinfín de retahílas.

No se acuerda, por más que lo intenta, del momento en el que desembarcaron, pero sí que al despertar había una voz amiga que le decía que todo iba a salir bien:

—¿Bien? ¿Dónde está mi mamá? —exclamó Tarik.

—Tranquilo —le replicó la voz amiga—. No debes levantarte de la cama —añadió.

—Pero... ¿y mi mami? —preguntó de nuevo Tarik.

—No estoy muy segura pequeñín, pero me parece que está en la habitación contigua —concluyó la voz amiga antes de marcharse.

Y, en ese preciso momento, Tarik aprendió el significado de las palabras incertidumbre, desasosiego y angustia. Suerte que fue poco tiempo, justo el que le llevó asegurarse de que su madre estaba en la habitación contigua recuperándose del trayecto infernal tras el que habían llegado.

Los meses sucesivos fueron de muchos cambios: formar un hogar, escuchar un nuevo idioma, acompañar a su madre de centro en centro y, por supuesto, integrarse en un colegio. Y ahí fue cuando nos conocimos.

Debo admitir que al principio no hicimos buenas migas, pero no hay nada que el tiempo no pueda cambiar. Y, con su primitivo conocimiento del castellano, porque algo sabía, y mi nulo dominio del francés, fuimos fraguando una bonita relación.

A decir verdad, hablar el mismo idioma nunca fue un problema, pues ambos salimos ganando porque nació un intercambio de palabras con las que expresar todo lo que nos ocurría. Nos sentíamos afortunados de compartir esa pasión por las palabras y por las buenas historias. Así que, nos propusimos el reto de contarnos nuestros cuentos populares preferidos. Cada semana le tocaba a uno de nosotros prepararlo para contárnoslo en la hora del patio. Así fue como aprendí la historia de *El agua del desierto*, *Los dos ladrones y el burro* o el cuento sufí de *Nasrudín*, uno de los preferidos de Tarik porque su abuela se lo contaba con mucha frecuencia. Me encantaban estos

cuentos y me provocaban tensión esperando el desenlace, siempre me enseñaban algo de forma muy divertida.

A nuestras reuniones en el patio se fueron uniendo otros compañeros de clase que, viéndome ensimismado, escuchando con tanto interés los cuentos que Tarik me contaba, se animaron a prestarle la misma atención. Contábamos los minutos que quedaban para salir al recreo y ver lo que nos tenía preparado. Lo que empezó siendo un intercambio terminó en un momento para poder escucharle. Tarik tenía unas habilidades especiales para narrar y contar cuentos. Nos dejaba embobados escuchando cómo adaptaba su tono de voz y sobre todo su calidad dramática. ¡Parecía como si viésemos cada una de las escenas en vivo y en directo!

Tarik se fue adaptando y estaba contento en el colegio. ¡Se sentía tan importante! Yo acudía por las mañanas expectante por el cuento del día. ¿Cómo podía saber tantos? Y, mientras me contestaba a mí mismo esas preguntas, aquel día, al encontrarnos en la fila para entrar en clase, supe que no habría cuento. En su cara se reflejaba mucha tristeza.

—Me tengo que marchar de este colegio —dijo Tarik sin que yo le preguntase nada.

—¿Qué estás diciendo? —añadí incrédulo.

—Mi madre ha encontrado un trabajo en otra ciudad y otra vez nos marchamos.

—Tarik, ¿es definitivo? —pregunté.

—Sí, lo es —dijo con tono apesadumbrado.

Entramos a clase cabizbajos y sin mediar palabra. Yo no me concentré en toda la mañana y supongo que a él le ocurrió lo mismo. Al salir al patio, todos aguardaban el momento del cuento, pero Tarik tan solo dijo:

—Chicos, hoy no tengo nada que contar.

Tampoco quiso contar a nadie lo que le ocurría, solo fui yo el afortunado o desafortunado en compartir esa tristeza por conocer el motivo de que ese día no hubiera cuento. Tarik estaba comprendiendo

el significado de nuevas palabras y emociones: desconsuelo, aflicción y pesadumbre. Sentados en el banco del patio, no cruzamos palabra alguna. Mirando hacia el horizonte solo se me venía insistentemente a la cabeza una pregunta sin respuesta:

—¿Qué hacer? ¿Qué hacer? ¿Qué hacer?

No me atrevía a hablar con Tarik, pues no sabía qué podía hacer para ayudar o arreglar esta situación. Estaba profundamente bloqueado. De repente, sonó el timbre del colegio que indicaba el fin del descanso y vuelta a la clase. Estaba tan desconcentrado como al principio de la jornada, pero en la hora de tutoría me armé de valor y pregunté en voz alta a nuestro profesor qué hacer en caso de que un amigo se cambie de ciudad.

—Hoy en día es fácil conservar una amistad, estamos rodeados de tecnología de la comunicación que nos hacen la vida más fácil cuando queremos relacionarnos —explicó nuestro maestro a toda la clase.

Comenzó a enumerar muchísimos ejemplos pero yo ya no lo escuchaba. No quería que nuestra amistad fuese virtual, quería disfrutar de su presencia, comentar lo que habíamos vivido en clase, aprender de sus historias y compartir palabras.

Ese día nos despedimos con un seco “hasta mañana”. Yo no podía articular palabra. Así que, cuando llegué a casa, cogí un folio y empecé a escribirle una carta. Tiré casi 20 hojas hasta que, por fin, conseguí decirle todo lo que pensaba.

No pegué ojo pensando en el momento de la despedida. ¿Cuántas despedidas tiene que hacer una persona? No es justo que Tarik tenga que despedirse tantas veces. ¿Por qué es todo tan difícil? ¿Es que su mamá no está feliz en este barrio? ¿No le gustará el colegio o los amigos de su hijo? o... ¿No verá a Tarik feliz? Miles de preguntas asaltaban mi cabeza. Hasta que, por fin, concilié el sueño.

Al día siguiente, camino a clase, las mismas preguntas con las que me dormí estaban esperando en mi cabeza como los niños esperan en fila la hora de entrar en el colegio. Seguía sin tener respuesta para cada una de ellas, pero yo llevaba conmigo la carta para Tarik que

tanto me había costado redactar la tarde anterior. Una carta sincera en la que le contaba lo que había supuesto para mí que él llegase a nuestra clase. Hasta entonces, yo era un niño diferente al resto, un bicho raro porque no me gusta el fútbol, eso de que me guste leer es solo de frikis y, ciertamente, a nadie le gusta hablar sobre lo que lee o lo que le reportan las lecturas. Con Tarik me sentía bien, él me comprendía perfectamente, y, además, aprendía tanto con él que no podía aceptar la noticia de su partida. Por fin había encontrado a alguien que compartía conmigo gustos y aficiones, y ahora tendría que volver a empezar.

—Buenos días, Tarik. ¿Alguna novedad? —pregunté nada más llegar y verlo en la fila.

—La misma de ayer. Es definitivo —contestó cabizbajo—. Volver a empezar —musitó.

—¿Volver a empezar, Tarik? Esto es justamente lo que pienso. También yo tendré que volver a empezar —añadí.

Claro que, para su entender, yo no tenía que volver a empezar nada. Me quedaba en el lugar donde crecí y estudié todos estos años. El mismo barrio, las mismas amistades, las mismas distancias para visitar a mis familiares... yo... empezar, ¿el qué?

Era hora de entrar en clase y no le expliqué nada. Dejé que pasase la jornada, y camino a casa me detuve para darle la carta que tanto esfuerzo me costó escribir la tarde anterior.

—Tarik, esto es para ti. Quiero que lo leas cuando llegues a tu casa. Para mí es importante que sepas todo lo que te he escrito —le dije antes de dejarlo en el punto en el que diariamente nos despedíamos, le di un gran abrazo y empecé a caminar en dirección a mi casa.

Lejos de lo que le recomendé, Tarik leyó la carta en ese preciso instante. Se quedó inmóvil en ese mismo punto y la leyó hasta haberla concluido.

Yo caminaba cuando escuché su voz...

—Espera, espera... por favor —gritó Tarik.

Al volverme, yo tenía los ojos llenos de lágrimas, entonces Tarik se acercó a mí y me recordó que ese día hacía seis años que llegó a España y que conmigo aprendió el verdadero significado de la palabra AMISTAD.

Marzo, 2019

A decorative border surrounds the page, featuring a dark grey background with a large, faint gear shape in the center. The border is composed of a dark grey frame with a light grey, textured interior. The frame is adorned with a climbing vine that has several leaves and two roses. The roses are positioned at the top-left, bottom-left, and bottom-right corners of the frame. The gear shape in the background is a large, faint, dark grey gear with a semi-circular cutout at the top.

CUENTO

13-15

El Asesor

Clara Dueñas Martín

Granada

Cuento 13-15 (15 años)

El Asesor coge el teléfono y se gira en su silla de oficina para observar las vistas de la planta noventa y ocho de su edificio.

Mantiene una charla corta y decisiva. Antes siquiera de descolgar el teléfono, ya sabía la predisposición con la que contestaría a su cliente.

El tono de llamada del fijo es lo que le indicó que, si el cliente no tenía nada por lo que luchar, le aconsejase la única solución posible para evitar que se convirtiese en un parásito social.

El Asesor no sabe cada cuántas llamadas suena el tono maldito. Sigue un logaritmo que, pese a todos sus años de trabajo (que le han permitido costearse una de las mejores oficinas del lugar), no ha conseguido descifrar.

Juega con el cordón enrollado mientras habla. Debería comprarse un teléfono más moderno, ya se lo han dicho. Pero la antigüedad de éste le recuerda a sus tiempos jóvenes, en los que la rebeldía y el placer eran todo lo que le parecía importante en la vida.

Se despide con un "hasta siempre", que ha repetido más veces de las que quiere admitir, y cuelga el teléfono. Son solo dos segundos los que pasan mientras se acomoda en el respaldo de su silla hasta que observa indiferente el cuerpo de un trabajador de la planta noventa y nueve precipitarse al vacío.

No se mueve, ni se acerca a mirar. Unos pocos años atrás lo habría hecho. Pero ya sabe qué imagen se encontrará en el suelo de asfalto de la calle. La tiene grabada en su memoria, y es capaz de escuchar el golpe seco y el gorgoteo líquido que produciría arcadas a todo aquel que caminase cerca del edificio en aquel momento. La cabeza abierta, y las tripas fuera y esparcidas por el suelo en una fuente de sangre que, poco a poco, se va apagando formando un río hasta la alcantarilla más cercana.

No es el primero que salta desde la torre.

Al Asesor siempre le ha gustado su trabajo. Es tan sencillo como aconsejar sobre una duda simple y sencilla que el pueblo llano, como él los llama, no es capaz de solucionar. Siempre llaman cuando pasan un mal momento, obviamente. Hacen todos la misma pregunta, y luego exponen sus argumentos, deseando escuchar una respuesta negativa por su parte. Pero muchos merecen una respuesta afirmativa a una pregunta que tatea el suicidio. Su compañero, que hasta hace un minuto estaría firmando papeles, o mirando fotos de su esposa de la que estaba a punto de divorciarse, es uno de los mejores ejemplos.

A otros, sin embargo, el Asesor les ofrece una segunda oportunidad, independientemente del tono de llamada que le indica la predisposición con la que debe contestar. Si un tono maldito llama diciendo que tiene dos niños y los cría solo, el Asesor aconsejará una vida larga y segura, lejos de dudas, pues su muerte supondría un doble cargo social para los orfanatos y el Estado, además de posible ayuda psicológica y económica. Si un tono bendito llama diciendo que se dedica a poco más que traficar con todo lo que se le pase por delante, el Asesor informará que la mejor decisión posible que puede tomar es terminar con todo aquel agobio presente en su vida, de una vez por todas, despidiéndose con su famoso "hasta siempre" y haciendo pensar a su cliente que lo recordará, cuando ni siquiera sabe su nombre.

Esa es la única norma que estaba escrita en el cristal de la puerta de la oficina cuando le ofrecieron el trabajo. Es el primer y único Asesor de Vida existente, y, como tal, su identidad y la de sus clientes deben permanecer en secreto. Sabe que la línea por la que habla está pinchada, y que cometer un error supondría su despido o su muerte. Por eso cumple la norma a rajatabla, pese a que hay días en que los fantasmas de los suicidios que ha aprobado parecen rondarle. No negaría que le asusta, si hubiese alguien para preguntárselo... Pero le gusta tanto que no puede evitarlo. Se siente poderoso escogiendo de la forma más lógica posible quién merece vivir y quién no. Es el encargado de la purga social llevada por el gobierno para evitar la sobrepoblación. Y le encanta serlo.

No mucho después de la tercera llamada de la tarde, el teléfono de su mesa vuelve a sonar.

Descuelga silenciando el tono bendito, y habla. Esta vez, la voz al otro lado le suena extrañamente familiar. No es la primera vez que le pasa, y supone que será otro trabajador de la torre o el conductor de autobús que todos los días lo lleva hasta su trabajo.

Suspira en silencio, pues no le gustaría demasiado tener que conocer a otro conductor o ver una nueva cara todas las mañanas antes de entrar en su planta, pero, pese a ello, prosigue con su trabajo.

El hombre, que intuye joven, comienza con muchas papeletas de salvarse. Ambos padres están vivos y tiene una hermana más pequeña que él. Quiere seguir estudiando y labrarse una buena carrera, relacionada con la música. Sin embargo, su trabajo parcial de camello no es algo que le guste mucho al Asesor. Ni eso, ni su problema con la bebida que, le explica, tiene desde que era menor de edad. No está seguro de poder curarse, pues a todo esto se le une el sentirse una decepción en casa, y necesitar ayuda psicológica que ha ocultado a sus padres. El joven calla, y el Asesor sopesa. Quiere más información, pero su cliente no cree que la haya. El Asesor le proporciona una segunda oportunidad que el joven acepta. El Asesor ofrece un par de

consejos que el cliente finge aceptar, como informar a sus padres sobre sus problemas, olvidar su trabajo como camello y centrarse en dejar la bebida. Un “nos vemos” por parte del oficinista da por terminada la conversación.

Cuelga y vuelve a mirar por la ventana. Sonríe.

Su mente se olvida del caso que acaba de cerrar y se centra en observar desde la distancia los barrios de casas bajas donde vive con su mujer y sus dos hijos. Ninguno de ellos sabe nada sobre su trabajo como asesor. No saben que es él quien contesta al número de teléfono escrito en los bancos y las vallas publicitarias. Solo lo sabe el gobierno, aunque no está seguro de a cuántas personas engloba esa palabra.

No tarda mucho en llegar la hora de salida. Guarda su libreta limpia y su bolígrafo sin estrenar en el cajón (siempre se dice que tomará apuntes de sus clientes para tomar mejor la decisión, pero nunca lo hace) y, poniéndose su americana, sale del edificio.

Poco más de media hora en autobús finaliza con la llegada a su casa. Sabe que su mujer y su hija están dentro, pero desconoce si su hijo se dignará a asistir a la cena familiar. El muchacho se parece demasiado a él cuando era joven, antes de que le ofreciesen el trabajo alrededor del cual ha labrado su vida.

El Asesor entra en casa. Para su sorpresa, su hijo ya está sentado en la mesa, presidiéndola.

Su mujer y su hija no se demoran en traer los platos, que colocan frente a ellos, difundiendo el aroma sazonado de la cena.

Observa sonriente a su mujer, de cabello rubio rizado y ojos claros, siempre con una sonrisa cariñosa sobre sus labios carmín. Después, dirige la mirada a la niña de sus ojos, calco innegable de su madre, que cuenta ya con doce años. Por último, con una sonrisa cada vez más leve, observa a su hijo.

El joven no está preparado para el mundo exterior, pese a que lleva sobre sus espaldas veintiún años. El chaval sabe lo que quiere hacer con su vida, pero su padre no va a permitirselo. No cuando ha escuchado a muchos músicos arruinados llamando desesperados a su número, deseando librarse de la vergüenza de una carrera terminada antes siquiera de haber empezado. No, el Asesor no quiere que su hijo termine por ese camino.

Sin embargo, no puede enfardarse con su niño. ¿El niño de sus ojos? Posiblemente no, pero esas cosas no se dicen en voz alta. Si su hijo es un ingenuo, es por herencia paterna, pues el Asesor, con veintiún años, había abandonado su hogar con el fin de llegar a la gran y moderna ciudad donde, erróneamente, esperaba encontrar el paraíso.

El comienzo de otro día cierra una noche de sueños dulces que oscurecen la mañana del Asesor. Soñaba con su deseo de juventud de hacerse famoso. Un famoso, joven y libre músico, tal y como su propio hijo desea ahora, más de veinte años después. Pero la vida es muy cruel, y más desde que él ejerce su trabajo. Así que borra de su mente su último atisbo de libertad, coge su autobús y se encierra en su celda en la planta noventa y ocho del edificio.

Se pierde en sus pensamientos y, por primera vez en muchos años, ignora el sonido del teléfono.

Pero quienquiera que llame, insiste, y tras un par de minutos con la melodía del tono maldito en su cabeza, el Asesor coge el teléfono.

Es el mismo joven que ayer llamaba.

Nadie, nunca, había llamado dos veces.

Todos aquellos con suerte, que terminaban salvándose, olvidaban sus problemas y alejaban sus dudas de ellos, pues habían sido elegidos por el Asesor.

Todos aquellos que habían aceptado su sentencia de muerte habían cumplido con ella, pues el Asesor había escogido por ellos.

Sin embargo, la voz del mismo muchacho suena al otro lado de la línea, desesperada, como un canto de sirena en busca de ayuda. Una ayuda que no le va a ser brindada.

La conversación es dolorosamente corta. El joven quiere terminar con su vida, y el oficinista no puede negárselo. No más de medio minuto es necesario para escuchar el “hasta siempre” del Asesor. Un “gracias” suena al otro lado de la línea, con la voz más aliviada que ha escuchado tras sentenciar una pena de muerte.

Se queda con el teléfono en las manos durante un tiempo, que se le hace demasiado largo, antes de colgar. Gira su silla hacia las vistas de la ciudad y observa, sabiendo que un joven se está suicidando en ese mismo instante. Sin embargo, no se escucha nada. La ciudad sigue y avanza, exactamente igual que en todos y cada uno de los suicidios que ha aprobado.

Nada cambia y, por ende, no debe cambiar la actitud del Asesor.

Así que, con otra sonrisa en su cara, olvida su leve momento de debilidad y espera, ansioso, a la siguiente llamada.

La noche llega antes de lo previsto, tras varias llamadas más. El Asesor ni siquiera ha hecho su pausa para comer. Siempre dicen que el tiempo se pasa más rápido cuando te diviertes, y esta frase es aplicable en su totalidad al trabajador de la planta noventa y ocho.

Hace su monótono recorrido (oficina, autobús, casa) en silencio, observando detenidamente a las personas que pasan borrosas tras la ventana. Preguntándose a cuantas de todas ellas ha salvado. Le deben todo, pero no saben a quién tienen que agradecerse.

Una vez en casa, la cena se enfría en tres platos mientras esperan la llegada de su imponente hijo y hermano. Ellas sonríen y continúan la espera. Él, por el contrario, cena.

Ese es el panorama en el que se encuentran cuando llaman al timbre. El Asesor tiene perfectamente planeada la regañina que

debe caer sobre el muchacho. Pero no es el muchacho quien llama a la puerta.

Es un hombre bonachón el que los acompaña hasta el auditorio de música sin dar muchas explicaciones. Viste un traje policial, y el Asesor está seguro de que es su hijo el causante de tal confusión. Espera que no haya sido capaz de saltar la verja y forzar la cerradura de la puerta.

Sin embargo, al contrario de lo que esperaba la familia, no entran en el auditorio. Lo rodean. Caminan hasta la parte de atrás, donde una cinta amarilla y negra impide el paso a curiosos.

Las lágrimas de su esposa humedecen su hombro; las de su hija, su costado. Pero el Asesor no puede apartar la vista.

Ahí está el joven, tirado como un saco vacío sobre la acera. La sangre está esparcida en un macabro cuadro. El Asesor ha visto a muchos, a demasiados, precipitarse al vacío. No es necesario que siga mirando, tiene la imagen grabada a fuego en su memoria. El suicidio de su hijo es igual que todos los demás que ha causado, no hay diferencia.

Puede reconocer en lo que queda de él la voz angustiada deseosa de ayuda. Puede observar en sus brazos marcados las consecuencias de la droga. Puede imaginarse que el alcohol tuvo algo que ver con su decisión.

El Asesor no es capaz de ver más allá del sentimiento que surge de su interior abriéndose paso desde lo más oscuro de su persona. Su hijo está muerto en el asfalto. Él dio el visto bueno a que el niño de sus ojos (sí, porque lo es... lo era) terminase con su vida saltando desde el sitio donde había soñado que se cumpliría su deseo de ser músico. Por fin cae en la cuenta de cuanto ha hecho.

Se sintió como un dios salvando a muchos. Y como un diablo debe de sentirse por condenarlos.

No sabe cuánto tiempo lleva despierto, pero sabe que nunca ha estado más seguro de algo en toda su larga experiencia de tomar decisiones. Su mujer y su hija han logrado dormirse, con las caras húmedas y sombras bajo los ojos que no sabe si desaparecerán en algún momento.

Como no podía ser de otra forma, un miércoles laboral, el Asesor se encuentra en su oficina en la planta noventa y ocho. Solo ha ido por una razón.

Llama desde su teléfono móvil hasta el fijo de su escritorio, probando suerte como han estado haciendo sin saberlo todos aquellos que han buscado su ayuda y han encontrado su rechazo.

Son tres interminables segundos los que tarda en sonar el teléfono. Deja el tono maldito como fondo mientras abre la ventana y se asoma.

El Asesor se ha convertido en uno de sus muchos clientes y, ahora, no le queda más remedio que aceptar su destino. Le duele, pero lo desea. El mundo no necesita un asesor, necesita un ayudante.

Salta, y sabe con seguridad que la imagen provocará arcadas a todo aquel que pase por su lado.

La cabeza abierta y las tripas fuera y esparcidas por el suelo en una fuente de sangre que, poco a poco, se va apagando formando un río hasta la alcantarilla más cercana.

Solo que, esta vez, no escuchará el golpe seco, ni el gorgoteo líquido.

A decorative border surrounds the page, featuring a dark grey background with a large, faint gear shape in the center. The border is composed of dark grey roses and leaves, with gears visible at the corners and along the sides. The text is centered within this decorative frame.

CUENTO

16-18

Una historia descabezada

María Gómez Bellido

Morón de la Frontera (Sevilla)

Cuento 16-18 (17 años)

Siempre había encontrado algo raro en ellos. Pensé, al principio, que solo me desconcertaban porque eran extranjeros; pero, poco tiempo después de mudarnos, vinieron a saludar. Me sorprendí. Pensé que eran húngaros, o rumanos; quizá croatas. Siempre hablaban a gruñidos; tardé un rato en darme cuenta de que, en realidad, estaban dándonos la bienvenida al pueblo.

Se trataba de un matrimonio desconcertante, y no solo por su forma de hablar. Ambos tenían varios kilos de más. Bastantes. La señora Velas tenía el pelo teñido, casi siempre, de un castaño muy oscuro; aunque a veces se pasaba con el tinte y se le quedaba morado. Su mirada era inquietante, porque siempre levantaba la vista por encima de las gafas; pero, aparte de eso, parecía perfectamente normal. Horacio sí que era un poco más raro. Apenas le quedaban unos mechones de pelo en la frente, que peinaba despreocupadamente hacia atrás. A veces escupía cuando hablaba; nada de lo que preocuparse, pues tampoco era muy hablador.

Fueron muy buenos con nosotros, desde luego. Incluso nos regalaron un mueble muy bonito, uno que ahora tenemos en el salón. Fran, no obstante, los evitaba; decía que no confiaba en ellos. Yo siempre les estaré agradecida, de todos modos. El problema de Fran es que odia a los perros, y el perro de Horacio y la señora Velas era uno de esos perros pequeños y chillones. Ahora que lo pienso, quizás era una premonición. Fran siempre ha tenido ojo para esas cosas.

El perro era, de todos modos, asqueroso. Ladraba de manera aguda, no tenía modales y molestaba fuera donde fuese. Aun así, inexplicablemente, ellos lo adoraban. El perro les lamía la cara, se metía entre sus faldas, hacía sus necesidades en su puerta y estoy segura de que incluso les robaba su sitio en el sofá; pero la señora Velas lo trataba con total cuidado. Lo peor era, desde luego, los besos que se intercambiaban. La señora lo tenía en brazos todo el tiempo; pocas veces lo vi andar. Y, cuando les entraban los ataques de cariño, el perro le pasaba la lengua por toda la cara, e incluso ella acababa por abrir la boca, y él no dejaba de lamer. Era un amor incondicional.

Invité varias veces a la señora Velas a merendar, cuando Fran tenía que trabajar. Horacio nunca venía. Siempre tenía la mirada cabizbaja; era una persona triste, pero no melancólica. Solo triste, triste todo el tiempo. La señora Velas, en cambio, siempre sonreía. A Fran no le gustan las personas que siempre sonrían, no puede mirarlas a los ojos. Solo se es feliz a ratos, dice.

¿Luis? Nunca le pregunté. Luis va a su bola. Le divierte mucho lo que ha pasado, eso sí. La señora Velas nos traía pasteles de vez en cuando; decía que siempre hacía muchos porque se le olvidaba que los perros no podían tomarlos. Fue una de esas veces cuando me lo contó, y a partir de ahí quizás pueda usted imaginar el resto de la historia.

—Horacio y yo probamos todos esos métodos novedosos —me contó, acariciando el hocico a Manchitas mientras engullía su comida enlatada—. Pero nada sirvió. La naturaleza no nos hizo fértiles. Siempre quise tener un bebé. Al menos, tenemos a Manchitas... Pero no sabes cuánto me gustaría tener un niño.

—Estáis a tiempo de adoptar uno —intenté consolarla—. Hay muchos nenes que necesitan unos papás.

—No, hija. El Señor no quiere eso.

Sorprendentemente, eran muy religiosos. Mucho. Todos los domingos, la señora Velas se ponía las medias que compró cuando fue a Madrid y se colgaba al cuello un rosario extremadamente grande; tanto, que se acostaba cada día antes de las nueve, para poder rezarle un padrenuestro a cada cuenta antes de medianoche. Horacio se ponía una de esas chaquetas de pana que todos los abuelos tienen en el armario. Hasta al perro lo vestían de gala, con chalequitos que ella misma cosía.

Lo cierto es que siempre trataba al perro incluso mejor que a su marido. Lo paseaba varias veces al día. Le compraba comida de lujo, de las que tienen el paquete dorado. Lo besaba de manera pasional, y el perro le devolvía el cariño a lametones. Nunca vi al matrimonio, por otra parte, darse un solo beso en la mejilla.

Y, aun con todo esto, nadie esperaba lo que ocurrió la mañana del quince de febrero del año pasado. A Luis le habían dado ya el alta. Fran estaba abriendo el garaje, y yo, poniéndome los zapatos. Escuché, entonces, una voz chillona gritando mi nombre. Fran salió del coche con expresión preocupada. La señora Velas daba brincos de alegría.

—¡El Señor ha escuchado mis plegarias! ¡Cincuenta y ocho años ha tardado, pero me ha escuchado!

—Por favor, cálmese, señora. ¿Qué ha pasado? —Salí de casa y le tomé la mano, tratando de tranquilizarla.

Me miró, y juro que su expresión era la del mayor éxtasis que jamás he podido contemplar.

—Que estoy embarazada, Rocío —me dijo, y yo no lo podía creer—. ¡Que voy a tener un bebé!

—¿Está usted segura? —intervino Fran—. Mire usted que puede ser que se le haya retirado la regla, o puede ser que se haya equivocado. ¿Ha utilizado usted el predictor?

—Que sí, hombre, que sí. Os lo puedo traer, si queréis.

Fran y yo nos miramos, incrédulos. Ella estaba fuera de sí. Manchitas también bailaba, ladrando y saltando alrededor de ella.

—¿Y Horacio? —pregunté—. ¿Qué dice él de todo esto?

—Está en casa, rezando por el milagro del Señor.

Fran y yo estábamos algo asustados. Era algo desconcertante, desde luego. Yo dije que teníamos que irnos, y mi marido se montó en el coche y suspiró de alivio. Salimos tan rápido que se nos olvidó, incluso, cerrar el garaje. Luis estuvo riéndose a carcajadas durante todo el camino de vuelta. Al menos, hizo reír a mi niño, y eso me hizo feliz, porque todos habíamos estado algo tristes últimamente.

En realidad, no empezamos a preocuparnos hasta que pasaron una o dos semanas. Los tres íbamos juntos a dar un paseo y nos cruzamos con Horacio poco después de salir de casa. Nos detuvimos un rato a hablar con él.

—¡Buenas tardes! —saludó Fran—. ¡Felicidades por el embarazo de su mujer! Todavía no habíamos tenido oportunidad de decirle nada.

Su rostro cambió de repente al escuchar esas palabras. Comenzó a mirar a todas partes, visiblemente nervioso. Se acercó un poco más a nosotros y, con voz temblorosa, dijo:

—El problema es... El problema es que... Por favor, no le digan nada a nadie, pero... Es completamente imposible que se haya quedado embarazada...

—Claro —interrumpí—, ella me dijo que ustedes dos no eran fértiles; pero ya sabe, Horacio, que los médicos siempre se equivocan en algo.

—No es por eso... —murmuró él—. Es que... Nosotros no hemos intimado desde hace mucho tiempo... Y a ella, ya sabe, no le baja el periodo desde hace diez años. ¡Pero yo no creo que ella me sea infiel! Confío totalmente en mi mujer. Y, aunque no lo hiciese, estamos prácticamente todo el tiempo juntos. Además, si hubiera pasado algo... Manchitas me lo contaría, sin problemas.

—¿Entonces? —intervino Luis.

Horacio se acercó aún más y se aseguró perfectamente de que nadie estaba escuchando antes de decir:

—Yo creo que ha sido el Espíritu Santo.

Un escalofrío nos recorrió la espalda a todos. Espero que a usted también porque, ciertamente, sus palabras fueron sobrecogedoras. Había algo en el ambiente, en el matiz de su voz, que me hicieron creerle; y debo confesar que me sorprendí a mí misma más de una vez rezando para que aquella situación tuviera un final feliz.

Con todo, llegó el otoño, y todos volvimos a la rutina. Volví a estar preocupada de otras cosas, y quizá dejé a mis vecinos un poco de lado. El embarazo de la señora Velas progresaba adecuadamente, aunque ya no salía demasiado de casa. Era un embarazo de riesgo, al parecer debido a su edad. Solo se veía a veces, por la calle, a Horacio, dando un paseo al perro. Parecía más aliviado, así que todos decidimos dejar aquello pasar.

Mi cuarenta cumpleaños llegó esa misma primavera. Fran nos regaló un viaje a Londres, y allá que fuimos los tres. Fue un viaje increíble, aunque eso ya es otra historia. El caso es que me perdí un poco en el camino de vuelta, y todos estábamos bastante estresados al llegar a casa. Nuestra calle es la más larga del pueblo, y yo avancé paulatinamente para que el ambiente se calmase un poco. Nada más lejos de la realidad.

No acabé atropellando al matrimonio de milagro. Horacio estaba sudando, tambaleándose, balbuceando sonidos vacíos. La señora Velas no cabía en su éxtasis. Bajé la ventanilla.

—Rocío, por favor, ¿podría usted llevarnos al hospital? —dijo él, dificultosamente—. Yo no me veo capaz.

—¡Acabo de romper aguas, Rocío!

Y, dicho esto, se subieron al coche; primero ella, luego Horacio y, por último, el perro, que no dejaba de ladrar. En cierto punto, se me mezclaron los gritos de la señora, los gruñidos de Horacio y los gemidos del perro, hasta tal punto que Horacio gritaba, el perro hablaba y la

mujer ladraba sin cesar. Ahora que lo pienso, quizás también aquello era una premonición.

En el momento en que aparqué, Horacio salió corriendo en busca de un doctor. Fue ésa la última vez en la que lo vi. No entró en el paritorio, ni siquiera asomó la cabeza. Me dio tanta pena que la señora Velas tuviera que dar a luz sola que entré junto a ella. El perro, inexplicablemente, hizo lo mismo.

A partir de aquí, y me disculpo previamente, mis recuerdos resultan algo difusos. Únicamente se me vienen algunas imágenes a la cabeza. Le cogí la mano a la señora y le alenté con las palabras que siempre se dicen. “¡Empuje!”, voceaba, tomándola de la mano.

Al fin, el niño asomó la cabeza. Yo no podía creerlo. Nadie, de hecho, lo hacía. La mujer desfiguraba el rostro en una expresión mezcla de euforia y pavor. Se lo pusieron en los brazos y, en ese momento, yo empecé a reír, y, desde entonces, no he podido parar.

El bebé no era de Horacio, ni tampoco del Espíritu Santo. No era, desde luego, un milagro del Señor.

El niño había nacido con una linda cabeza de perro.

A decorative border surrounds the page, featuring a winding vine with leaves and several roses. In the background, a large gear is visible, with a semi-circular arch cutout in its center. The entire design is rendered in shades of gray on a textured, light-colored background.

POESÍA

10-12

Lo que la oscuridad esconde

Jorge Casado Mingorance

Granada

Poesía 10-12 (11 años)

Cuando el sol se esconde
y el terror ya no nombras
llega el peor conde
cubierto de sombras.

Su paso muerte
su mirada tumba,
y al más fuerte
lo derrumba.
Su hogar un lecho,
que de un ataúd,
él solo ha hecho
fabricado con gran virtud.

Su bebida favorita
el dolor de la gente
y además supedita
todo su subconsciente.

Desde la cima de su castillo
observa con soledad
como los arbolillos
no dejan de crepitar.
Entre sus nubes oscuras,
los oteadores murciélagos,
vigilan de incógnito en las alturas
de sus grandes cerros.

El conde va a escoger
y se eleva y va creciendo
como volcán que sordo
anuncia que va a arder.

¡Oh príncipe de las tinieblas!
que con sus colmillos y un grito
te acechará con dureza
y te dejará finiquito.

A decorative border surrounds the page, featuring a winding vine with leaves and several roses. Interspersed with the floral elements are gear-like shapes, suggesting a mechanical or industrial theme. The background is a textured, light gray surface with a large, faint archway shape.

POESÍA

13-15

Incógnitas

Irene Guadix Gil

Córdoba

Poesía 13-15 (15 años)

No es más que una búsqueda,
Derivada de las ideas de una mente cuerda
O eso dicen.
Se va dando forma a un número inexacto
Buscando la tangente de dos conocimientos diferentes,
Pero cercanos.
Intentas hallar el punto de inflexión
En un sentimiento que tiende a infinito,
Descompones los sueños de tu subconsciente,
Y piensas.
Das vueltas a un teorema indeciso,
Que desconoce si el vértice llega a unir los lados
Que no acaba de aclarar el ángulo
En que dos cuerpos terminan por unirse.
Manejas recuerdos irracionales
De una infancia exponencialmente loca.
Investigas el logaritmo del tiempo.

Sueñas,
Vives
Buscando esa décima de segundo,
La fracción de un momento
Equivalente a una felicidad concreta.
Observas
Abres los ojos con un nuevo interés
Compuesto no solo de curiosidad y aburrimiento,

Continúas
Con la única función
De encontrar
La belleza exacta.

A decorative border surrounds the page, featuring a central archway. The border is composed of a dark grey, textured material. It is adorned with intricate illustrations of roses and gears. The roses are rendered in a detailed, shaded style, while the gears are simple, dark grey shapes. The overall aesthetic is a blend of nature and industry.

POESÍA

16-18

Overgrown

Víctor Bayona Marchal

Estepona (Málaga)

Poesía 16-18 (17 años)

Mi madre supo cuidarme desde el principio.
Me enseñó a escribir —que no fue poco—
con la delicadeza de quien dibuja
el significado de las palabras detrás de las palabras.

Recuerdo así las tardes,
encerrado entre renglones de dictados,
copiando *zanahoria, elefante, osamenta*
aprendiendo a decir *elefante, osamenta, zanahoria*
y a ver en ello el espíritu de un niño
que se quiebra la muñeca por transcribir lo que oye.

La utilidad de mi cuerpo se la debo al esfuerzo.

Y mi madre, repito,
averiguó cómo convencerme
de cada silencio:
respira una vez y es punto y seguido,
respira tres veces y es punto y aparte,

*una coma es una pausa que no te esperas,
el dolor es una forma más de instinto,
comer sopa con la mano derecha hoy
ayudará mañana a hacer de ti
un hombre de provecho.*

Es por eso que revivo el ejercicio.

Reescribo aquellas horas
mientras me convenzo en voz alta
de palabras como *rastro, mujer, inundación*
y entiendo que mi madre ha dejado huellas
en lo que digo.

Pronuncio *madre igual a futuro*.

Un chico que escribe y se desborda.

A decorative border surrounds the page, featuring a winding vine with leaves and several roses. Interspersed with the floral elements are gear-like shapes, suggesting a mechanical or industrial theme. The background is a textured, light gray surface with a large, faint archway shape.

RELATO

10-15

Pascasio y la gran morsa de oro

Jano Alarcia Ruiz

Coín (Málaga)

Relato 10-15 (12 años)

CAPÍTULO 1 **LA ASOCIACIÓN CON ÁNIMO DE LUCRO**

En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho que brincaba un jumento muy asqueroso. El burro era de color morado con manchas negras, lo que denotaba depresión burra. Se tiraba cuescos que parecían disparos de misiles, desprendía un olor parecido al de una rata cuando acaba de salir de un váter al que nunca habían tirado de la cisterna, y tenía una morsa picándole en la espalda, lo que hacía que pegase tales brincos que llegara hasta la Luna.

Pero el pobre asno manchego no tiene nada que ver con la historia que os quiero contar. En realidad, no tengo ni la más remota idea de por qué aparece ese bichejo tan asqueroso al principio del relato. Bien, ahora sí, empieza la historia:

Corría el año 1699 y la corriente antimorsista se propagaba como una plaga por todo el mundo. Las pobres morsas, que no hacían nada malo, se veían obligadas a retirarse a los polos, cuando antes

vivían esparcidas por todo el mundo. Pero entonces llegó Peter la Morsa, conocido como el Gran Líder Morso, que condujo a todas las morsas del planeta a defenderse de los antimorsistas. Pero Peter tenía mil años, y duró poco. Murió de muerte natural en enero de 1701, y los antimorsistas, que querían derrotarlas por fin, quisieron ser reyes morsos. Así fue cómo estalló la Guerra de Sucemorsión, la segunda guerra con participación morsenca en la Edad Moderna. La primera se inició en el 1618 y terminó en el 1648. Fue la llamada Guerra de las Treinta Morsas.

En 1713, un francés llamado Felipe se proclamó emperador de las morsas con el nombre de Felipe XXV. Así se firmó el tratado de Morsech, en el que las morsas decían que no aceptaban que un humano les reinara, y el tal Felipe aceptaba los derechos de ser rey. Las morsas fueron a vivir a los polos, y ahí se quedaron hasta el 1746, cuando el rey morsenco cedió su trono a Carlos III de Morsalandia, que quiso volver a conquistar todo el mundo, pero en el primer intento se quedó cojo y le pusieron una aleta de palo, por lo que no quiso intentarlo más.

Pero, desde entonces, ha habido varios intentos de varios emperadores morsa de propagarse por el mundo, hasta 1840, cuando se fundó una asociación con ánimo de lucro llamada ¡NO A LAS MOR-SAAAASS!, y que consistía en tres tipos armados con cachiporras rondando por el Polo y haciendo que las morsas no pudieran salir de su escondite.

Hasta 1847 todo fue bien, pero la asociación se hizo... digamos... maliciosa. Uno de los miembros, llamado Chorizo Kukaracho, fue por todo el globo en un globo reclutando gente para la asociación, diciéndoles que era para que las morsas no se salieran de su hábitat natural. Pero, cuando llegó con los otros dos miembros, el líder los hizo esclavos por medio de algún método secreto suyo que seguramente tenía que ver con sobornos de tabletas de chocolate y helados, y toda la asociación maliciosa con ánimo de lucro se largó del Polo Norte para convertirse en la banda criminal mayor y más secreta de la historia,

cuyo objetivo era conquistar el mundo, hacerse con todos sus tesoros, exterminar a las morsas y construir un parque de atracciones.

Las morsas parecía que se habían olvidado de que existía más mundo además del Polo, y el rey Rucio I de Morsilandia no hacía ninguna tentativa de escapar. Eso sí, habían construido lo que llamaron la Gran Barrera Morsa, que les protegía de los ataques de la Asociación Antimorsista, la única que quedaba ya en el planeta. Las demás se habían olvidado ya de las morsas, por eso nada de esto aparece en los libros de historia, solo hay breves textos acerca de la Guerra de la Sucesión Española, que fue lo que los antimorsistas hicieron creer al resto del mundo que pasó.

La Asociación planeaba ataques sin fin a las joyerías con joyas más valiosas del mundo y, entonces, en 1890, se enteraron de que había, en alguna parte, una joya de lo más valiosa. Era de oro macizo y medía tres kilómetros de largo y tres de ancho. Era lo que necesitaban.

CAPÍTULO 2

PRESENTAMOS A PASCASIO

Pascasio Pascásiez nació en Madrid en 1887. Cuando tenía seis años, se fue a vivir a la Cochinchina y con siete volvió a Madrid. Al año siguiente, con doce años, se mudó a Málaga, donde vivió hasta 1899, donde comienza nuestra historia.

Pascasio no era ni alto ni bajo, delgado, moreno de pelo y algo de piel, y casi siempre llevaba unos zapatos de la marca ABEJO MATIC 2.000.

Pascasio vivía en el número 400.000.000 de la calle Perro Culo-gordo, llamada así porque un perro de esa raza se estrelló contra una casa cuando estaban construyéndola y se quedó ahí fosilizado. Iba a un colegio que se llamaba "Miguel de Cerdantes". En el colegio había 5.000 niños y un calamar, que se creía uno de ellos, e iba allí con su

camisa, su chaleco, su sombrero y su mochila. También llevaba gafas y zapatos de charol. Iba a la clase de Pascasio.

En dicha clase había nueve niños y nueve niñas, en total dieciocho. Los niños de la clase se llamaban Jumentito Malandrín, Morso Ochentero, Leming Mohoso, Musgo Moqueado, Sapito Sarnoso, Mauricio Ramírez, Macario Morson, Perico el de los Palotes y Pascasio. Las niñas eran Sofía Cabra, Melinda Pocha, Burra Focosa, Mágina “Margarita” Méndez, Penca de Espinaca, Macarena Kokofrito, Acelga sin Cocinar, Hormiga Wawawa y Manola Fuentes.

Ah, sí, y luego estaba el calamar, que no se sabía si era chico o chica, y casi nunca contaba. Se llamaba Calamar Calamarero.

Nuestro querido Pascasio llevaba una vida bastante normal, y jamás se pudo imaginar lo que le ocurriría aquella mañana de mayo del penúltimo año del siglo nada más salir del colegio.

Bien, aquella mañana se levantó, desayunó, se lavó los dientes con un cepillo eléctrico que pasarían años hasta que se inventara, y salió a la calle para ir al colegio. Cuando este terminó, salió con Calamar siguiéndole los pasos. Siempre le había fascinado Pascasio, por el simple hecho de poder sostener una vaca con la punta de la nariz mientras esta sostenía un cerdo y este un puercoespín.

—Pascasio, amigo mío —dijo el calamar—. ¿Quieres comer en mi casa? Tengo muchas cosas de comer, ladrillos, bombillas, la corona del rey y cosas por el estilo.

—Sí, Calamar —dijo Pascasio—. Eso está muy rico, pero, de verdad, tengo que ir a casa, no creo que mi madre me deje ir a comer a casa de un calamar que es hijo de un langostino y una marsopa.

— Ah, claro, cierto —dijo el calamar, algo deprimido—. Pues nos veremos mañana.

Pascasio, aliviado de haberse quitado al calamar parlante de encima, salió a la calle. Esperó a que el semáforo que todavía no existía se pusiera en verde y cruzó. Iba tan tranquilo camino a la calle Perro Culogordo cuando de repente vio, en un coche de caballos de esos tan comunes en aquella época (de hecho, casi ni había coches a motor)

una morsa con un sombrero de copa y un bigote. No podía ser, pensó Pascasio. Pero, al mirar otra vez, lo vio claramente. La morsa estaba asomando la cabeza tranquilamente por la ventanilla del coche parado, y además vio que en el pescante había un pez conduciendo el carruaje. El pez era enorme, y no se sentía muy cómodo al estar sentado en un sitio llamado pescante, siendo un pez. Aunque, pensaba, sería peor que se llamara pescador.

Pascasio se quedó extrañado, e iba a seguir al coche cuando se dio cuenta de que había desaparecido.

CAPITULO 3

EL ANUNCIO

Cuando Pascasio llegó a su casa, su madre, llamada Normanda Pérez-a, le notó muy extraño. Normalmente hablaba mucho, sobre todo de temas como la maldición de las Cucarachas Mestizas, que estaba en auge en aquella época, y los tipos de chupacabras de Escocia. Pero esa vez no hablaba nada y parecía pensativo. Normanda le preguntó:

—¿Qué te pasa, Páscaso?

—Nada, es que he visto una morsa montada en un coche conducido por un pez.

La madre se lo tomó como una broma, y no le dio mucha importancia.

Al día siguiente, al volver del colegio, Pascasio se fijó bien en todos los carruajes que pasaban, y en ninguno pudo distinguir a la morsa que vio el día anterior, ni al pez, y ni a otra morsa, ni a otro pez. Solo vio cosas normales como señores, señoras, perros, perras y puercos de color morado bailando encima de los coches.

Pasaron dos días y no encontró la morsa. Aunque lo que sí vio fue un camello con un sombrero que parecía un *sheriff* del Oeste trabajando de gamusino en un circo. Iba a desistir Pascasio de buscar a la morsa cuando, en el tejado de una fábrica de unicornios cursis, vio

una sombra que andaba por encima. Tenía forma de morsa: cabeza de morsa, colmillos de morsa, cuerpo de morsa, trasero de morsa, pero no era una morsa. Era un caimán con una guitarra eléctrica tocando *rock and roll*.

A Pascasio le pareció casi tan extraño como lo de la morsa y decidió seguirlo. Se subió al tejado, pero en ese momento el caimán echó a correr y desapareció. Pascasio vio que el reptil estaba en el borde de este, cuidando de no caerse, pues la casa era de unos cuarenta metros de alto, una de las más altas de la ciudad. Pascasio se acercó a él, y vio que un antifaz le cubría la cara. Se acercó más, pero, cuando estaba a un metro, el lagarto gigante cogió carrerilla y saltó del tejado.

Pascasio se asomó y vio al caimán cayendo. Estaba muy sorprendido. No sabía que existían caimanes suicidas.

Durante unos dos minutos más lo vio caer. Caía más lento que un caracol tortugoso cojo. Entonces, aceleró la marcha. Y, cuando estaba a cinco metros del suelo, un pajarraco del tamaño de dos autobuses pasó por allí y se lo tragó.

Pascasio se quedó con los ojos como platos. En esos cuatro días había visto más cosas extrañas que en toda su vida. Primero, una morsa vestida como un caballero montada en un carruaje de primera clase, conducido por un besugo asustado. Después, un camello vestido de vaquero en un circo. Y, después, un caimán con cara de marsopa asustada y una guitarra eléctrica en un tejado, queriendo suicidarse y acabando en el estómago del pájaro más grande del mundo.

Sí, definitivamente, esos días habían sido de lo más raro.

Y no todo había terminado. De repente, vio, en el tejado de enfrente, una gigantesca sombra de la gaviota mastodonte, que abría la boca y algo con forma de caimán salía de ella. Era el caimán.

Pascasio se apresuró a bajar del tejado e ir al de enfrente. Cuando estaba en la calle, vio que el caimán tiraba de una cuerda de su guitarra y se convertía en un paracaídas, con el que se tiró del tejado en el que estaba. Pascasio, curioso, fue a la calle de enfrente a seguirlo.

Una vez allí, vio que el caimán estaba corriendo a una velocidad impresionante hacia un muro de roca maciza. Pascasio pensó que querría saltarla, pero, impresionado, vio como el caimán se estrellaba contra ella tan fuerte que abrió un agujero que se tiró cinco minutos echando humo. Cuando éste se disipó, no había ni rastro del caimán que tanto había perseguido Pascasio. Pero, en su lugar, pegado con pegamento al muro, había un folleto de color amarillo.

Pascasio lo cogió y lo leyó. Ponía:

GRAN CARRERA DE PASCASIOS

Preséntate a la Gran Carrera de Pascasios, o G.C.P.

Si tu nombre es Pascasio o Lémur Flotante Pedro Dinosaurio Gigante Porra,

¡No te lo pierdas! ¡Es tu oportunidad!

Ven a la calle Marrano Gamusinal, de lunes a viernes, de la 1:00 h a las 1800:00 h, para inscribirte en la Gran Carrera.

Plazo hasta el 1 de junio.

¡NSCRÍBETE!

“¿Qué demonios será la carrera de Pascasios?”, se preguntaba Pascasio.

Cogió el folleto y se dirigió a su casa. Una vez allí, mientras comía, se lo enseñó a su madre, Normanda.

—Nunca había oído hablar de la tal carrera de Pascasios —dijo la madre, interesada, mirando el papel y leyéndolo una y otra vez—. Pero suena interesante, ¿no, Páscaso? Yo que tú me apuntaría. Claro, si me llamase Pascasio o Lémur Flotante Pedro Dinosaurio Gigante Porra. Yo me llamo Normanda Lémur Flotante Pedro Dinosaurio Gigante Porra Pérez-a, pero no creo que me acepten, ¿no?

—¿Y no crees que puede ser una broma? —preguntó Pascasio—. Solo he visto un cartel, y estaba en el centro de una tapia rota por un caimán *rockero*. Yo creo que si de verdad quisieran que se apuntaran los Pascasios los pondrían por más zonas y más visibles, ¿no?

—Cierto, Páscaso. Tú avísame si ves más, ¿de acuerdo?

Al día siguiente, que era sábado y, como es normal, Pascasio no fue al colegio, estaba en la cama leyendo el folleto de la carrera de Pascasios.

Se preguntaba si sería verdadera o falsa, y si era verdadera, qué sería.

De repente, sonaron tres golpes fuertes en la puerta. Normanda había salido a comprar chupacabras para la cena, y su padre, Bombillo Cafecillo, estaba en una importante conferencia sobre la maldición de El Pollino, un monstruo con forma de pollino-morsa-pulpo-besugo-chupacabras-gamusino-calamardo-Peppa-Pig-mulo.

Así que Pascasio se levantó de la cama, dejó el folleto sobre ella y se encaminó escaleras abajo para abrir la puerta.

Se encontró con que en el umbral había un tiparraco feo con ganas, con cara de morcilla, gordísimo, con la nariz enorme, una sonrisa estúpida y unas orejas de elefante.

—Hola, soy el lechero —dijo—. Reparto leches, ¿quieres una?

—Vale —dijo Pascasio.

El lechero le pegó una torta que acabó con Pascasio en su cama otra vez. Luego, bajó las escaleras para cerrar la puerta, cuando vio que el lechero seguía ahí.

—¿Quieres otra leche? —preguntó.

—No, gracias.

—También vendo folletos informativos de temas diversos. Toma, aquí tienes algunos.

Le dio un manojo de papeles de todas las formas y tamaños y desapareció echando leches. Pascasio habría podido seguirlo perfectamente, pues los *bricks* de leche que echaba formaban un rastro perfecto, pero no quiso, estaba cansado.

Así que cerró la puerta y examinó los papeles. Había uno sobre los huertos de azafatas en Australia, otro sobre la cría de *leprechauns* en cautividad, había otro que trataba sobre el consumo de rúculas

jumentas y también había otro sobre una charla sobre el sentido de las focas mustias.

Entre todos esos folletos y muchos más, a Pascasio le llamó la atención uno de color amarillo en el que se podía leer:

GRAN CARRERA DE PASCASIOS
Preséntate a la Gran Carrera de Pascasios, o G.C.P.
Si tu nombre es Pascasio o Lémur Flotante Pedro Dinosaurio Gigante Porra,
¡No te lo pierdas! ¡Es tu oportunidad!
Ven a la calle Marrano Gamusinal, de lunes a viernes, de la
1:00 h a las 1800:00 h, para inscribirte en la Gran Carrera.
Plazo hasta el 1 de junio.
¡INSCRÍBETE!

Era la prueba definitiva. La Gran Carrera de Pascasios existía, y lo pudo comprobar también cuando Bombillo Cafecillo, su padre, leyó el mismo anuncio en el periódico.

Pascasio se presentaría a la carrera.

CAPÍTULO 4

LAS OFICINAS PASCASIAS

En el colegio, Pascasio le dijo a Morso Ochentero, que era su mejor amigo, lo de la carrera de Pascasios. Morso le dijo que, cuando supiera dónde era, se lo dijera para poder ir a verlo.

Morso Ochentero era un mestizo. Su padre era un humano y su madre una morsa. Se llamaba así porque nació en los años ochenta, o sea en el 1080. Normalmente vestía una chaqueta de cuero con hombreras, unos pantalones a rayas moradas y verdes y un sombrero tricornio con el que parecía un pirata. Tenía media melena negra y en un brazo tenía tatuado el nombre *Foca de los Setenta*, una novia suya.

Calamar estaba por allí rondando cuando Pascasio le contó todo a Morso, y pareció muy entusiasmado por la idea.

—¿Puedo ir? —preguntó, emocionado de repente—. Puedo decir que me llamo Pascasio y participar, ¿no? ¡Porfa, Pasco! ¡POOORFAAAA!

—No creo, Calamar —dijo Pascasio—. Ah, creo que Mónica Mónica te llama.

Mónica Mónica era un mono hembra que iba a la clase de al lado, y a Calamar siempre le había gustado, por alguna extraña razón.

Calamar soltó un grito de alegría y se fue corriendo.

—¿En serio le ha llamado Mónica? —preguntó Morso, extrañado.

—No, qué va, se lo he dicho para que nos dejara en paz.

Entonces, Pascasio se acordó de la morsa que iba en el carruaje con el besugo, y dudó si contárselo a Morso o no. Al final, decidió no contárselo hasta estar más seguro de todo.

Solo faltaban tres días para que empezase junio, así que Pascasio decidió ir esa misma tarde a la calle Marrano Gamusinal, que estaba en la otra punta de la ciudad, e inscribirse cuanto antes en la Gran Carrera de Pascasios.

A sus padres les pareció bien, así que esa tarde Pascasio fue en un carruaje conducido por un caballo loco bebiendo café y tirado por dos humanos hacia la calle en cuestión.

El jamelgo conducía de pena. Daba bandazos todo el tiempo y daba más frenazos que otra cosa. Además, se pasaba el viaje relinchando y tirando de las riendas a las dos personas que tiraban del coche, por lo que estas acabaron volviéndose locas y se creyeron Spider-Man, por lo que se escaparon del carro y se pusieron a subir por la primera casa que se encontraron, o, más bien, a chocarse contra ella, porque lo que hacían era tirarse contra la fachada y saltar para intentar ascender.

Así que el penco majara tuvo que tirar él mismo del carro durante el final del viaje.

A pesar de todo, Pascasio consiguió llegar a la calle Marrano Gamusinal, al final de la ciudad, una calle larga y estrecha, casi sin personas, y muy oscura.

Pascasio caminó hasta el número 1.000, donde había un cartel en el que ponía, en el primer neón del mundo: "OFICINAS PASCASIAS. ENTRA E INSCRÍBETE EN LA CARRERA DE PASCASIOS".

Así que Pascasio entró. Se encontró en una sala muy oscura, con las paredes grises y el suelo de madera. Había un escritorio en frente. Desde detrás del escritorio le miraba una mujer con gafas de media luna, y con una expresión en la boca parecida al asco.

—O sea, pero tú quién eres —dijo, con acento pijo.

—Soy Pascasio Pascásiez y vengo para presentarme en la Gran Carrera de Pascasios.

—Querrás decir para inscribirte, o sea —dijo la pija—. Es que los de hoy en día no saben hablar con propiedad, o sea. Yo es que estoy de los nervios, sabes. En cuanto termine mi jornada, o sea, voy a ir a mi sauna privada superrelajadísima, o sea, y me voy a quedar ahí, o sea.

—Eso, para inscribirme —dijo Pascasio—. ¿Qué tengo que hacer?

—¿Es que no lo sabes, o sea? Es que de verdad, o sea, no comprendo. Toma, firma aquí, o sea.

Le dio un papel en blanco, Pascasio firmó, la pija se lo guardó y dijo:

—Ya está, ya puedes irte, o sea.

—Pero, ¿dónde es? Y, ¿cuándo es?

—O sea, esto no puede ser, es que yo flipo, o sea. ¡Pues en los Campos Pascasios, en la calle Gnasdcjwsjidwehfrkl, el 14 de junio, es que es de sentido común!.

Pascasio salió de la Oficina Pascasia, extrañado por lo fácil que era inscribirse y por lo pija que era la secretaria.

Llegó a su casa cuando ya era casi de noche, les contó a sus padres dónde era la carrera y fue a dormir.

CAPÍTULO 5

LA MORSA OTRA VEZ

A la mañana siguiente, le contó a Morso Ochentero lo de la secretaria pija, que se había inscrito en la carrera de Pascasios y que esta era en la calle Gnasdcjwsjidwehfrkl, en los Campos Pascasios.

Calamar, que llegaba en ese momento, lo escuchó todo y decidió presentarse él también. Pero no le aceptaron. La secretaria le dio un parapente (también llamado avioncito cutre de papel) y lo lanzó hasta su casa, en el centro de la ciudad.

Pasaron los días sin que ocurriera nada que mereciera la pena mencionar, hasta que llegó el 4 de junio.

Faltaban diez días para la carrera de Pascasios, y Pascasio estaba haciendo entrenamientos para ella, como saltar montes convirtiéndose en un saltamontes, que un dardo le tirase a él a una diana, correr un metro al día, comer las máximas patatas posibles de un bocado y cosas normales como esas.

Pues el 4 de junio ese, estaba saliendo del colegio cuando lo vio. Era ella (o él) otra vez. Estaba saliendo de un coche igual que el de la última vez, con un traje y un conductor igual.

Era la morsa con chistera, que andaba tan tranquila por la calle como si fuera un humano. El pescado era el que se sentía menos a gusto sobre el pescante.

Pascasio se quedó ahí, en la acera de enfrente, como paralizado, sin hacer nada.

La morsa metió la mano dentro de su sombrero y sacó un monóculo y un bastón. El primero se lo puso en el ojo, y el segundo lo llevaba en la mano mientras caminaba con la cabeza bien alta.

El pez estaba soltando las riendas del caballo y se iba a bajar cuando apareció por allí un pescador, lo pescó y se lo llevó a su casa para merendar.

La morsa pareció no darse cuenta y continuó su paseo, hasta que desapareció por una esquina. Pascasio salió de su ensimismamiento y se lanzó a la persecución.

Cruzó a la acera de enfrente y corrió hasta el final de la calle, donde había una bifurcación. En una de las calles ponía *“Calle Guarrindonguez”* y en la otra *“Calle por donde la morsa con sombrero y levita ha ido dejando a su besugo atrás y donde Pascasio la podrá encontrar”*.

Pascasio tenía un gran dilema. No sabía por cuál decidirse. Era una decisión muy difícil, dado que el nombre de las calles no aportaba pistas.

Al final, después de pensarlo largo rato, Pascasio decidió ir por la *“Calle por donde la morsa con sombrero y levita ha ido dejando a su besugo atrás y donde Pascasio la podrá encontrar”*, pero al momento se arrepintió y se fue por la otra, la *“Calle Guarrindonguez”*.

Tomó la calle correcta. Más o menos a mitad de esta, vio que la morsa en cuestión caminaba tan tranquila, con los ojos cerrados y la cabeza más alta que antes. Si llega a subir la cabeza un poco más, llega a Marte.

Pascasio corrió hacia la morsa, pero esta creyó que quería cazarla o capturarla, o torturarla, o tirarla por un barranco, o ponerle a fabricar murciélagos o algo por el estilo y salió corriendo como alma que lleva el diablo.

Comenzó la persecución.

La morsa corría muy velozmente, pero Pascasio también, así que iban muy igualados.

Terminaron esa calle, y la morsa dobló la esquina y se introdujo en la siguiente. Pascasio también lo hizo.

En mitad de la calle, un tipo con cara de salamandra saltó de un balcón y cayó encima de la morsa. Le cogió el sombrero y escaló de nuevo la casa.

La morsa se levantó lo más rápido que pudo, pero no pudo evitar que Pascasio le ganara un poco de terreno. Por si no lo sabíais, la morsa tenía muchas fincas.

El hombre asalamandrado llegaba casi al balcón, de donde había surgido inexplicablemente, cuando una rata del tamaño de un caballo saltó del tejado y le quitó el sombrero, poniéndoselo.

Se inició otra persecución, que iba casi a la vez que la otra y por los mismos sitios, solo que una por la calle y otra por las paredes.

El hombre "anfibiocárido" perseguía a la rata pegado a la fachada, y la rata intentaba lo contrario.

La morsa y Pascasio llegaron a un cruce y se separaron del hombre y la rata, cada uno siguió por una calle.

La morsa había recuperado su terreno, que constaba de veinte hectáreas en el sur de Francia, pues Pascasio se había chocado contra una farola de bruces.

La persecución duró un rato más por varias calles de la ciudad, hasta que la morsa saltó a un carruaje, asustando a un caballero y una dama que iban ahí tan tranquilos. Pascasio saltó después y se agarró detrás.

Mientras tanto, casi en la otra punta de Málaga, el hombre con cara de salamandra y la rata con proporciones caballunas continuaban su persecución. El hombre casi había alcanzado a la rata cuando un puerco, que no pintaba nada ahí, llovió del cielo y le cayó encima, tirándolo al suelo. La rata pudo escapar.

El carruaje que llevaba a la morsa, el caballero, la dama y a Pascasio seguía su camino. El cochero no se había dado cuenta de lo ocurrido, estaba ahí, escuchando música con un invento que se inventó el día anterior y que había llamado MP3.

Entonces, se le acabó la batería y fue a dejarlo atrás cuando vio la situación.

Lo siguiente que pudo ver Pascasio fue que la morsa pasaba volando a una velocidad extraordinaria a unos diez metros del suelo. Aterrizó varias calles más allá.

Pascasio fue tras ella. Cuando llegó, no vio a la morsa, y se iba a dar por vencido cuando un jumento que pasaba por allí le dijo que mirara hacia arriba. Cuando lo hizo, vio que la morsa fugitiva estaba enganchada a una farola.

En cuanto se percató de que había sido encontrada, saltó y corrió calle abajo.

Mientras tanto, el hombre de la cara de salamandra y la rata gigante subían esa misma calle. El puerco que se creía una gota de agua los seguía, pero de repente sacó de su bolsillo un sombrero y se sentó a fumar un cigarro mientras mendigaba.

El hombre-salamandra y la rata-caballo no se habían dado cuenta de que se iban a chocar contra Pascasio y la morsa, y ellos tampoco.

Entonces, cuando estaban a un metro de la gran colisión, apareció Atún Man, un superhéroe con cara de atún gigante, los ojos desorbitados, todas las muelas picadas, torso musculoso de humano, cola de pez, patas y tutú rosa de bailarina.

Atún Man salió de la nada y se colocó en el centro del metro, intentando evitar la colisión, pero lo único que consiguió fue que le espachurrasen, le exprimieran y que la morsa se cayera encima de la rata-caballo, recuperando su sombrero, pero haciendo un agujero de cincuenta metros que a partir de ese momento formó parte de las alcantarillas.

El hombre con cara de salamandra salió corriendo, se estampó con el cerdo-gota-mendigo-fumador y los dos cayeron al suelo desmayados, el puerco por el susto y el hombre "anfibiocárido" por el mal olor del tabaco.

La morsa y Pascasio continuaron la persecución, pero la calle era muy estrecha y encima los desmayados estaban en mitad de ella, por lo que se tropezaron y aterrizaron en un callejón lúgubre y sin salida, el perfecto para esa escena, qué casualidad, y la morsa quedó atrapada entre Pascasio y la pared.

El primero quiso explicarle todo a la morsa y hacerle la pregunta que había estado esperando durante todo ese rato que duró la persecución; pero no le dio tiempo, pues dos hombres vestidos con camisetas de tirantes andrajosas y pantalones remendados, con un cuchillo enorme cada uno, y que habían estado emboscados en el tejado de las dos casas que estaban encima de la morsa, uno a cada lado, saltaron agarrados de una cuerda enorme y cogieron a la morsa, saltaron otra vez al tejado y se perdieron de vista.

CAPÍTULO 6

LA CARRERA DE PASCASIOS

Corría (aún sin pies) el 14 de junio de ese año de 1899. Pascasio estaba montado en un carruaje acompañado de sus padres, de Morso Ochentero, de los padres de Morso Ochentero, de Calamar, de los padres de Calamar, de cincuenta kilos de arroz, de los padres de los cincuenta kilos de arroz, dos gambas polizonas, los padres de las dos gambas polizonas y de una rana llamada Juanita, de camino a los Campos Pascasios de la calle Gnasdcjwsjidwehfrkl.

El coche parecía que en cualquier momento iba a explotar, pero no lo hizo. Bueno, no lo hizo durante el trayecto, reventó cuando acababan de llegar a las puertas. Alguien fue a abrir una puerta y, en cuanto la tocó, se oyó un CRACK y el carro reventó en mil pedazos, que saltaron por los aires acompañados de todos los viajeros, que daban vueltas cual tortilla en la sartén.

Los incontables kilos de arroz, las gambas polizonas, la rana y los padres de Calamar, que fueron los primeros en salir disparados, volaron rozando las nubes hasta llegar a Francia, a la punta de la Torre Eiffel, y los demás aterrizaron justo dentro de los Campos Pascasios.

El cochero y los dos mulos que tiraban del carruaje se quedaron tan panchos como si no hubiera pasado nada, el cochero sentado en el pescante caído y los mulos comiéndose el suelo.

—¡Enviadme una postal! —exclamó Calamar a sus padres, pero no le oyeron, pues en ese momento atravesaban los Pirineos, donde dos de los kilos de arroz cayeron congelados a más de tres mil metros de altura.

Los Campos Pascasios resultaron ser una casa normal, pequeña, sucia, mohosa y sin ventanas, con un patio del tamaño de este libro en el que mágicamente pudieron caber los viajeros y todos los Pascasios que se habían presentado a la competición, que resultaron ser trece, más nuestro Pascasio, catorce. Tenían desde uno y medio a ciento cuarenta años y más que medio. También había algunos acompañantes de los Pascasios, tres babuinos bailando flamenco, por alguna misteriosa razón; tres flamencos bailando el babuino por una razón aún más misteriosa; y una tipa rubia y sonriente, con una gorra azul, camiseta blanca de manga corta, pantalones vaqueros y una sonrisa de oreja a oreja. Llevaba mucho maquillaje y un micrófono inalámbrico en la mano derecha (a saber cómo lo había conseguido en aquella época).

Cuando entró José Miguel, el de mantenimiento, la mujer por fin habló, con un muy marcado acento francés:

—Hola, buenas *tagdes*, amigos *Pascasiós*. Hoy venimos aquí, como *sabgán*, a la *ggan cagega* de *Pascasiós*. Y bien, sin más *pgo-cedimientos*, *nuestgo* amigo *Vladimig* de las *Ostgas* nos va a *guiag* al *lugag* donde *celebragemos* la *Ggan Cagega* de *Pascasiós*.

En ese momento, del cielo cayó un tipo más gordo que tres morsas juntas, con coloretes en la cara, un sombrero bombín, bastón, chaleco, camisa y un monóculo. Afortunadamente, a pesar de lo concurrido del espacio, no aplastó a nadie.

—Hola, buenos días, *Misters Pascasios* —dijo con una voz grave—. Yo soy el señor Vladimir de las Ostras, gran duque de carreras extravagantes, paladín del cloroformo, virrey del mundo pollino, conde que se esconde. Seguidme, vamos al autobús.

—¿Qué es eso? —dijo un Pascasio de unos catorce años, que estaba levantando la mano.

—Es una versión moderna de los *Infant* del inglesillo ese y los omnibús esos. El nuestro no es tan modernizado como esos que tienen los del siglo XXI que están leyendo nuestra historia, pero es de último modelo de este siglo. Tiene GPS y todo.

—¿Qué es GPS? —preguntó la tatarabuela del Pascasio mayor de todos, el que tenía ciento cuarenta años.

—Son las siglas de Gordo Pedorro sin Sentido, ¿entendido? La tatarabuela asintió y murió de su “remolachismo”.

—¿Alguna pregunta más?

Nadie dijo nada, así que Vladimir de las Ostras se dio la vuelta y salió de los Campos Pascasios en dirección al autobús.

Todos los Pascasios, sus acompañantes, la francesa y José Miguel, el de mantenimiento, le siguieron en fila india, o sea que se pintaron la cara de indio, se pusieron unas plumas en la cabeza, cogieron arcos, lanzas y pipas, y salieron de aquel patio tan estrecho.

El autobús estaba aparcado a cinco metros de allí. Iba tirado por dos mulos sucios y asquerosos, y era de lo más cutre. Las ruedas eran de madera y tan grandes que nadie llegaría a la puerta, estaba desconchado y pintado como una mariquita. La francesa, antes de subir, les asignó un número a cada uno de los Pascasios.

El señor de las Ostras sacó una escalera de su bolsillo, la puso de la puerta al suelo y todos subieron.

Vladimir y la francesa se sentaron delante, al lado del GPS y un cerdo manchado de barro, con peto vaquero y gorra de albañil que iba conduciendo. Los demás se sentaron en los asientos de atrás, que muchos estaban a medio romper y los demás tenían la funda desgarrada. Las ventanas hacían juego, por su estado, con los asientos.

Vladimir le dijo al puerco algo, este se puso una paja en la boca al estilo granjero, metió una llave que parecía medieval y movió la palanca de marchas.

La llave accionó un resorte con un guante de boxeo relleno de piedras, que salió por la parte delantera y le dio a los mulos. Estos, en seguida, empezaron a trotar. El movimiento de la palanca de marchas

hizo que saliera una zanahoria, que pendía de una caña de pescar por en medio del capó, que se puso delante de los mulos e hizo que fueran más rápido, por lo que el gorrino pudo pisar el acelerador (que accionaba cinco abejas directas hacia los mulos) e ir aún más rápido. Luego, como estaban pasando por una zona con una curva a cada metro, el cochino tiró otra vez de la palanca, la zanahoria se metió en la nariz de uno de los mulos y la caña se metió de nuevo en el capó. El mulo absorbió la zanahoria, y fueron de nuevo más despacio.

Cada vez que el puerco giraba el volante, una barra que había en el suelo movía a los mulos en la dirección que quisiera el cerdo.

Mientras tanto, en la parte de atrás, los pasajeros iban cantando canciones famosas como la de *No sé quién se hizo pis en el saco de dormir*, o *No sé quién robó el pan en la fiesta de San Juan*, o *No sé quién se hizo caca en el saco de patatas*.

Al final, *No sé quién* acabó marchándose triste por la ventana trasera, que estaba rota, pues todo el mundo le acusaba injustamente.

Al cabo de una hora de viaje, en la que pasaron por montañas, valles y al lado de pueblos, comenzó a llover. Las gotas entraban por las ventanas que estaban rotas, que eran todas menos la del conductor. Este no hacía nada por evitar que los cristales se empañaran, y seguía con su cara de morcilla y su pajita en la boca, moviendo el volante como un loco, por un camino de montaña que parecía un lápiz de lo estrecho que era, por lo que los dos mulos se balanceaban de un lado a otro, y el del lado de más al borde casi se cae varias veces por un desnivel de los mil metros que habían ascendido.

Entonces, cuando por poco acaban dejando a los mulos como un acordeón del choque contra el pedrusco gigante que había en medio del camino, en parte porque los cristales estaban más que empañados y en parte porque los mulos iban con los ojos cerrados cantando *La Macarena*, el gorrino decidió limpiar los cristales.

Le dio a un botón donde ponía "Limpiaparabrisas", y tres sapos gordos, uno llamado Godofredo, otro Segismundo y otro Haroldo sa-

lieron de dentro del autobús, con trapos, bayetas y spray antimoscas en la mano.

Se las apañaron de alguna manera para limpiar el parabrisas, y luego se retiraron a sus aposentos del motor del autobús a tomar té y fumar unos puros mientras jugaban al mus.

Después, el puerco le dio a otro botón rojo que ponía “Volar”, y el autobús voló, si se le puede llamar volar a que cinco toros-leprechaun salieran del tubo de escape, cogieran al vehículo cochambroso en brazos y lo tiraran al otro lado del “pedrolo”, llamado Pedro Lolo.

Y así transcurrió el viaje de cincuenta y ocho horas y media, hasta que, tras haber dado tres vueltas y media al mundo, se pararon al borde de unas cataratas.

Pero no eran unas cataratas normales. Al borde había varios asientos, los dos del centro más grandes y confortables. Luego, en la pared del acantilado había más asientos, del tipo pequeño, que se extendían hasta unos riscos que formaban una plataforma, a unos treinta metros.

Una caída de agua, un chorro pequeño pero con mucha fuerza, dividía en dos las gradas. Al tocar los riscos de la plataforma, además de salpicar a todos los asientos, el agua se unía con dos arroyos más que salían de mitad de la tierra, por lo que se hacía más caudalosa la catarata. Después de caer por los riscos, a unos metros, se formaba una neblina que no tenía nada de *ina*, por lo que no se sabía bien el tamaño del salto.

Todos bajaron del autobús, hasta el puerco y José Miguel, el de mantenimiento. Vladimir iba a sacar otra escalera más larga de su bolsillo para bajar a las gradas cuando los mulos, el puerco, las abejas, los sapos, los toros, los ácaros Goliat de cuatro metros y todos los bichejos que vivían dentro del autobús exigieron su paga.

—Chicos, ¿os parece que os pague mañana? —dijo Vladimir.

—¿Pero tú de que vas, tronco? —dijo el puerco con tono de voz que parecía macarra.

—Voy de autobús.

—¿Qué me estás contando?

—Que voy en autobús.

—¿Pero a ti que te pasa, colega?

—Nada, ¿y a ti?

—No te chulees, tronco, que yo tengo más chuletas que tú. Por eso siempre saco un diez en los exámenes.

—¿Tienes alas?

—¿Pero tú de que vas?

—De esto.

Y el puerco se perdió de vista por debajo de los riscos del acantilado. Durante media hora más se le siguió oyendo gritar:

—¡FELIIIIIIIIIPAAAAA!

Después, Vladimir tiró también a los mulos, no sin antes darles diez monedas de barro, porque era generoso, a los sapos (que mientras caían seguían con los puros encendidos en la boca) y a todos. Entonces, sí que sacó su escalera del bolsillo y todos ocuparon un asiento en las gradas, menos lo Pascasio, que fueron conducidos a los riscos por la francesa.

Entonces, tras unos minutos de espera en los que todos sacaron sus palomitas, sus refrescos y todas esas cosas que todavía no se habían inventado, un tipo y una tipa aparecieron al borde de la catarata, en la primera fila de asientos. Eran de color gris, con capas rojas y blancas, y con muchos tatuajes.

—Y, *señoges* y *señogas* —dijo la francesa— os *pgesento* a sus majestadas los *geyes* de Jumentilantia, el país en el que nos *encont-gamos*.

Todos (es decir, los reyes mismos) dieron un gran aplauso y se sentaron en los asientos más mullidos.

Poco después, llegaron los demás invitados de honor, que eran políticos con esmóquines pulcros y caras de babuino, pulpos “godofrédicos”, tres palomas de la especie Penca y un tomate con gorra de estuario malvado borrado de tatuajes (a saber qué es eso).

Todos ellos tenían una placa en el pecho en la que ponía, con una muy buena letra y caligrafía como esta: “HinbltaDo **de OnoR**”.

Una media tarde después, aparecieron de las nubes cuatro técnicos en sonido, luces y gamusinos, con ocho videocámaras, cuarenta y cinco micrófonos gigantes, una pantalla enorme de veinte metros de ancho, tres trípodes para sujetar la pantalla y mil aparatos más, tan modernos en aquella época, en la que ni estaban inventados, que, guiados por José Miguel, el de mantenimiento, colocaron en el borde de los riscos.

Conectaron las cámaras y los micros a la gran pantalla, y esta se encendió, con las imágenes que grababan varias cámaras en diferentes puntos de la cascada. Luego, los técnicos pulsaron algún botón de su polilla “botonaria” y solo se vio en la pantalla la imagen de una de las cámaras, la primera. Cada vez que pulsaban un botón, la imagen se cambiaba a la de otra cámara.

Entonces, por fin pudieron empezar la carrera.

Tres periodistas armados con rifles, por alguna razón, aparecieron, y la francesa pudo coger el micrófono para hablar.

–Buenos días, señoges y señogas. *Pog fin dagá* comienzo la *ggran cagega* de *Pascasiós*.

–Una pregunta –dijo el Pascasio de catorce años levantando la mano–. ¿Por dónde es la carrera?

–*Pog* aquí –exclamó la francesa, y lo tiró por la catarata–. ¡Ha comenzado la *cagega*!

Los demás Pascasios, viendo que el Pascasio Preguntón les tomaba ventaja, saltaron de cabeza hacia la neblina sin *ina*, y en la pantalla se veían las imágenes de todos aquellos Pascasios que cruzaban el precipicio como una bala, y, como había tantas cámaras y tantos botones en la polilla, nunca se les perdía de vista.

Los Pascasios, que todavía no avistaban al Pascasio Preguntón, se quedaron una hora y media cruzando el precipicio con la catarata detrás suya.

Entonces, se oyó la voz de la francesa:

—Y los Pascasios *pog* fin alcanzan la *pgimega* laguna.

En ese mismo instante, los Pascasios cayeron de cabeza, uno tras otro, en otros riscos como los de arriba, pero más grandes y en los cuales se había formado una laguna, que se convertía en catarata al perderse de vista al final de las rocas.

Los Pascasios todavía no veían al preguntón, pero entonces, la francesa habló de nuevo.

—¡*Pascasio numego* uno alcanza la *supeficie!* *Pego* no ha podido *evitag encontgagse* con los paisanos lagunianos!

Mientras decía eso, todos los Pascasios vieron que su compañero de las preguntas surgía, empapado, de las profundidades lagunianas, y, acto seguido, vieron a otro ser que surgía detrás.

Se trataba de uno de los famosos Tiburones Cachas, con cabeza y cola de tiburón pero con torso de hombre musculoso.

El tiburón empezó a perseguir al preguntón, y entonces se dio cuenta de la presencia de los demás Pascasios.

Dio un agudo silbido, y de las aguas salieron cientos de tiburones que acorralaron a los Pascasios junto a la catarata, mientras la francesa con su acento característico narraba lo que sucedía.

Entonces, cuando los tiburones estaban a punto de dar el primer bocado, un grito cefalópodo se escuchó de arriba. Todos miraron, y vieron que un calamar feo y con pelo a los lados de la cabeza caía desde la catarata.

Se trataba de Calamar, el compañero de nuestro Pascasio, que se había quitado el sombrero, las gafas, los zapatos, la camisa y el chaleco. Cayó en la cabeza de un tiburón, que murió de su olor a Algo Demasiado Asqueroso Como Para Saberlo.

Tres tiburones más corrieron la misma suerte que su compañero, pero ahí se le acabó la suerte a Calamar, pues un Pascasio, que quería continuar la carrera, salió de puntillas hacia el borde de la laguna, a la nueva catarata, y se lanzó. El tiburón lo vio todo y Calamar voló por los aires y desapareció por la catarata.

Todo eso se vio en la pantalla, y, la francesa, que lo estaba narrando todo, exclamó:

—*¡Pog ahoga va ganando Pascasio doce!*

En ese mismo instante, en la Primera Laguna, los tiburones volvían con los Pascasios cuando se escuchó un nuevo grito. Este era agudo. Era mareante. Era de un majara. Era desafinado.

Con todas esas características, tiburones y Pascasios supieron su procedencia. Era sin duda Atún Man, que luchaba contra todo lo que impidiera la justicia del Gorgonzola.

Con sus muelas picadas y su mirada de morsa-pollino salió a atacar a los tiburones.

Fue una lucha feroz. Los tiburones perdieron muchos dientes y Atún Man se quedó con su tutú rajado por la mitad.

La francesa, que no quitaba ojo a la pantalla, lo contaba a todo el mundo con todo lujo de detalles.

Cuatro tiburones, asustados por Atún Man empezaron a escalar el barranco, otros se tiraron por la catarata, y otros se sumergieron en las profundidades, no sin llevarse a dos Pascasios.

Solo quedaban tres tiburones, contra Atún Man, y Pascasios, solo cinco, pues los demás estaban cayendo por el precipicio, dispuestos a ganar la carrera.

Atún Man mandó a un tiburón a la Cochinchina, pero entonces otro le pegó un aletazo que lo mandó más lejos aún.

Los dos tiburones restantes fueron a por los Pascasios, que eran tres, y se tragaron a dos. El otro pudo seguir la carrera, mientras la francesa anunciaba:

—*Y quedan nueve Pascasiós, señoges y señogas, nueve de catogce.*

El último Pascasio, el número diez, cayó dando vueltas por la catarata, durante unos pocos minutos y acabó en otra laguna, la Segunda Laguna, donde estaban todos los demás Pascasios. La francesa anunció su llegada.

El Pascasio número diez llegó justo cuando el número doce estaba preparándose para saltar. Los demás Pascasios se estaban levantando de la laguna, bastante menos profunda que la anterior, esta solo les llegaba a los tobillos.

El número doce saltó, pero una Flor Gigante Adalmatada Carrata abrió su boca y se lo tragó.

– ¡Y el *Pascasio número doce* sale de la *cagega*! ¡Solo quedan ocho! ¡*Huit!* ¡*Eight!*

La “planteja”, la Flor Gigante Adalmatada Carrata era una cosa asquerosa, viscosa, gigante. Tenía forma de girasol, pero en la flor tenía una cara parecida a la de una rata y en el tallo dibujos que hacían pensar en un perro dálmata.

Esa planta era considerada una mala hierba, clasificada en el género *Comilonus* y en el subgénero *Destruyehuertus*.

Todos los Pascasios se echaron hacia atrás y empezaron a pensar un plan, pero, entonces, de los lados de las cataratas, salieron las hijas de la Flor, más pequeñas y menos voraces, pero más mortíferas, pues atacaban a la gente con cosas traumáticas, hasta que las traumatizaban tanto que morían, y menos mal que aquel granjero llamado Estuardo las extinguió en 1934, pues si no, acabarían con la especie humana.

Esta vez el ataque traumático era su famoso Baile Traumatizante.

Era demasiado traumático como para escribirlo aquí, pero os aseguro que lo preferiríais así, de haberlo visto alguna vez.

Bien, pues, en esas estaban cuando pasó por allí Calamar, que, asustado por la caída, se había agarrado a un pedrusco de mitad del barranco para no caer, pero el pedrusco acabó destrozándose por su peso y el cefalópodo cayó con los demás Pascasios.

Para leer lo que viene a continuación deberíais saber que el único miedo de esas malas hierbas son los calamares parlantes y gritantes, así que, cuando Calamar se asustó de ellas y salió corriendo en círculos gritando “¡¡AHHHHHHHHHHH SOCORRRROOOO!!”, las plan-

tas huyeron despavoridas a los brazos de su madre, que las consoló cantándoles una nana que decía *“Cómete niño, cómete ya, que viene el moco y te dormirá”*.

Los Pascasios (menos el número dos y el número ocho, que estaban traumatizados de por vida) aprovecharon esa oportunidad y saltaron a la siguiente fase de la carrera. Calamar los siguió.

La francesa seguía contando a los espectadores lo que sucedía y qué número de Pascasios quedaban cada vez que alguno se quedaba atrás.

En efecto, pues dos Pascasios más salieron volando con el choque de unas piedras de la catarata, y solo quedaron cuatro y el calamar.

Aquella vez, después de media hora de caída evitando pedruscos que salían de la nada (menos Calamar, que se chocaba con todos pero no salía volando pues se adhería a ellos con sus ventosas) aterrizaron en vez de en una laguna, en un río muy estrecho y que descendía pegado al precipicio, como un tobogán del Aguapark, con más curvas que una carretera de montaña.

Un Pascasio, el número cinco, se quedó atrás y solo quedaron tres Pascasios y el Calamar.

Después de mucho rato de río, empezó a haber obstáculos del tipo de árboles gigantes que salían de la nada y guardias civiles que detenían el tráfico.

Otro Pascasio, el número siete, también dejó la carrera, estampándose primero contra una secuoya y detenido después por Paco, el guardia civil.

Solo quedaban dos Pascasios, el número catorce y el nuestro, el número seis, además del calamar.

Se terminó el río, dejando paso a una catarata, mientras la francesa, cada vez más emocionada, lo narraba en los riscos de los asientos, mirando la pantalla constantemente. Según ella, esa era la última catarata.

También era la más caudalosa y en la que iba el agua más fuerte. El Pascasio catorce la tocó y se quedó sin el dedo.

Los tres contrincantes caían dando vueltas, cada segundo uno adelantaba al otro.

Ya se empezaba a distinguir el suelo, con mucha hierba suave y mullida, pero justo en el centro, donde tenían que caer, un montón de rocas afiladas y ásperas.

Los dos Pascasios gritaron asustados y se agarraron a uno de los árboles que salían de las rocas del barranco, pero, Calamar, que no se había fijado en el estado de las rocas, pues estaba escuchando la radio y bebiendo un batido de piña colada (colada por un piñón, claramente), siguió cayendo y aterrizó en las afiladas rocas, teniendo la suerte de, como era el más pequeño de todos, caer en medio de las piedras, sin necesidad de chocar con ninguna.

—¡Y GANA EL CALAMAG QUE NO DEBÍA ESTAG AQUÍ! —gritó la francesa—. ¡ Y EL PÚBLICO ENLOQUECE! ¡CALAMAAAAAAAAG!

CAPÍTULO 7

LA PERSECUCIÓN RODADA

Fue entonces el momento de gloria de Calamar. La francesa bajó por el barranco con una cápsula espacial de último modelo (que estaba hecha de latas oxidadas y una bañera), cogió al calamar y subieron en delfín hacia los riscos.

En ellos había tres Pascasios más, dos canturreando canciones sobre el Duende Héctor (los traumatizados) y uno con cara de mar-sopa mirando como Paco, el guardia civil, hablaba con Donald Trump sobre su multa, hasta que llegó José Miguel, el de mantenimiento y le salvó la vida al venderles dos boletines para un sorteo de un viaje a Kokolandia.

Cuando llegaron el calamar y la francesa, todos se pusieron a vitorearle y a lanzarle ostras (un símbolo de agradecimiento en Jumentilandia).

Mientras tanto, en los árboles donde estaban colgados los dos Pascasios restantes, había mucha tensión. Los troncos tenían untado Actimel, por lo que resbalaban mucho, y los Pascasios estaban balanceándose por encima de las rocas.

En esto llegó Rodrigo, un bicho raro con cara de foca, sacó una escopeta de perdigones y se puso a podar, o sea, a disparar a las ramas de los árboles para cortarlas.

Como era de esperar, funcionó. Las ramas de las que estaban agarrados los Pascasios cedieron, crujieron y cayeron haciendo un ruido como de ambulancia. A los pobres Pascasios, por suerte, les dio tiempo a saltar, y, mientras que las ramas se astillaban en las rocas y sus trozos salían despedidos por los aires, los dos excontrincantes tuvieron la suerte de caer a unos dos centímetros de la Gran Roca del Borde, un pedrusco gigante que había en el borde del círculo de rocas. Lo malo fue que al Pascasio catorce se le clavó su chaqueta y su zapato en el pedrusco, y se quedó enganchado sin poder salir.

Aprovechando la oportunidad, llegaron los caníbales de la zona para llevarse al Pascasio.

Pero no pudieron, porque unas siete bolas de color negro y marrón, con corbatas y sombreros, salieron de la catarata y empujaron a los Pascasios colina abajo, por la colina que se acababa de formar cuando una mariposa monarca apareció con un hacha de verdugo y empezó a cosechar rocas a diestro y siniestro, o, más bien, a diestro y zurdo, pues le daba con las dos manos.

Bueno, el caso es que las sombras empujaron a Pascasio y a Pascasio, que salieron rodando, el número catorce sin su chaqueta y su zapato izquierdo, que se habían rajado en las rocas, y luego fueron llevados por los caníbales a su nido.

Cuando los Pascasios empezaron a bajar la colina, vieron dos cosas: un pueblo y la "mariposota" siniestra. Esta, cortó el aire con su

hacha, enganchó la camisa del Pascasio catorce y este salió volando por los aires con la camisa rajada por la mitad. Aterrizó en el tejado de la casa de la Vaca Lola.

El otro Pascasio sorteó a la mariposa y se dirigió al pueblo, rodando. Entonces, miró hacia atrás y vio a las sombras. Sí, eran siete. Y se dio cuenta de que eran personas, vestidas con fracs y gabanes oscuros, chalecos y camisas, y muchos llevaban sombreros y corbatas.

Iban rodando, pero al chocar contra una piedra se pusieron de pie y corrieron tras el Pascasio, con cara de pocos amigos. Pascasio empezó a pensar que tenían intenciones macabras y aceleró la marcha rodada.

Y ahí fue cuando entraron en la calle principal del pueblo.

Serían más o menos las 12:00 del mediodía, y no había casi gente en las calles, mas, cuando pasaron Pascasio y sus seguidores, muchas casas abrieron las persianas y se asomaron a ver la Persecución Rodada que estaba teniendo lugar en la calle "Capitán Hector Duende", el alcalde nacional.

Resulta que dicha calle era la más empinada del pueblo, y que casi se iba escalando en vez de andando, por lo que Pascasio (y alguno de sus perseguidores) lo tuvieron fácil para rodar.

Entonces, al doblar una curva, se encontraron con un señor que iba tan tranquilo por la calle fumando un puro de tres metros, que se había quemado y ya solo medía uno. Pero el puro echaba un humo que parecía una nube negra, y apestaba más que un mamut muerto con moho.

El perseguidor más cercano sucumbió ante tal hedor y se quedó sin sentido, resbalando calle abajo.

Entonces ocurrió. Vieron a la famosa morsa con sombrero cruzar la calle, y en cuanto vio la persecución, se echó a rodar calle abajo como Pascasio, pues vio algo en los perseguidores que le resultaba familiar.

Entonces, vieron a un tipo feo saliendo de una puerta. Tenía los ojos desorbitados y lengua de camaleón. Con ella, atrapó a un per-

seguidor (el que justo en ese instante había recobrado el sentido tras haber ingerido ingentes cantidades de aquel tabaco) por la corbata y lo trajo hasta él. Estaba ya dispuesto a tragárselo vivo cuando otro bicho raro apareció volando del cielo, se encasquetó en la cabeza del tipo-camaleón y este soltó a su presa y se fue a jugar al solitario con su lombriz solitaria.

Dicho bicho era, como habréis adivinado, Calamar, que casualmente había pulsado un botón de la polilla y había visto la escena. Decidido a salvarle la vida a Pascasio de nuevo, saltó propulsado por uno de sus famosos “eructopedos” y acabó en la cabeza del camaleón ese.

Entonces, los perseguidores se interesaron por Calamar, al que solo le quedó la opción de unirse a los rodadores.

Más abajo, encontraron a un matrimonio que discutía. La mujer llevaba un vestido largo, medias, una rebeca y un sombrero con plumas, y el hombre llevaba chaleco, barba y una especie de cerdo cogido en las manos.

—¡*Querrido!*—gritó la mujer, con acento alemán y pijo a la vez—. ¡No toques la guitarra, que *parese un serdo!*

—¡*Querrida!*—exclamó el hombre, con voz grave—. ¡*Perro* si esto no es una guitarra, es un *serdo!*

—¡*Perro* que *dises, querrido!* ¡Eso es una guitarra *con cabeza de serdo!* ¡No la toques más, que *despertarrás a nuestros churrumbeles!*

—¡Qué *churumbeles, querrida!* ¡Si *nosotrrros* no tenemos hijos!

—¡Y *entonces*, que es eso que hay en la cama!

—¡*Querrida*, eso son cinco pichones de paloma muertos!

—¡Tú sí que *erres* una paloma tuerta, *marrido!* ¡Ah! ¡La guitarra se escapa!

Era cierto, el gorrino salió de los brazos del marido y, ladrando con la boca abierta cubierta de babas y espuma, atacó a los rodadores y sus perseguidores. Mordió a uno (casualmente al que casi acaba en la panza de un bicho raro con aptitudes camaleónicas) en una pierna, se tragó su zapato de charol y se quedó enganchado de por vida. El perseguidor siguió con su trabajo, aún con ese puerco como zapatilla.

Siguió la persecución. Cuando estaban ya por la mitad de la calle (pues ya veían en una curva el cartel que ponía “fin de la calle”), se dieron cuenta de que una ventana, la de la última casa, se abría, y salía una pareja caminando. Se trataba de un hombre pulcro, vestido de negro satinado y sombrero de copa de terciopelo, y una mujer pija y muy elegante, con el pelo rizado, maquillada hasta las orejas, un sombrero cubierto de flores y el corsé tan apretado que parecía que se le iban a salir las tripas por la boca. En la espalda, enganchado al corsé, levaba algo alargado metido en una funda de espada.

El elegante dúo no parecía querer apartarse, y Pascasio, la morsa y el calamar no se podían permitir parar, o les alcanzarían.

Iban a chocar. Entonces, a tan solo un metro de distancia, la mujer sacó un matamoscas del tamaño de su brazo de la vaina de su corsé, y, agitándolo vigorosamente, apartó a los tres rodadores a “matamoscazos”. Después, repitió la operación con los perseguidores. Los tres que iban delante formando una V (uno con sombrero de copa, gafas de sol y bigote, delante; y otros dos con bombines, a sus lados), consiguieron evitar la peor parte, pues se echaron a un lado a tiempo, pero los de detrás salieron enviados a los tejados de alrededor por la furia de la mosquetera (pues aquella mujer era una de las que mataban las moscas del rey). El que se llevó la peor parte fue el de la moderna zapatilla puerca. Como era el último, la mosquetera le mostró toda su furia y le dejó la cara con estampado de cuadros, y más ciego que un topo.

Mientras tanto, los demás (los tres rodadores y sus tres perseguidores) habían llegado a la curva. La doblaron y... se encontraron con que no solo terminaba la calle, sino también el pueblo entero.

Estaban al borde de un precipicio, algo más pequeño, pero no mucho, que el de la carrera de Pascasios, solo que sin agua y sin árboles.

Había un letrero, casi descuajaringado por las marmotas que lo mordían, que decía “No pasar, peligro de muerte”.

Entonces pasó por allí el de la zapatilla más cerda del barrio y rompió el letrero, cayéndose al acantilado con él, mientras las marmotas cogían sus motosierras y empezaban a abrir un túnel hacia abajo del barranco para ir a buscar su comida favorita, que venía con palillos de dientes incluidos.

Los tres exrrodadores se habían quedado pasmados mirando el precipicio, hasta que el agudo grito de la morsa los sacó de su ensimismamiento.

Los dos compañeros de clase miraron hacia donde la morsa en cuestión estaba señalando, y lo vieron. Los tres miembros que quedaban de sus perseguidores, algo sucios por su rodamiento final, y el de en frente con las gafas rotas, habían cogido armas del tipo de fusiles de queso *brie* (unas armas curiosas que disparaban queso *brie* podrido) y se dirigían hacia ellos apuntándoles.

Cuando estaban ya dispuestos a apretar los gatillos, sonó un ruido de helicóptero en el cielo y Morso Ochentero, cogido de una cuerda que salía de donde quiera que procediera el sonido, agarró de las manos a Pascasio y a la morsa, y Calamar se agarró con sus ventosas a la cola de esta.

Los tres atacantes dispararon los fusiles y de sus cañones salieron tres trozos de queso que apestaban más que Calamar.

Por suerte, a este le encantaban los quesos así, por lo que abrió la boca y se los tragó de un bocado.

CAPÍTULO 8 LA ASOCIACIÓN SALE A LA LUZ

Morso Ochentero, antes de que los tres tipos queseros volvieran a recargar sus armas, subió por la cuerda (o, más bien, la cuerda le subió a él) a Pascasio, la morsa y el calamar hasta una especie de humano-jumento-gorila-helicóptero del que había salido.

Entonces, la cosa se transformó en José Miguel, el de mantenimiento, pero siguió conservando sus hélices de helicóptero.

Los transportó a todos un buen rato, primero hacia arriba, hasta quedar por encima de las nubes, para no ser alcanzados por los queseros, y después hacia delante, quién sabe a dónde.

Y justo fue eso lo que preguntó Calamar.

—Joseerro, ¿a dónde vamos? —dijo.

—Les llevo a un sitio.

—¡EN SERIOOOOO! —gritó emocionado Pascasio.

—Ese sitio —siguió José Miguel, el de mantenimiento—. Es mi cuartel general. Yo en realidad no soy encargado de Mantenimiento Laboral y de Suelo a Sueldo de Pascasiosport, sino de Mantenimiento Laboral y Fiscalmente Morsal de Morsalandia y los Reinos Vecinos.

—O sea que eres una morsa —dijo Pascasio.

—No, pero trabajo para ellas.

—¿Cómo?! —gritaron a la vez unos extrañados Pascasio y Calamar.

—Sí —dijo la morsa, que aún no había hablado—. En mi reino todos le conocemos como “El Magnífico Salvador de Morsalandia Mediante el Espionaje a la Asociación con Ánimo de Lucro” o, simplemente, como el “M.S.M.M.E.A.A.L.”.

—¿Y cómo puede salvar a las morsas? —preguntó Pascasio—. ¿De qué necesitan ser salvadas?

—¿Es que no conoces la historia, jovenzuelo?! —casi gritó José Miguel, el de mantenimiento.

—¿Qué historia? —preguntó Pascasio.

—¡Ah, seguramente os la cuenten de otra manera...! Es que yo he estado mucho tiempo ya en Morsalandia, pero creo que tampoco sabía nada de eso hasta que fui... ¿Te suena la Guerra de Sucesión?

—Claro que sí, por la que entraron los Borbones a España.

—Sí, eso es lo que se cuenta. Pero, en realidad, los Borbones no entraron mediante una guerra, sino como un truco de despiste. La

verdadera guerra fue la Guerra de Sucemorsión, librada entre morsas y humanos, por la reclusión morsenca en el Polo Nortesco.

—En cristiano, por favor.

—No, en judío. Decía que entre 1701 y 1713 hubo la Guerra de Sucemorsión, en la que los antimorsista, guiados por Felipe de Morsón lucharon contra las morsas, que vivían por todo el mundo y eran la mayor potencia mundial (la moda, el lenguaje, la medicina, la imprenta, la escritura, la pólvora, todo lo inventaron ellas), para que, de una vez por todas, se quedaran encerradas en el Polo Norte (la Nueva Morsalandia). Después de un tiempo, lo consiguieron, y fue cuando Felipe V de Borbón (un apellido inventado para que sonara parecido a Morsón) entró a España para ser rey, pues los antimorsista le habían pagado para que engañara al planeta. Más tarde, el pobre Felipe se sintió mal, pues en realidad no era mala gente, y se deprimió, y por su depresión no pudo reinar bien, contrató a una panadera llamada Isabel de Farnesio para que fuera la reina y sanseacabó.

—Curiosa historia —proclamó Calamar.

En ese instante, a Pascasio se le encendió una bombilla.

—Entonces... ¿Los que nos perseguían eran antimorsista?

—Exacto, veo que lo has *pillao*, *brother* —dijo José Miguel, el de mantenimiento, que había sacado un paquete de salchichas y se estaba fumando una—. De los antimorsistas ahora solo queda una única asociación (que de hecho es con ánimo de lucro), llamada ¡NO A LAS MORSAAAASS!, y encima se volvió más tarde secreta y maligna. Esa asociación está tras la pista de un bicharraco enorme. Una joya más valiosa que el Rey Bermudo V de Morsilandia. Esa morsa, a la que yo seguí a Málaga (y que por cierto se llama Ramón Rigoberta) estaba intentando descubrir la joya para llevarla a Morsilandia, pero los antimorsistas la capturaron, justo cuando tú, Pascasio (sí, te he estado vigilando desde hace tiempo) estabas persiguiéndola, con buenas intenciones, supongo —recalcó la palabra supongo mirando fijamente a Pascasio—. Después, yo ayudé a liberar a la morsa durante la carrera de Pascasios, y escapó, pero entonces los antimorsistas

te descubrieron a ti y te persiguieron, pues no querían que contaran nada de lo que habías visto. Morso Ochentero y Calamar te vieron, y me avisaron, pues Morso sabía quién era, por sus raíces en Morsalandia. Los tres echamos a volar y vimos cómo os cruzabais la morsa y tú. Os lanzamos al cefalópodo, le escacharró el hígado al *Hortymskumj*, os seguimos y, bueno, aquí estamos.

Pascasio se quedó muy sorprendido por la historia. Iba a preguntar qué era ese *Hortymskumj*, pero después se le ocurrió pensar que era el bichejo ese camaleónico, que poseía hígado cabecero, sustituyendo al cerebro.

Entonces, escucharon un grito extraño en la lejanía. Decía: "¡CHORIIIIIZOOOOO!".

Todos miraron hacia donde provenía y, al rato, vieron una mancha oscura salir de entre las nubes, acercándose. De pronto, distinguieron que se trataba de una figura humana familiar.

—¡OH, NO! —gritaron al unísono José Miguel y Morso—. ¡ES CHORIZO KUKARACHO!

El tal Kukaracho (el miembro de la Asociación que tenía los ojos más desorbitados y los dientes más podridos) aterrizó encima de las hélices de José Miguel, el de mantenimiento, que se partieron en tres y empezaron a caer.

Después, bajó por su nariz (pues era increíblemente pequeño, poco más de 70 centímetros) y le quitó la salchicha ardiendo de la boca, que cayó hasta la cabeza de una cabra montesa clavándose en su cuerno.

Pascasio, Calamar y las dos morsas cogieron lo que pillaron (un periódico enrollado, un bate de béisbol, un burro y tres tomates) y se pusieron a atacar a Chorizo Kukaracho con ello. Pero este saltó, mientras descendían de la cabeza de uno a la del otro, y no le pillaban, hasta que de repente dio un salto hacia arriba hacia la cara de José Miguel, el de mantenimiento, pero no pudo agarrarse bien a su nariz, y, mientras sacaba las garras para agarrarse, le tiraron a Calamar, y se

perdió de vista por debajo de las nubes, inconsciente por el perfume del cefalópodo.

Mientras ellos también caían, Pascasio preguntó:

—¿Quién era ese tipo?

—Ese era Karlos Kukaracho, conocido como Chorizo Kukaracho por ser tan aficionado al chorizo. Es la mano izquierda del líder de la asociación, Jarry Yonson —explicó José Miguel, el de mantenimiento, encendiendo otra salchicha—. La mano derecha se llama Feonardo Bovino, y ellos tres son los que nos la intentaron dar con queso cuando os rescató mi querido Morso.

—Ah. Y, otra pregunta. Es sobre la joya...

Pero, justo entonces, aterrizaron sobre un ala delta más grande que diez de su especie. Con el peso de los cinco casi se rompe, pero consiguió aguantar, dando nada más que una ligera sacudida.

Se asomaron a ver quién conducía el parapente, y Pascasio y Calamar se sorprendieron al darse cuenta de que se trataba de una morsa ataviada con botas altas, casaca y un pulcro bigote colgando debajo de la nariz (mejor dicho hocico).

—¡Ah, hola compañeros! —gritó la morsa al verlos, haciéndose oír por encima del ruido del aire, y con un acento algo cubano y algo friki—. Me llamo Mànnoloo¹. Soy el Autobusero Real de la Corte Morsenca (donde hay muchas tijeras). El rey me ha mandado a recogeros, compadres, y llevaros al palacio.

—¿Y cómo supo el rey...? —empezó Pascasio, pero la morsa no le dejó continuar.

—Baja, compadre (o comadre, no lo tengo claro) y hablemos un rato.

1 Pronunciado Manolo en Morsés.

CAPÍTULO 9

EL CASTILLO MORSO

Un rato más tarde (entre una hora y tres días) llegaron al Polo Norte, y unos pocos minutos más tarde alcanzaron a ver el castillo del que habían escuchado hablar. Era enorme, y se situaba encima de una enorme montaña de hielo y nieve. Las murallas que lo rodeaban eran altísimas, pero no tanto como las torres que había dentro, en especial la del centro, que les sacaba tres tejados. En el centro de la muralla de enfrente se alzaba un portón de roble o quizás de otro material morsero, y, como era de noche, dos antorchas brillaban en sus lados. En los lados había dos torres almenadas, en las que se podían distinguir abajo agujeros para disparar. En las murallas de los lados, había otras dos torres en cada una; una en la esquina y otra en el centro. Las primeras eran iguales que las de enfrente, y las del centro tenían un tejado cónico y se veían barrotes de las prisiones. De cada torre pendía una Real Bandera de Morsalandia, demasiado extraña como para describirla.

Dentro del castillo había una gran torre en el centro, con ventanas en forma de arco y cuatro torres más pequeñas rodeándola que se conectaban con la grande, formando otra pequeña muralla, con un techado apoyado en grandes columnas.

A los lados de todo esto había varias alas más, llamadas las Alas Rodeadoras. En la de enfrente se distinguía una gran puerta de arco, con dos columnas de mármol a los lados, y en las demás también había puertas, pero no tan grandes. Todas las ventanas eran en forma de arco, y no había ni una sola chimenea. En frente de eso, había alguna casa y tres pisos morseros.

Conforme se fueron acercando vieron que de las torres de la muralla surgían cañones amenazantes, y detrás de cada uno había dos morsas vestidas con casaca rococó y yelmo.

El ala delta bajó y se situó frente a las puertas, donde vigilaban dos fusileros ataviados como los demás, a lo rococó, con casaca, tri-

cornio, botas altas y peluca con coleta empolvada. Los colmillos brillaban en la noche, en parte de por su extremada blancura (provocada por los cepillos de dientes de último modelo que habían inventado un año antes) y en parte porque eran colmillos postizos con linternas dentro.

Los guardias no dijeron nada cuando salieron del ala delta, y no desviaron la mirada de las musarañas hasta que Mànnoloo hizo el ademán de coger el pomo de la puerta. En ese instante, les miraron y dijeron:

—¿Quién pasa?

—Un morso por tu casa.

—Pasa todos los días —dijo el de la derecha.

—Entonces podremos entrar, ¿no?

—No —dijo su hermano el Izquierdo—. Carné de identidad.

Mànnoloo les enseñó la carne y los guardias abrieron el portón.

En cuanto pasaron, lo cerraron y gritaron:

—¡CAAAMBIO DE GUARDIA!

Y el Izquierdo se fue a la derecha para que el Derecho se fuera a la izquierda.

Dentro del castillo no había muchas morsas, pues la mayoría estaba o durmiendo, o viendo su nuevo invento llamado televisión, o haciendo cualquier cosa de morsas dentro de sus respectivas casas y habitaciones del palacio.

Mànnoloo guio a Pascasio, José Miguel, el de mantenimiento, Morso Ochentero, Calamar y Ramón Rigoberta hasta el Ala Frente (que así se llamaba el ala de enfrente), la atravesaron y entraron en las torres centrales, donde vivía el rey, el príncipe y tal y cual.

Las Alas Rodeadoras (o *Èlas Rocesanntes*, en Morsés) se comunicaban con las torres centrales mediante un pasillo que salía de cada una de las alas y que llegaban hasta las puertas que había en el centro de la muralla entre una torre y otra. Los pasillos estaban cubiertos por una bóveda estilo barroco, y había arcos a la altura de la cabeza por donde entraba la luz (cuando era de día, claramente). A

los lados de los arcos había columnas decoradas con motivos florales y algún ángel-morsa en cada una.

En las puertas de entrada al castillo había más guardias, que le dijeron algo en morsés a Mànnoloo y abrieron las puertas con la punta de la bayoneta (inventada por las morsas años antes de que la utilizaran los humanos) que tenían sus fusiles.

Las morsas, los humanos y el calamar entraron a las Torres Centrales guiados por su guía, el morso Mànnoloo.

Allí había mucho más bullicio que en las otras partes. Decenas de morsas y morsos con relucientes vestimentas del siglo anterior se agolpaban por las escaleras, pasillos y puertas decoradas a lo rococó, con montones de platos, bandejas, y osos hormigueros en las manos, del mismo estilo artístico.

Mànnoloo les hizo una señal con la mano a los demás para que subieran la gran escalera que se retorcía hacia el piso de arriba en un rincón, y en poco tiempo llegaron, pues el primer piso era de una altitud considerablemente menor que la de los demás, como pudieron comprobar en el siguiente piso, donde había prácticamente el mismo jaleo que en el anterior.

Subieron otras escaleras (que eran parte de las mismas que antes) y llegaron al tercer piso.

Allí ya no había tanto barullo. Había también mucha gente (morsas), pero iban más ordenadas, despacio y cuidadosamente que en los dos pisos anteriores. “Por qué”, se preguntaba Pascasio.

Entonces, se fijó en un morso distinto a los demás. Llevaba también una casaca, medias de seda de la marca Poni^R, chaleco y peluca, pero ésta última era larga y rizada, no como las otras, con coleta y lazo, y estaba más limpio. Llevaba un cetro tan pequeño que casi ni le llegaba al suelo y su bigote era pulcro y bien peinado.

El morso pareció distinguir a Mànnoloo y se dirigió hacia ellos.

—¡Ah, mi querido Mànnoloo! —exclamó pomposamente el morso, y luego se dio la vuelta hacia Pascasio, Morso Ochentero, Calamar y Ramón Rigoberta e hizo una reverencia—. Ah, ustedes deben ser

Pascasio, Morso Ochentero, Calamar y Ramón Rigoberta! Bueno, a usted ya le conozco, Ramón Rigoberta, pero bueno.

—Sí, su morsestad, ya me conoce, pero sigue siendo un honor estar en su presencia —dijo el/la aludido/a.

Ahora Pascasio ya lo comprendía todo. Aquel morso era el rey de las morsas. Por eso todas ellas estaban comportándose así en ese piso.

Todos se inclinaron ante Su Morsestad, y luego esta habló.

—Bien, síganme hasta la sala del trono.

Y el rey Vermiudo V² empezó a subir las escaleras, y todos, precedidos por Mànnoloo, le siguieron.

Pararon en el segundo piso, donde un montón de morsos y morsas aristócratas se agolpaban para entrar por una puerta, al fondo del vestíbulo, todos a la vez, formando una pelota de color morsa con casaca o vestido.

Pero, en cuanto entró el rey, todos salieron de la bola y, colocándose con la espalda recta y los ojos cerrados en dos filas ante la puerta, hicieron una reverencia al unísono para luego quedarse tiesos mirando hacia arriba.

Vermiudo V entró por la puerta haciendo un gesto para que pasaran Pascasio y los demás, y todos entraron por la puerta que dos sirvientes cerraron detrás.

—Esto —dijo entonces el rey de las morsas— es un nuevo invento. En cuanto lo descubran los humanos se revolucionarán y se pondrán como locos, tanto que creo que la mayoría correrá hasta salir volando a la Luna, a la que por cierto, vamos a ir el año que viene.

—Ajá —dijo Calamar, muy interesado—. Sí, sí, se ve muy bien este invento. Una sala oscura y claustrofóbica. Muy interesante.

2 En morsés se pronuncia Bermudo. En realidad, es solo el segundo Vermiudo en reinar, pero aun así es Vermiudo quinto.

—¡JA, JA, JA, JA! —casi gritó el rey—. Admiro su sentido del humor, mi querido molusco cefalópodo decápodo. Pero se equivoca. No es solo eso.

Y, con estas, dio una palmada y los dos criados que habían cerrado las puertas volvieron a entrar, sacaron dos látigos y, con ellos, cortaron el aire y dieron unos cuantos latigazos al techo. Hecho esto, se encendió una lámpara de araña en el techo, los criados se fueron, cerrando la puerta otra vez, y Pascasio y sus acompañantes pudieron ver una especie de cabina metálica que tenía algunos botones en un lado, uno de los cuales fue pulsado por Su Morsestad.

Hecho esto, la cabina dio una sacudida y empezó a ascender.

—¡Y, *voilà!* Este bicharraco de metal es lo que nosotros llamamos *Bhuykli dè Warx i Jabàr*³ y lo utilizamos para subir y bajar, aunque por el nombre no lo parezca. Por ahora solo hemos podido instalarlo en un piso, pero tenemos pensado que esté en todos.

Para cuando terminó de decir la frase, sonó una campanilla y la puerta fue abierta por una sirvienta que no estaba claro cómo podía andar sin pisarse su largo vestido. Estaban en el cuarto piso.

—¡Llegamos a mi piso! —exclamó Su Morsenca Majestad.

—¡Ah, Su Morsestad! —llegó un morso diciendo—. Tenemos...

—Ay, *Jwãñ Karlos*⁴, ¡no te he dicho que me llames por mi título completo!

—Perdone usted, su *Morxarca Majeztaz ui lis morzas i lis morzos ui Morxeland i los Reynnos Wecimx, inbraór ui lui Pofr Nurktâzko i greñ prruts ui slo morzas i morzos*⁵

—Gracias. *Jwãñ Karlos*. Pero, ¿qué querías?

—Señor, nos atacan.

3 En morsés significa Bicho de Subir y Bajar, y se pronuncia *Búichi de Wis y Jafar*.

4 Pronunciado Juan Carlos.

5 Se pronuncia *Morsca Majeztaz u lis morsas y lis morsos u Morslan y lus Reynns Vecims, inbraó u loi Pof Nortesco y gran pruts u slo morsas y morsos*, y significa *Morsenca Majestad de las morsas y los morsos de Nueva Morsalandia y los Reinos Vecinos, emperador del Polo Norte y gran protector de las morsas y los morsos*

—¿QUÉEE?!

—Sí, Su Morsestad, son los antimorsistas. Vienen a buscar a Pascasio. Están liderados por una francesa loca con cara de almeja rancia, y son unos cien.

—Pues no hay tiempo que perder —dijo Vermiudo—. Joze Mikell (pues así se escribe José Miguel en morsés) reúne a tu destacamento destacado de la Morsada Real. Pascasio, tú, ocúltate. Que no te vean, pueden utilizar métodos muy severos para sonsacarte el paradero de la Gran Joya. Tú, Morso Ochentero, ¿sabes algo sobre combate?

—Sé *Capoeira* y dar batacazos con un palo. También sé apretar el gatillo de una pistola, y *morkxeou*⁶ —dijo Morso.

—Genial —dijo el rey, y señaló a la otra morsa—. Irás con Ramón Rigoberta, que es un cabo de barco y un sargento morsilitar, por cierto, en su escuadrón. Bien, ya está todo.

Entonces, cuando el morso rey ya se iba, Calamar empezó a dar saltitos como un loco levantando la mano.

—¿Y Y00000? —gritaba suplicando.

—Ah... cierto... —dijo el rey no muy convencido—. Pues haz lo que te venga en gana. Pascasio, sígueme.

Pascasio siguió al rey Vermiudo, extrañado por lo que había dicho.

“¿Cómo que sonsacarme dónde está la joya?”, se preguntaba. “¿Estarán hablando de la misma joya que José Miguel, el de mantenimiento? ¿Por qué morsos debería saber yo dónde se encuentra?”.

Decidió preguntárselo al rey, cuando éste habló:

—Bien, Pascasio, aquí estarás seguro, con mi hijo Fêdderú⁷.

Y, dicho esto, lanzó a Pascasio dentro de una habitación y se marchó corriendo a la batalla.

⁶ Es el boxeo de las morsas, se pronuncia *moxeo*.

⁷ Se pronuncia Fédero, y en español ya solo existe la variante Federico, que es su diminutivo.

Pascasio se levantó del suelo de mármol o cartón piedra, no estaba claro del todo, y vio como el tal Fêdderú salía de su escondite tras una columna y cerraba la puerta.

—Hola, buenas tardes por la noche —dijo, estrechándole la mano (o la aleta, mejor dicho)—. Yo soy el príncipe Fêdderú, heredero al trono de Nueva Morsilandia. Tú debes de ser Pascasio.

—Ah, sí, yo soy Pascasio —dijo este, aún un poco confuso.

—Pareces *palgo* extrañado, Pascasio. ¿Te *paza palgo*?

Pascasio tardó unos instantes en descifrar lo que le había dicho y luego le contestó:

—No, Su Morseza, tranquilo estoy fresco como una lechuga.

—Entonces ponte una manta...

—No, señor, es un dicho. Ah, y se pronuncia *algo*, no *palgo*, lo digo para próximas ocasiones, y...

En ese momento, escucharon un golpe al otro lado de los muros de la torre y, nada más mirar hacia la ventana donde se veía una especie de escalera y cinco pulpos, sin darles tiempo a reaccionar, hubo una explosión, la pared de la ventana estalló y sus pedazos cayeron hacia el suelo polar. Pascasio y Fêdderú salieron despedidos hacia atrás y chocaron contra unas cortinas de terciopelo que había a los lados de la puerta. Cuando se levantaron, mareados y extrañados, vieron que cinco pulpos y una francesa (que, curiosamente, se parecía mucho a la francesa de la carrera de Pascasios, solo que con el maquillaje esparcido por toda la cara, como las nubes en una tormenta, y con cara de pocos amigos) se habían colado en la sala, y que había una escalera gigante que habían utilizado para subir sujeta de un escombros que acabó por caerse y se la llevó detrás (sí, decididamente, el suelo era de cartón piedra).

Pascasio y el Príncipe volvieron completamente en sí y fue entonces cuando la francesa y su séquito de moluscos octópodos aprovecharon y lanzaron una *Japón*, que es un tipo de bomba que primero ríe y después explota, a la que le habían metido poción *Tele-morstransporpascasioratti*, un mecanismo de un inventor italiano que

servía para teletransportar morsas y Pascasios a la casa del Pascasio en cuestión.

La *Japón* rio y explotó, y todo se llenó de humo verdoso-rosado que cantaba nanas. En cuanto se disipó, no quedó rastro alguno de Pascasio y el príncipe Fêdderú.

Mientras tanto, fuera del castillo, ya había comenzado la batalla entre morsas y antimorsistas. Los primeros, liderados por el rey Vermiuado, estaban en las torres y las murallas, intentando alejar del castillo a sus atacantes, que no dejaban de pegar cachiporrazos con un ariete de último modelo (también llamado ballena jorobada) que venía de Notre Dame y no paraba de rugir melancólicamente en las puertas y hasta en las murallas de piedra y quién-sabe-qué-otro-material, que eran las murallas más duras de la Tierra, por lo que al final la jorobada de Notre Dame acabó partiéndose las cervicales y con una jaqueca increíble. También cogió gripe, viruela, sífilis, hepatitis B, neumonía, neumotórax, daltonismo, albinismo, dermatitis, acné, espondilitis anquilosante, ictus, tortícolis, meningitis, esclerosis múltiple, bronquitis, sinusitis, embolia pulmonar, pericarditis, tuberculosis, hernia, apendicitis, hepatopatía alcohólica, úlcera péptica, diabetes, gasteropoditis anular, morsitis aguda y calvicie de tercer grado, por no hablar de la *Salmonella*, *Salmonilla*, *Salmonona* y *Salmón*.

Y, mientras la ballena ariete seguía pillando enfermedades y cosas por el estilo, en Málaga, en el tejado de la casa de Pascasio, una nube de humo verdoso, que cantaba nanas y también algo de rock duro y música clásica, aparecía de la nada.

Cuando desapareció, más o menos a los dos minutos, aparecieron en su lugar los dos personajes desaparecidos: Pascasio y Fêdderú, inconscientes.

Después, empezaron a rodar por el tejado y cayeron a la calle, donde por poco los atropella un carro que venía de camino cantando "*En el auto de papá nos iremos a pasear*".

Por suerte, unas manos pequeñas y con olor a chorizo los cogieron y los metieron dentro de la casa.

Allí, sentados en los sillones verdes que había en el salón, frente a una mesita, había dos tipos; uno era delgado y muy alto, con un sombrero de copa negro casi tan largo como él. Su bigote era del mismo color azabache, y tenía una barba de chivo que se estaba retorciendo en ese instante. Su elegante chaqueta era pulcra y también del mismo color, igual que sus pantalones y sus zapatos de charol. Su cara tenía una sonrisa algo malvada.

El otro individuo también era alto, pero no tanto como el primero, y su sombrero no era ni la mitad de largo que el otro. Lo que tenían en común era el gusto por vestir cosas negras, y el bigote, casi igual, exceptuando que el más bajo lo tenía retorcido hacia arriba. Éste no tenía barba, ni perilla, ni tampoco pera grande.

Sobre su ojo descansaba un monóculo de montura de oro, y su mirada, inquieta, escudriñaba toda la habitación por encima de la taza de té que había en sus manos.

Lo más macabro era que, en el sofá que había al lado de los sillones, que era del mismo color verde que estos, había dos cuerpos, que Pascasio habría reconocido perfectamente: su madre, Normanda Pérez-a, y su padre, Bombillo Cafecillo, yacían con los ojos abiertos y la mirada perdida. Respiraban, eso sí. Estaban inconscientes, y unos chichones con pinta de haberse hecho con una marsopa se les veían en la frente.

El tipo con olor a chorizo, que no era otro que Chorizo Kukaracho, entró a la casa con Fêdderú en una mano y Pascasio en otra, y se los entregó a su jefe (pues sí, esos eran los miembros más importantes de los antimorsistas; el más alto, el jefe, Jarry Yonson, y el otro, su mano derecha, Feonard Bovino). Este los cogió y los puso en la mesa, junto a una tetera y una taza vacía.

Chorizo Kukaracho cogió una silla y se sentó, no sin antes coger el chorizo que le ofrecía Yonson como recompensa, y tragárselo de un bocado.

CAPÍTULO 10 LAS CATARATAS

Al poco rato de que Chorizo Kukaracho vomitara el chorizo y se lo volviera a comer, el príncipe Fêdderú se despertó de su siesta.

—¿Qué hay de merendar? —preguntó en un tono de más dormido que despierto.

Entonces, levantó la mirada y vio al líder de la Asociación con su mano derecha y su mano izquierda (también tenía sus pies, claramente) en una casa totalmente desconocida con dos tipos con un chichón de tres metros en el sofá.

—¡Ay, mi tatarabuela la Pepa! —exclamó y, de un manotazo en la nuca, despertó a Pascasio.

Este, como es normal, sí reconoció la casa, y cuando vio a sus padres inconscientes en el sofá soltó el grito más agudo que hayáis oído, y que se escuchó, claramente, hasta en el Ártico, donde la batalla morsil-antimorsil seguía, con graves consecuencias para el ariete-ballena-jorobada de Notre Dame.

Allí fue donde Calamar escuchó el grito, mientras daba cachiporrazos a un flamenco que había osado colarse en el campo de fútbol, e inmediatamente pensó en Pascasio.

—¡Allá voy, querido amigo! —gritó, y se lanzó del castillo.

Mientras eso ocurría, en Málaga, en la casa de Pascasio, se estaba poniendo la cosa complicada. Los tres antimorsistas se acercaban a Fêdderú y Pascasio, con montones de armas como cachiporras, porras sin cachi y pistolas de naranjas. Pascasio y el príncipe estaban completamente desarmados.

Cuando llegó hasta ellos, Jarry Yonson hizo una señal, y Chorizo Kukaracho, que era mucho más fuerte de lo que parecía, cogió a Fêdderú y lo sujetó en el aire contra la pared. Feonard Bovino hizo lo mismo con Pascasio.

Entonces, el líder, que no sabía escribir inglés, se acercó a él y le preguntó, en tono amenazador:

—¿Dónde escondes la Gran Joya?

—¿Qué joya? —dijo Pascasio, con dificultad por la mano que tenía en el cuello.

—No te hagas el tonto, tonto. Dímelo. Será mejor para todos.

—Bueno, jefe —interrumpió Bovino—, para todos no, para las morsas será peor.

—¡Cállate, estúpido! —rugió su jefe—. Estás más guapo con la boca cerrada.

En ese instante, cuando el jefe Yonson iba a seguir interrogando a Pascasio, escucharon un alarido en la lejanía, peor que el de Atún Man y más maloliente.

Era Calamar, que venía a salvar a Pascasio de nuevo.

El molusco cefalópodo aterrizó en la tetera y la derramó, cubriéndose de té. Luego, corrió como un loco, dejando una estela de la bebida tras de sí, hacia la Asociación.

Chorizo Kukaracho soltó a Fêdderú y corrió hacia él.

Hubo una larga batalla, que duró un segundo.

Lo que pasó fue que los dos majaras colisionaron, el suelo se derrumbó y acabaron en un sótano secreto que ni Pascasio ni sus padres conocían.

—¡AJÁ! —aulló Jarry Yonson, y saltó dentro del sótano.

Lo mismo hizo Feonard Bovino, pero con Pascasio en sus brazos.

Allí, Pascasio no se pudo creer lo que encontró.

Era enorme, de unos tres kilómetros de largo y de ancho. Era de oro puro. Era más alta que todos ellos juntos. Tenía colmillos. Aletas. Cola. Todo de oro. Era...

—¡LA GRAN MORSA DE ORO! —gritó, eufórico, Yonson—. ¡SEÑORES! ¡LA ENCONTRAMOS! ¡AL FIN!

Todos los miembros de la asociación soltaron a sus prisioneros y se quedaron admirando la estatua con la boca abierta.

Después, el líder los sacó de su ensimismamiento.

—Ahora, a remolcarla.

Y los tres sacaron cuerdas de sus bolsillos, las ataron entre sí, Bovino fue hacia la estatua de morsa dorada y la ató a uno de sus colmillos.

Los tres antimorsista empezaron a tirar, y entonces, el líder, sacó de su bolsillo una bomba *Japón* con una poción muy parecida a la *Telemorstransporpascasioratti*, pero en lugar de transportar solo morsas y Pascasios, podía transportar todo tipo de cosas.

Jarry Yonson la tiró y le ordenó ir al Castillo de Morsilandia, pero, justo antes de que desaparecieran, Fêdderú, Calamar y Pascasio saltaron hacia ellos, se agarraron de la cuerda y desaparecieron del sótano junto con los miembros de la Asociación y la Gran Morsa de Oro.

Aparecieron sobrevolando el castillo, pero entonces volvieron a desaparecer. El jefe, intentando remediarlo, lanzó otra *Japón* hacia el castillo justo antes de volatilizarse del todo, pero no consiguió nada.

En pocos segundos, volvieron a aparecer en otro sitio. Eran unas cataratas, más anchas y luminosas que las de la carrera de Pascasios, con menos riscos y más planas por la parte de arriba, pero también tenían mucha hierba corta y verde, y no había casi árboles.

Allí, en medio del prado que precedía a las cataratas (como la calma de antes de la tormenta), cayeron los pasajeros con su joya morsenca.

—¿QUÉ MORSAS HA PASADO?! —gritó el jefe Yonson, furioso.

—Esa morsa, es lo que ha pasado —dijo Feonard Bovino, señalando al príncipe Fêdderú.

—¡Ajá! —exclamó el jefe, con aire triunfal—. Así que teníamos polizones. Eso es lo que ha provocado el exceso de peso.

—¿Exceso de peso? —dijo Pascasio, ofendido.

—Sí, cuando hay demasiado peso en un teletransporte, hace cosas raras. ¡Seguro que ha sido culpa del pulpo ese!

—¡Eh, que soy un calamar de pura raza! —exclamó Calamar, lo que no era del todo verdad, sobre todo por el hecho de ser hijo de un langostino y una marsopa.

—Bueno, pues lo que seas... ¡AHHHH!

Ese último grito fue porque, de la nada, acababan de aparecer allí todas las morsas y morsos del Castillo Morso, acompañados de los antimorsistas, luchando aún.

—Señor —dijo Feonard—, eso seguramente se deba a la *Japón* que lanzaste antes de aparecer aquí.

—Oh, claro, cómo no —dijo el líder, pensativo—. Bueno, pues ya que estamos aquí, ¡tiremos a las morsas por estas cascadas!

Y los tres antimorsistas superiores se lanzaron a la batalla contra sus enemigos, las morsas y morsos.

Pero entonces, Pascasio aprovechó la oportunidad. Cogió a Calamar y, apuntando hacia el jefe, lo lanzó por los aires.

El cefalópodo se estampó contra Jarry Yonson, que perdió el equilibrio, se tambaleó y se cayó por las cataratas.

Unos segundos después, emergió sujetado por un halcón, que se lo llevó a su nido para la cena.

Todos los antimorsistas se quedaron paralizados, junto con las morsas, viendo a su líder volar hacia el nido de un ave rapaz que había salido de la nada.

Pero las morsas se recobraron antes de la sorpresa y se dirigieron hacia la estatua, que en cuanto la tocaron le empezaron a brillar los ojos de un color rojo brillante.

La Gran Morsa de Oro se levantó sobre sus aletas, dio dos pasos y, de un aletazo, mandó a todos los antimorsistas hacia el fondo de las cataratas.

CAPÍTULO 11

EL VUELO DEL CALAMAR

Algunos antimorsista volvieron a verse, volando con halcones, águilas, grajos y cuervos hacia sus nidos, y otros no volvieron a aparecer.

Las morsas ataron una cuerda a la Gran Morsa de Oro y, con una *Japón* que se encontraron en el suelo, la llevaron al Castillo Morso, a un sótano especial, casi como el de Pascasio, que habían construido bajo el palacio para cuando llegara ese día.

Luego, cogieron varias *Japón* que se encontraron en el suelo tiradas y, de vuelta a las cataratas, las repartieron entre varios grupos, que volvieron al castillo en pocos segundos.

Pascasio, Morso Ochentero y Calamar tenían pensado quedarse a dormir en el palacio esa noche, y al día siguiente teletransportarse hacia Málaga, frescos.

Pero, justo antes de irse a dormir, el rey Vermiudo les dio una gran noticia.

–Mañana será la coronación de Pazkasio⁸.

–¿Quién es Pascasio? ¿Acaso yo voy a ser rey?

–No, querido, Pazkasio mi hijo.

–¿No se llamaba Fêdderú?

–Se llamaba, pero le he cambiado el nombre, en honor a ti.

–Ahhhhh... ¿eso se suele hacer mucho entre morsas?

–Constantemente.

–Ahhhhh... ¿Y a qué hora será la coronación?

–A la hora habitual, a las doce de la madrugada.

–¡¿QUÉEEEE?!

–Las morsas (parece que los humanos no) acostumbramos a coronar a los reyes nada más empezar el día.

–Ahhhhh... Por cierto, ¿qué es exactamente la Gran Morsa de Oro?

–Pues es una joya, otros la llaman estatua, muy valiosa, pues es de oro puro y macizo, con cemento de baba de vaca y por dentro tiene chocolate, lo que la hace poder moverse.

8 Se pronuncia igual que en español, Pascasio.

—Ahhhhh... Bueno, pues buenas noches, Su Morsestad, despiértenos cuando sea la hora.

A las doce menos cinco de la madrugada, un sirviente llamado Hormigo fue a despertar a Pascasio, le dio ropa de gala (que era la que se ponía Antonio Gala), que Pascasio se puso, y le condujo hasta la Real Sala de Coronaciones.

Allí ya estaba reunido todo el mundo. Todas las morsas y los morsos estaban a los lados de la sala, muy elegantes y tiesos, con la espalda recta y mirando hacia el otro lado fijamente. En medio de los dos grupos había una alfombra roja de terciopelo, y una especie de silla decorada como un trono en el extremo contrario a la puerta, mirando hacia ella, en un cadalso-pedrusco.

Pascasio logró distinguir a Calamar y a Morso, que se habían despertado antes, entre la multitud. Calamar iba con un esmoquin negro, pajarita roja y sombrero de copa, por no hablar de los cinco bastones que llevaba, cada uno en una pata distinta, y Morso Ochentero con un tricornio y una casaca prestada por el rey Vermiuado, que le quedaba grande.

Pascasio se acercó a él, y nada más llegar, dos morsos salieron de las paredes de al lado del trono, vestidos con casacas y tricornios, pelucas empolvadas y cada uno con una trompeta.

Las hicieron sonar al mismo tiempo, y entonces Fêdderú (ahora llamado Pazkasio) salió de la puerta de entrada y, con aire pomposo, subió hasta en frente del trono, y se dio la vuelta, mirando al público.

Unos segundos después, se abrió un agujero en el suelo delante suya y por él salió un sacerdote muy anciano y muy bajo, recién llegado del Monjesterio Morso. En una mano llevaba un libro casi más grande que él y en la otra la Real Corona Morsaria.

—Señor príncipe Pazkasio Wodofredíz —dijo el sacerdote—. Esta es su corona —se la puso en la cabeza, cuando Pazkasio se agachó—. ¡Ya está coronado! ¡Desde ahora, será el rey Pazkasio I, Su Morsenca Majestad de las morsas y los morsos de Nueva Morsalandia y los Reinos

Vecinos, emperador del Polo Norte y gran protector de las morsas y los morsos.

—¡VIVA PAZKASIO I DE NUEVA MORSILANDIA! —gritaron todas las morsas, y Pascasio y Calamar intentaron imitarlas haciendo *playback*.

El sacerdote se metió de nuevo en su agujero, que se cerró, los dos morsos trompeteros desaparecieron tras su pared y Pazkasio se metió debajo del trono, para acabar desapareciendo por los túneles subterráneos del Castillo Morso.

Después de la coronación hubo una fiesta. Todos subieron a la torre central, y se quedaron entre el último piso y la cima, pues no cabían todos en el mismo sitio.

Pascasio, Morso Ochentero y Calamar estaban apoyados en las almenas bebiendo zumo de almeja.

—Bueno, amigo Pascasio (y Morso) —dijo el calamar, suspirando—, creo que ha llegado el momento de decir adiós.

—¿Adiós? —se extrañó Pascasio.

—Sí, *goodbye, au revoir*, y en morsés *Ódeiuz*.

—Sí, ya, hasta ahí llevo, pero, ¿decir adiós a quién?

—Pues, ¿a quién va a ser? ¡A MÍ!

Y, dicho esto, se lanzó de la torre. Pascasio se asomó, sujetándose a las almenas, pero no le vio.

Entonces, mirando hacia arriba, vio al molusco cefalópodo volando en el cielo nocturno, quién sabe a dónde.

—¡ADIÓS, PASCASIO, ADIÓS! —gritaba.

—Bueno, ya me he librado del calamar. Puedo volver a sostener una vaca con la punta de la nariz mientras esta sostiene un cerdo y este un puercoespín, ¿vamos a hacerlo, Morso?

Al día siguiente, Pascasio y Morso Ochentero se despidieron de los morsos y morsas, y de José Miguel, el de mantenimiento, y, tirando una *Japón*, desaparecieron del Castillo Morso, volviendo a aparecer en su casa.

Sus padres se acababan de despertar, y, como no recordaban mucho de lo que había pasado hacía menos de una semana, no preguntaron nada a Pascasio.

Este pudo seguir con su vida normal de siempre, junto con Morso Ochentero, sin tener que perseguir a caimanes ni a morsas, ni tener que tirar a antimorsistas por las cataratas.

Pero entonces, algo le llamó la atención.

Era el camello *sheriff* que ha salido en un capítulo anterior.

Estaba dentro de una joyería, hipnotizando al joyero y llevándose montones de caracoles marinos.

—¿Para qué los querrá? —se preguntó Pascasio.

Y, llamando a Morso Ochentero, se adentró en la tienda.

A decorative border surrounds the page, featuring a winding vine with leaves and several roses. Interspersed with the floral elements are gear-like shapes, suggesting a mechanical or industrial theme. The background is a textured, light gray surface with a large, faint archway shape.

RELATO

16-20

Demonios enterrados

Juan Salado Jurado

Sevilla

Relato 16-20 (17 años)

CAPÍTULO 1

—¿Estás seguro de que quieres entrar solo? —preguntó Miriam después de que ambos se detuvieran en cierto punto de la calle.

Elías no pudo evitar morderse ligeramente los labios, como hacía siempre que estaba nervioso. Según se habían ido acercando al lugar, fue notando la forma en la que el ruido había ido calmándose: dejaron de pasar coches a su alrededor, las conversaciones habían desaparecido y el sonido de los pasos se había convertido en algo inusual.

A su vez, pudo percatarse de que el olor había pasado a ser menos agradable en esas calles en las que se habían adentrado. Olía a antiguo, e incluso a suciedad. No podía hacerse a la idea de qué aspecto tendría aquella zona de la ciudad, ni tampoco decidió preguntárselo a su amiga, aunque todas las imágenes que se le pasaban por la cabeza, a raíz de lo que el resto de sus sentidos le aportaban, no eran nada gratas.

Quería marcharse de allí tan pronto como pudiera. Pero, sin embargo, había algo que tenía que hacer antes.

—Sí, espérame aquí, si no te importa —fue lo que le contestó a la chica.

No le gustaba pensar en Miriam como su antigua mejor amiga, pero ese era sin duda el término que mejor la definía. Elías y ella habían estado unidos durante años, hasta que el instituto los separó. Ella se marchó a estudiar bachillerato al barrio de Nervión, mientras que Elías buscó algo más cercano a la zona donde vivía. Se prometieron que no se separarían, pero era obvio que ya nada volvería a ser como antes. Las cosas habían cambiado hasta tal punto que, por cierto tiempo, Elías se había sentido completamente solo.

Aun así, se alegraba de que Miriam hubiera aceptado ayudarlo con lo que se traía entre manos. De no haber sido así, no sabía quién más podría haberlo hecho.

Elías desdobló su bastón y siguió las indicaciones que su amiga le estaba aportando para que su palma encontrase el pomo de la puerta. Después, la abrió y se adentró en el establecimiento completamente a solas.

Toda la sensación de estar captando un olor desagradable desapareció en el instante en el que cruzó la puerta. No sabía exactamente a qué olía; nunca había tenido gran curiosidad por el mundo de los olores, al menos no hasta que perdió la vista y comenzó a intentar distinguir unos aromas de otros. Sabía que aquello que respiraba era algo natural, algo que le hacía pensar en bosques, en árboles altos y frondosos, y también en lluvia y en el olor de la humedad.

Escuchó cómo algo sonaba por encima de su cabeza cuando la puerta se abrió, y luego sonó de nuevo cuando se cerró. Lo siguiente que hizo fue dar un par de pasos mientras intentaba distinguir por el sonido si habría otra persona cerca o no. Estuvo a punto de llamar en voz alta cuando una voz femenina y sorprendentemente agradable se le adelantó.

—Tú debes de ser Bruno, ¿no?

Bueno, su nombre no era Bruno, en realidad. Pero ni siquiera se había atrevido a dar su verdadero nombre cuando contactó con la web de la tienda a la que se había dirigido. Era un tanto absurdo. No es que nadie fuera a conseguir nada especial con solo su nombre, pero decidió que debía hacerlo. En parte fue para sentirse así algo más seguro, y en parte para poner a prueba a esa mujer. Si de verdad era cierto lo que decía en la web sobre su capacidad para ver y adivinar, ¿no debería darse cuenta en algún punto de que la estaba engañando?

—Sí —Había quedado con ella en la tienda a las seis de la tarde de ese mismo día. Elías se había asegurado de comprobar la hora con su reloj especial de muñeca poco antes de llegar a la tienda: no llegaba demasiado tarde.

Escuchó a la mujer moverse. Elías siguió avanzando hacia su voz hasta que su bastón chocó con lo que supuso que sería el mostrador de la tienda.

—¿Quieres tomar asiento?

—No —contestó. Se dio cuenta de que le estaba costando hablar.

—¿Seguro? Suele ser más fácil cuando mis clientes se sientan...

—Gracias. Estoy bien —mintió. No estaba bien, era imposible encontrarse bien en esa situación.

—Vale... —La mujer volvió a moverse. Algo crujió bajo ella. Una silla, o un sillón, quizá. Elías la escuchó rascarse el cabello—. ¿Cuánto tiempo hace desde que no ves?

No estaba allí para hablar de eso, en realidad. No le apetecía hablar sobre el tema, pero tampoco le apetecía hablar sobre lo que en realidad había ido allí a tratar. Pensó que quizá podría aprovechar la ocasión para tomar confianza.

—Medio año, aproximadamente.

Había sido algo repentino, en realidad. En un principio, Elías había empezado a sufrir pérdidas momentáneas de visión. A veces, ni siquiera eso. Simplemente comenzaba a ver borroso, le resultaba difícil enfocar las cosas. No solía durarle demasiado, solo un par de minutos.

Nunca llegó a hablarle de ello a su madre, ni tampoco a ninguna otra persona. En parte porque no creía que fuera nada grave, y en parte porque parecía que el hecho de nombrarlo en voz alta iba a hacer de ello un problema de verdad. Todo cambió cuando, una noche, sus ojos comenzaron a doler tanto que llegó incluso a despertarse en mitad de su sueño. Al levantarse de la cama, descubrió que tenía náuseas. Se sentía mareado. Se las apañó para llegar al baño y vomitar sobre el retrete. Cuando, a los pocos segundos, su madre se levantó de la cama y llegó hasta él, se encontró a su hijo de dieciséis años llorando, con las palmas de sus manos apretadas contra sus ojos.

—No veo —le dijo a su madre entre sollozos—. Mamá, no veo.

Esa noche, su madre lo llevó a urgencias, y Elías sintió que el mundo se le venía encima cuando no pudo ver absolutamente nada por el camino. Una vez estuvo en el hospital, le hicieron varias pruebas, tras las cuales le diagnosticaron glaucoma de ángulo cerrado. Ni siquiera tuvo tiempo de entender en qué consistía la enfermedad cuando le dijeron que tenían que operarlo de inmediato por iridotomía, palabra que tampoco conseguía tener más sentido para él que ninguna de las muchas anteriores. La operación duró sorprendentemente poco, a pesar de ello, a Elías se le hizo eterna. Pasó cada segundo de la misma pensando, y queriendo pensar que funcionaría. Se dio cuenta de que el motivo por el que quería recuperar su vista no era para volver a ver el mar, ni para seguir pasando tiempo viendo películas, ni tampoco para contar las estrellas. Quería volver a ver para así contemplar, aunque solo fuese una vez más, el rostro de su madre.

Pero no funcionó. Y Elías lloró, y pensó que aquello era el final de todo. Y luego no tuvo otra opción que superarlo, y darse cuenta de que solo era el principio de otra era. Descubrió que había cosas que, aunque en un principio pensó que no volvería a ser capaz de hacer, le resultaron bastante fáciles de conservar en su vida. Como leer libros, o escucharlos, o incluso pasar tardes en el cine, viendo películas de una forma completamente diferente a la que estaba acostumbrado.

—¿Qué pasó? —preguntó la mujer.

—Glaucoma —respondió—. Perdí la visión casi de un día para otro.

Se dio cuenta de que las palabras que había dicho desde que entró en la tienda estaban contadas, pero no era capaz de decir mucho más.

—No eres la primera persona invidente que conozco. Ni tampoco la primera que viene a esta tienda a pedir ayuda.

Elías tragó saliva.

—¿Qué es lo que sabes hacer? —le preguntó.

La mujer sonrió.

—Qué es lo que no sé hacer, querrás decir.

Su actitud de excesiva confianza le hacía sentirse inseguro. Pensaba que quizá no fuese más que otra timadora, una estafa.

—¿Es verdad que puedes hacer... magia? ¿Es verdad que algo como eso existe?

—Bueno... La mayor parte del tiempo solo tiro cartas. Pero sí, podría hacer magia. La hago, de hecho.

El chico sintió una punzada de adrenalina recorrerle el cuerpo, a pesar de que seguía sin saber si podía confiar en sus palabras.

—Necesito que me ayudes en algo —le pidió.

—Puedo devolvértela. La visión. No permanentemente, eso es imposible. Pero puedo ayudarte a ver una última vez, si es eso lo que deseas.

La desconfianza volvió a abordarlo.

—Deberías saberlo. Si es verdad eso que dices sobre ti misma, ¿no deberías saber que no es eso lo que vengo a buscar?

La mujer volvió a moverse tras el mostrador.

—¿Me estás retando, Elías?

¡Elías! Sabía su nombre, su verdadero nombre. Pero debía haberlo descubierto de una forma científicamente explicable, ¿no?

—Necesito que me ayudes —repitió—. Puedo pagarte —Elías no podía creer que fuera a gastar el dinero que su madre le había dado por su cumpleaños en aquel encuentro. Todo lo que deseaba era que

no lo estafasen, por favor...—. Te daré lo que cobres, pero necesito que me ayudes con algo.

Escuchó a la mujer sonreír.

—Muy bien, chico. Entonces, si no es tu visión lo que deseas, ¿qué es lo que necesitas que la magia haga por ti?

Y Elías empezó a contarle todo.

A la semana siguiente de su primera visita, Elías volvió a la tienda acompañado de otra persona que no era Miriam.

Si había alguien que impidió que se sintiera solo tras su distanciamiento con Miriam, ese fue Hugo. Después de que Elías ingresase en su nuevo instituto, apenas tres meses más tarde de su accidente, una profunda sensación de soledad, incluso de tristeza, se apoderó de él de un modo horrible. No conocía a nadie, y ninguno de sus compañeros lo hacía sentirse bien. O lo trataban mal o con lástima.

La única persona que había estado a su lado para tratarlo como a otro cualquiera había sido Hugo. Él era distinto. Cuando estaba con él, era casi como si pudiera olvidarse de que ya no era igual que los demás. Solo le prestaba ayuda cuando Elías se la pedía, nunca quiso preguntarle nada al respecto de su enfermedad, ni tampoco percibió que sintiera pena alguna por él. Para Hugo, su invidencia parecía no importar más que una simple cicatriz, algo que cualquier persona pudiera tener y vivir con ella sin impedimento alguno.

En algo menos de tres meses, Elías supo que podía referirse a él como su mejor amigo. Juntos iban al cine, daban paseos y conversaban durante horas. Era posible incluso que su vínculo con él estuviera pasando a convertirse en algo más fuerte de lo que había sido nunca su unión con Miriam.

Por eso, cuando Elías le mintió para que lo acompañase a la tienda en la que había estado el fin de semana anterior, no pudo evitar sentir un nudo de remordimiento en su estómago.

Hugo se había mostrado intranquilo desde esa mañana, cuando Elías le había contado el porqué necesitaba que lo acompañase a ese lugar.

—Necesito volver a ver —le dijo—. He hablado antes con ella, con esa mujer. Estuve en su tienda la semana pasada, y me dijo que es posible. No de un modo totalmente real, pero dijo que podría explicármelo.

—¿Para qué quieres volver a ver? Pensaba que no necesitabas tu vista, no ahora que sabes vivir sin ella —Hugo era un chico listo, era obvio que no iba a creerse eso a la primera de cambio.

—Necesito hacer algo. Escúchame —Elías había extendido su brazo hasta encontrar el de Hugo y sujetarlo con fuerzas—. Te lo contaré una vez que esté seguro de que funciona, pero, hasta entonces, necesito que confíes en mí. Necesito que me ayudes en esto.

Y Hugo había aceptado ayudarlo. Fue incluso más sencillo de lo que Elías había pensado, lo que hizo que también doliera más. Lo había engañado, y la forma en la que Hugo parecía haber aceptado sin importarle apenas nada...

Pero Elías tuvo que hacerlo. Por mucho que no le gustase, sabía que no podía contarle la verdad.

Una vez entraron en la tienda, los dedos de Hugo envolvieron el brazo izquierdo de Elías.

—Has vuelto —era la mujer, su voz tan dulce como la primera vez que habían hablado.

—Este es... Hugo. Mi amigo. Me dijiste que debía volver acompañado.

Hugo no dijo absolutamente nada. Los dos chicos se acercaron más a la mujer.

—¿Sabe él qué es lo que quieres de la magia? —la mujer se estaba dirigiendo a Elías.

—Le hablé sobre mi propósito, sobre volver a ver.

—¿Y le contaste cómo podría ser eso posible?

—Pensaba que serías tú quien terminarías de explicármelo.

La mujer caminó a través de la tienda. Cuando volvió a hablar, estaba del otro lado del mostrador, frente a ellos.

—Recuperar la visión de una forma real es algo imposible. Ni siquiera la magia se puede encargar de ello —por la proximidad de su voz, parecía estar más cerca de Hugo que de él mismo—. Sin embargo, existen otros métodos... El sueño lúcido. No sé si habrás oído hablar alguna vez de él, Hugo. Aunque, a decir verdad, esto va un nivel más allá. Los sueños lúcidos no son más que sueños que podemos manipular a nuestra voluntad, casi como si fuéramos los dueños de nuestras propias ilusiones. Esto es más real, a medio camino entre el sueño y la realidad. Aun así, si quieres que tu amigo sea capaz de ver durante el trance, necesitará tu ayuda. O... más concretamente, necesitará tus ojos.

Los dedos de Hugo se tensaron más aún sobre la piel de Elías.

—No te preocupes —dijo la mujer—. No te pasará nada malo. Solo tomará tu visión prestada, y tan solo en un mundo paralelo, uno menos real a este. Todo lo que necesito que hagáis es que durmáis. No es tan difícil, ¿no?

—¿Cuánto tiempo durará? —era lo primero que Hugo decía desde que había entrado a la tienda.

—Poco, relativamente poco. Un par de horas, quizá tres. Acompañadme.

La mujer comenzó a caminar, y Hugo lo hizo detrás de ella, guiando a Elías. Una puerta se abrió y, a los pocos segundos, los tres la cruzaron para luego detenerse.

—Esa es la cama donde dormiréis y... viajarás —se estaba refiriendo a él, ahora—. Mientras Hugo solo sentirá como si durmiera igual que durante cualquier otra noche, para ti será distinto, casi como si pudieras viajar a cualquier parte del universo, y observar aquello que quieras —hizo una pausa—. Todo lo que necesitaré es que bebáis antes un té y luego os relajéis. Ah, y vuestras camisetas. Necesito ambas camisetas para uniros las muñecas con ellas. Es la única forma de que estéis conectados.

—¿Puede dejarnos un segundo a solas? —era Hugo, su voz sonaba algo nerviosa.

—Claro —había algo de vacilación en el tono de la mujer—. Iré preparando el té.

Y después, se alejó de la nueva habitación. La mano de Hugo se apoyó ahora en el hombro de Elías.

—¿Estás seguro de esto, de que es lo que quieres? Ni siquiera sabes si podemos fiarnos de ella. ¿Y si...? ¿Y si nos droga? O nos roba, o... o... Elías, ¿de verdad estás seguro?

Elías rara vez había escuchado a su amigo tan nervioso. Pensó que, si no hubiera estado cargando con el peso de la mentira sobre sus hombros, la escena le habría llegado a parecer incluso cómica.

—No quiero obligarte a que hagas esto —le recalcó—. No quiero que hagas nada que te de miedo hacer. Es solo...

—¿Lo necesitas? —le interrumpió él.

La pregunta dolió. Y la respuesta que tuvo que dar lo hizo más todavía.

—Sí. Lo necesito. Te prometo que lo necesito.

Hugo respiró profundamente. Vaciló unos segundos antes de volver a hablar.

—Entonces lo haré, haré lo que sea que necesites.

Y escuchó cómo había empezado a desprenderse de su sudadera y camiseta. No importaba lo que tuviera que hacer, Hugo haría lo que fuese por ayudarlo. Elías se preguntó hasta qué punto su nuevo mejor amigo estaría dispuesto a poner todo en riesgo por él. Le escocía la garganta, y todo lo que deseaba era que sus ojos no se volvieran vidriosos mientras se encargaba de liberarse de su ropa.

No pudo dejar de pensar que estaba traicionando a su amigo ni por un solo segundo.

Cuando la mujer volvió, le entregó a cada uno una taza de té, y ambos se sentaron en la cama para beberla en silencio. Elías podía escuchar la respiración de Hugo, incluso le parecía ser capaz de oír su corazón. Podía entenderlo. Si incluso él mismo seguía sintiendo

una punzante inseguridad en su pecho al creer en esa mujer, ¿cómo habría podido Hugo confiar en ella? No, no estaba confiando en ella. Estaba confiando en él.

Cuando terminaron de beber, la mujer ató su muñeca derecha con la de su amigo. Después, dijo:

—Pronto deberíais comenzar a sentirnos cansados, si el té hace bien su trabajo. Dejaos llevar. El vínculo ya está creado. Cuando menos lo esperéis, estaréis en un lugar bien lejos de aquí.

La mujer caminó hasta la puerta y la cerró tras haberla cruzado, sus pasos se alejaron. Solo estaban ellos dos ahora, acurrucados en una cama algo pequeña para dos personas. Incluso en el frío del invierno, Elías podía sentir el calor que desprendía su amigo. Le hubiese gustado poder verlo, mirarlo a los ojos, saber qué expresión tendría.

Las muñecas estaban tan atadas que llegaban a dolerle.

—Tengo frío —fue lo que Hugo dijo, y Elías se acercó más.

Ahora podía sentir el aliento de su amigo descansando sobre él. Elías quiso tocarlo, abrazarlo, tal vez. Pero no se atrevió.

—Gracias por confiar en mí.

Hugo no dijo nada. Elías continuó respirando profundamente. Se preguntó si su amigo se habría dormido ya, y también cuánto tiempo le quedaría a él para hacer lo mismo.

—Elías... —La mano de Hugo cayó suave sobre su mejilla.

—¿Qué?

El sueño empezó a abordarlo más y más, como una marea en pleno crecimiento. No supo quién de los dos se habría dormido antes; todo en lo que pensó fue que el mundo se había desvanecido antes de poder saber qué era lo que su amigo había querido decirle.

—¿Qué sabes sobre sueños? —le había preguntado Elías una semana atrás a la propietaria de la tienda, justo después de que esta le incitara a contarle qué era aquello que anhelaba de la magia.

—Depende —respondió ella. Sonaba ahora más interesada que hacía apenas unos minutos—. ¿De qué sueños estamos hablando?

Elías volvía a morderse los labios.

—No lo sé. Sueños distintos, que se repiten, una y otra vez. No son idénticos, pero lo que ocurre en ellos siempre acaba siendo lo mismo, solo que de maneras diferentes.

La mujer respiró profundamente.

—¿Desde cuándo tienes esos sueños?

—Desde hace unos tres meses —se creó un breve silencio—. Empezaron cuando conocí a una persona. Nunca he llegado a ver a esa persona con mis propios ojos, pero en los sueños sé que es él quien aparece. Puedo escuchar su voz, oír la forma en la que camina...

—¿Qué es lo que ocurre en tus sueños?

—Algo que tengo que cambiar. No sé... ¿Tú...? ¿Tú crees en los sueños premonitorios?

La mujer soltó una carcajada.

—El invidente vidente. ¿No parece sacado de Hollywood?

—Lo digo en serio.

La mujer respiró el aroma de la sala antes de recuperar su seriedad.

—Sé hasta qué punto pueden llegar a tener importancia los sueños. Y ya he escuchado con anterioridad casos de personas cuyos sueños se estimulan tras perder la visión. De alguna forma, el alma compensa la falta de visión en la vigilia con el exceso en el sueño.

—Entonces, ¿crees que...?

—Creo que dicha persona está en peligro, sí.

—Necesito cambiarlo.

La simple idea de su sueño hecho realidad lo aterraba hasta los huesos. No podía dejar que ocurriera. No podía permitir que Hugo...

—Será difícil. Y necesitarás la colaboración de quien sea que aparezca en tus sueños, por supuesto.

No sabía cómo iba a ser capaz de contárselo, cómo iba a explicarle a Hugo nada de eso.

—Puedo traerlo —dijo. Ya se le ocurriría alguna forma de conseguir su colaboración.

—¿Quién es? La persona cuya vida quieres salvar, ¿quién es?

—No es su vida la que necesito salvar —repuso él. Parecía que esa mujer no hacía más que equivocarse en sus indagaciones.

—Oh, entonces, ¿cuál es el peligro?

Elías tragó saliva.

—En mis sueños... En mis sueños veo a mi mejor amigo asesinando a alguien.

CAPÍTULO 2

La siguiente vez que abrió los ojos, Elías se dio cuenta de que podía volver a ver.

La habitación en la que él y Hugo habían dormido por un tiempo era algo más pequeña de lo que había imaginado en un principio. Tenía pocos metros cuadrados, y la cama en la que se encontraban era lo único que abultaba en la sala. El resto era solo paredes y techo blanco, sin una sola ventana, con un suelo de madera antigua. La luz de la bombilla que la iluminaba le hacía daño cuando la miraba fijamente, aunque no demasiado. No era como si de veras hubiera pasado seis meses sin visión. Parecía como si nunca la hubiese perdido en absoluto.

Siempre había pensado que, si conseguía alguna vez ver algo de nuevo, sería maravilloso. Lo más maravilloso que le habría pasado nunca, quizá. Pero no lo fue. No por el hecho de que fuera negativo, sino porque, sumergido en el caos de todo lo que necesitaba cambiar, recuperar su vista se había vuelto algo insignificante. Solo la usaría para arreglar aquello que ocurría en sus sueños.

Cuando se movió ligeramente sobre la cama, notó que su muñeca seguía atada al otro chico. Aún con un poco de confusión tras haberse despertado, Elías se giró para mirar a su amigo, y entonces se dio cuenta de que el muchacho al que estaba atado no era Hugo, sino un perfecto reflejo de sí mismo.

Lo siguiente que hizo fue observar su torso desnudo algo alarmado, después sus pantalones, sus zapatos. Ninguna de las prendas

le resultaban familiares. Pasó la palma de la mano por su pelo, y por primer vez en su vida pudo enredar los dedos en sus rizados mechones. No, ese no podía ser su pelo.

Ese no podía ser su cuerpo.

Elías había confiado en todo lo que la bruja le había dicho, aunque tampoco había especificado demasiado. Había aceptado la existencia de la magia. Pero una cosa era oír hablar sobre ella, y otra distinta sentir su efecto de esa forma. Estaba dentro del cuerpo de Hugo. Parecía algo imposible, pero ocurría de todas formas.

Hizo algo de esfuerzo para desatar las camisetas que los unían y se vistió con aquella que pertenecía a su amigo. Después se puso en pie, algo mareado, y atravesó la puerta que debía llevar a la recepción de la tienda.

Pero no fue allí donde le condujo. Ni allí, ni a ningún sitio, en realidad. Todo lo que había a su alrededor era luz, puro blanco, sin nada distinguible. Nada que no fuera su propio cuerpo. Giró para volver a observar la puerta que acababa de atravesar y descubrió que había desaparecido. Estaba perdido en medio de ese espacio.

—Veo que ha funcionado —era la voz de la mujer detrás de él.

Elías se giró de nuevo y observó el cuerpo de la mujer, más joven incluso de lo que había deducido por su voz. No tendría más de veinticinco años. Su pelo era negro y rizado, y sus ojos de un azul claro. Su ropa era demasiado normal para tratarse de una... ¿bruja?

—¿Esto es real? ¿Estoy en el cuerpo de Hugo?

La mujer esbozó una sonrisa.

—No, solo estás durmiendo. No todo lo que le conté a tu amigo era mentira —Elías retrocedió un paso. Aquello le hizo recordar lo mucho que le había costado mentir a Hugo, pero no podía haber sido de otro modo. ¿Cómo le contabas a un amigo que, en tus sueños, lo veías matando a otra persona? No habría sido capaz de soportar que Hugo pensase que se había vuelto loco, ni tampoco que se asustara y decidiera alejarse de él. Ese chico era ahora casi lo único que le quedaba, y aunque fuese egoísta por su parte, no podía perderlo. Sabía

que tenía que solucionar aquello, pero no podía contarle la verdad hasta que estuviera seguro de que era posible cambiarlo—. Te dije que volverías a ver, y así ha sido. Pero también os advertí que no sería de modo real. Todo esto —la mujer indicó el espacio que los rodeaba con su brazo izquierdo— no es el mundo que conoces, sino uno alternativo. Algo más... inmaterial.

Elías volvió a observar su cuerpo sin poder creerlo. Ni siquiera parecía que fuera irreal, tampoco un sueño. Todo lucía demasiado creíble.

—¿Qué se supone que debo hacer ahora? ¿De qué me sirve esto? Lo que yo quería no era recuperar mi visión, no he...

La mujer lo interrumpió.

—Dijiste que sabías que tu amigo le haría daño a alguien, pero no parecías tener idea de a quién, ni por qué. ¿Me equivoco? —Elías sacudió la cabeza. Todo lo que sabía de la persona a la que Hugo asesinaba en sus visiones era su físico: alguien algo mayor que ellos dos, pero no demasiado. Sus ojos y cabello eran castaños, con un colgante al cuello en el que una estrella plateada resaltaba—. No solo estás en su cuerpo —siguió ella hablando—. Sino también en su mente. Aprovéchalo. Ahora puedes saber todo sobre tu amigo, viajar a cada recuerdo, a cada sentimiento que recorra sus venas —se acercó a él y acarició su brazo con los dedos—. Puedes dirigirte al pasado, al presente... —Su sonrisa era más profunda ahora —y también al futuro. Descubre qué es lo que va a suceder. Te será útil, si quieres impedirlo.

Elías respiró profundamente algo aturdido ante la acumulación de información.

—Pero, si tengo acceso a todo, ¿por dónde se supone que debería empezar?

—Oh —ella volvía a reír, dejando sus blancos y perfectos dientes completamente al descubierto—. Por el principio, por supuesto.

Todo volvió a desvanecerse en la mente de Elías un instante después.

Era como si volviera a observar una película con sus propios ojos. No, no como si la observara: como si la viviera. Supo nada más aterrizar en ese nuevo sueño que se trataba sin duda de un recuerdo de su mejor amigo. Un recuerdo de hacía años...

Podía ver, a través de los ojos del propio Hugo, todo cuanto lo rodeaba: una de las calles cercanas a su actual instituto en una tarde de lo que parecía ser verano y un niño de unos once años que lo agarraba de la mano mientras cruzaban por mitad de la carretera. También podía verse a sí mismo, ahora tan solo era un niño, incluso más pequeño que el que lo acompañaba, de unos seis años. Iba vestido con pantalones cortos, y ambas rodillas estaban raspadas, con la piel algo levantada y un ligero rastro de sangre.

Pero no solo podía ver aquella escena, sino que podía sentirla. Sentía el calor del sol cayendo sobre él, el escozor de sus rodillas al apresurar el paso y la confianza que era capaz de transmitirle el contacto de la mano del otro chico envolviendo la suya.

Los dos niños siguieron corriendo calle adelante apenas un minuto cuando por fin se detuvieron. El chico mayor lo soltó para llamar al timbre de una casa. Hugo le había descrito a Elías en más de una ocasión dónde vivía con respecto al instituto. Supuso que esa tendría que ser su casa, su hogar.

—Ponte detrás de mí—le indicó el niño mayor mientras trataba de ocultar a Hugo con su propio cuerpo, adoptando una actitud de protección—. Intenta que no se dé cuenta.

No hacía falta que dijera de qué tenía que darse cuenta nadie, Elías era capaz de experimentar la preocupación que Hugo había sentido por sus rodillas dañadas. No podía saber cómo se había llegado a hacer daño, pero sabía que, fuera como fuese, sus padres no estarían contentos de enterarse. El niño de seis años se mordió los labios cuando un hombre alto, ligeramente canoso, abrió la puerta.

—Hola, papá—El niño mayor había empezado ya a correr hacia dentro, atravesando el patio en dirección al umbral que conducía al interior de la casa. Hugo, sin siquiera pensárselo dos veces, había

comenzado a seguirlo—. Nos vamos a bañar para la cena —no dejó de correr mientras hablaba—. ¿Está mamá?

Los dos chicos estaban ya subiendo las escaleras, lo que resultó un poco doloroso para Hugo a causa de sus heridas. Al menos, ya podía respirar tranquilo: su padre no parecía haberse dado cuenta de que se había hecho daño.

—No, mamá ha salido a merendar con sus amigas, volverá para la cena —la voz del padre de Hugo sonó distante desde el piso de abajo.

—¡Vale! —gritó el chico mayor. Debía de ser su hermano, supuso Elías mientras contemplaba el recuerdo. Debía de ser el hermano mayor de Hugo.

Corrió hasta el cuarto de baño, encendió la luz y, con una increíble velocidad, abrió el grifo de la bañera y colocó el tapón de la misma. Después, se dirigió a su hermano antes de marcharse.

—Quédate aquí. Voy a buscar algo en el dormitorio de papá y mamá para curarte —El chico parecía verdaderamente preocupado, como si la herida de su hermano pequeño pudiera llegar a ser mortal si no se curaba enseguida, o como si sus padres fueran a echarlos a ambos de casa si la descubrían. Había algo en su mirada que le resultaba familiar. No a Hugo, sino a Elías, quien no dejaba de experimentarlo todo con total veracidad.

Hugo asintió, a pesar de que su hermano se había marchado del baño antes incluso de que pudiera verlo hacer el gesto. Cuando volvió, en apenas un minuto, Hugo se había sentado sobre la tapa del váter a esperarlo. Su hermano llevaba en su mano derecha un bote de desinfectante.

Cerró la puerta detrás de él, y a Hugo no le hizo falta ser muy inteligente para saber que su padre no los escucharía hablar allí dentro, a tanta distancia y con el sonido del agua cayendo como amortiguador del sonido.

—¿Te duele? —le preguntó el hermano mayor según se arrodillaba frente a Hugo y abría el bote.

—Escuece —respondió el más pequeño.

—No deberías hacer eso —Vertió una cantidad exagerada de desinfectante sobre la rodilla del niño, y Hugo, al sentir el escozor que este provocó sobre su piel, se estremeció un poco. El otro chico lo trató con más cuidado todavía, como si tuviese miedo de que fuera a romperse—. Papá y mamá te han dicho en incontables ocasiones que no te subas a la tela de araña.

Podía recordarlo, Elías podía recordarlo ahora que lo había mencionado. Hugo había ido junto a su hermano mayor, Pablo, a pasar la tarde al parque que había frente a su casa. Pablo y sus amigos habían pasado las horas jugando al fútbol, pero eso aburría al más pequeño, quien había empleado su tiempo en montar en los columpios para niños que había en el parque. Hasta que, al aburrirse de todos ellos, comenzó a trepar por la enorme tela de araña de grandes cuerdas con forma de montaña que había en el centro del parque. Hugo sabía más que de sobra que aquello era para niños mayores que él, y sus padres le habían repetido innumerables veces que no debía subirse allí. Pero parecía ser lo único que le quedaba para entretenerse en ese sitio.

Así que, desafiando todas las normas, comenzó a trepar por ella, y a subir, y a subir, hasta que al final cayó. Por suerte no había subido mucho cuando lo hizo, pero, aun así, se precipitó desde una altura de medio piso aproximadamente, apoyando las rodillas desnudas sobre la tierra del parque y soltando un leve quejido al sentir el dolor recorrerle el cuerpo.

Su hermano Pablo había acudido enseguida a él, lo ayudó a levantarse y, tras conseguir que dejase de llorar, lo llevó a casa de la mano.

—Lo siento, Pablo —respondió el niño. De veras lo sentía, sentía haber desobedecido las órdenes, y también sentía que su hermano mayor tuviera que arriesgarse a recibir un castigo por su culpa.

—Tienes suerte de que solo papá esté en casa —dijo, justo antes de sonreír—. Sería imposible que mamá no se diera cuenta de las heridas y te acribillase a preguntas.

Hugo también sonrió mientras su hermano terminaba de curarlo.

—Lo digo en serio, Hugo. No lo vuelvas a hacer. Podrías hacerte daño. Y no daño como este, sino daño de verdad. Mucho daño en la cabeza, por ejemplo.

—¿Y morir? —preguntó Hugo con una repentina punzada de preocupación.

Pablo soltó una risa, después trató de parecer serio.

—Sí, y morir.

Hugo bajó la mirada algo avergonzado. Fue entonces cuando su hermano lo abrazó. Olía a sudor, a suciedad, a infancia. Hugo le devolvió el abrazo, que se demoró por unos segundos, justo cuando Pablo se separó un poco de él y le besó la frente.

—Y ahora métete en la bañera si no quieres que apestemos tanto como ahora para cuando vuelva mamá.

Hugo volvía a tener una risa floja, esa que solo su hermano era capaz de hacerle sacar. Pablo lo miraba con la comisura de sus labios un tanto elevada mientras se levantaba la camiseta y la arrojaba al suelo de la habitación.

Elías se dio cuenta enseguida del colgante que Pablo llevaba sobre el cuello, el mismo colgante de cuerda negra con una estrella plateada que ya había visto antes en otro sitio, en otro sueño.

Entendió que él era la persona a la que Hugo asesinaba en sus visiones.

No tenía sentido. No podía ser real. ¿Y si la mujer de la tienda estaba logrando engañarlo? ¿Y si los recuerdos estaban siendo manipulados? No, Hugo no podría querer matar a su propio hermano mayor. Eso sería imposible, ¿qué motivo iba a tener para hacerlo?

Elías deseó tener un solo segundo para replantearse absolutamente todo, pero no pudo. El mundo entero estaba reformándose a su alrededor, como si estuviese compuesto por una espesa niebla. Cuando se quiso dar cuenta, estaba en medio de un nuevo recuerdo.

Esa vez, Hugo era unos tres o cuatro años mayor que la vez anterior. Sus piernas más largas, su pelo rizado más voluminoso, y sus pensamientos mucho más desarrollados. Estaba en el patio de una casa que no era la suya, rodeado por el caos absoluto.

Una vez que Daniela comenzó a contar, todo se convirtió en una repentina avalancha de niños corriendo en busca del mejor escondite.

Hugo había conseguido ser uno de los primeros en escabullirse. Echó a correr nada más oír la voz de Daniela, y su proximidad a la puerta de la cocina le otorgó la ventaja necesaria para llegar al salón de la casa antes que nadie.

Debía ser ya alrededor de la quinta partida seguida que jugaban, y las gotas de sudor cada vez se condensaban más sobre su frente haciendo que la pintura de cara que llevaba puesta perdiera resistencia a cada segundo que pasaba. Pero eso no iba a hacer que se tomase un descanso, al igual que no lo harían ninguno de los otros doce niños invitados a la fiesta de cumpleaños de Norah.

Iván pasó por detrás de él dándole un pequeño golpe en el hombro izquierdo, y salió lanzado hacia el primer cuarto de baño, mientras que Nicolás optó por esconderse en el espacio que existía justo entre las cortinas y el sofá.

La casa estaba ya repleta de niños, la mitad de ellos escondidos, y la otra mitad buscando el lugar perfecto para hacerlo.

Hugo, por su parte, se había parado bajo el frontón de la puerta del salón a analizar la situación. El escondite era uno de los juegos que mejor se le daban, y tenía claro que, antes de intentar esconderse en ningún sitio, tenía que pensarlo por un tiempo.

Algunos de sus amigos habían bajado al sótano, pero Gonzalo había ido allí a buscar la última vez, y era probable que Daniela tratase de copiar esa estrategia. También había niños que decidieron permanecer fuera de la casa y esconderse en el jardín trasero, pero era demasiado arriesgado.

Si quería que nadie lo encontrase, tenía que subir.

Echó a correr hasta las escaleras y empezó a subirlas mientras intentaba escuchar la voz de Daniela. Su intención era saber cuántos segundos le quedaban para encontrar un escondite, pero no consiguió oír absolutamente nada.

Llegó a la primera planta. Incluso allí había varios niños corriendo de un lado a otro. El tiempo estaba empezando a agotarse. Tenía que pensar rápido. Caminó a través del pasillo y se detuvo antes las escaleras finales, las que llevaban al desván.

No era un lugar seguro al que ir. La madre de Norah se lo había advertido a todos antes de que empezase el cumpleaños. Podían esconderse en cualquier rincón de la casa excepto tres lugares: el estudio del padre de Norah, el dormitorio de sus padres y el desván.

Incluso Norah le había contado alguna que otra historia extraña sobre su desván. Nada en lo que Hugo creyese, por supuesto. Era posible que lo penalizasen si descubrían que estaba haciendo trampas, pero el desván era, sin duda, el lugar en el que nadie nunca buscaría.

Subió las escaleras intentando que ni siquiera sus compañeros lo vieran, pero entre tantas personas era un poco complicado asegurarse. Cuando consiguió llegar al final, volvió a pensar por unos segundos dónde podría esconderse.

Todo el desván estaba lleno de polvo, muebles viejos y cajas de cartón. Era un poco repugnante, en el fondo. Pero ya no podría dar vuelta atrás. Hugo giró en redondo y se detuvo al encontrar el sitio ideal.

Un armario de aproximadamente un metro y medio de anchura se encontraba arrinconado en una de las esquinas del desván, justo detrás de uno de los pilares que sostenían toda la estructura. El chico se apresuró en llegar a él y abrió sus puertas para después meterse dentro.

Había ropa de invierno guardada en su interior, pero eso no impidió que Hugo se encogiera en un rincón y cerrase las puertas quedándose completamente a oscuras. Ahora solo quedaba esperar que nadie lo encontrase.

Elías, que no dejaba de observar aquello como si de veras lo estuviese viviendo, no podía evitar preguntarse qué sentido tendría vivir ese recuerdo ahora. ¿En qué podría ayudarlo a entender el asesinato de Pablo? ¿Acaso había acabado deambulando entre recuerdos inservibles? Decidió esperar. Al fin y al cabo, no había nada que pudiera hacer excepto esperar.

Desde donde Hugo se encontraba apenas se escuchaba nada del resto de la casa. Ni pasos, ni susurros... Ni siquiera a los padres que comían en el patio se les oía. Todo cuanto se llegaba a escuchar era su propia respiración, e incluso los latidos de su corazón.

Pocos segundos después de haberse encerrado en ese armario, comenzó a distinguir el sonido de unos pasos de alguien subiendo las escaleras que conducían hasta el desván en el que estaba escondido. Era imposible que fuera Daniela, no le habría dado tiempo de terminar de contar y llegar hasta allí arriba. Y tampoco era probable que fuera un adulto. Si todos estaban abajo, ¿cómo se habrían dado cuenta de que Hugo había roto las normas?

Llegó a la conclusión de que se trataba de otro de los niños del cumpleaños, y pensó que iba a obligarlo a largarse de allí si llegaba a descubrir su escondite. Ese lugar era suyo, y no iba a compartirlo con nadie.

La persona terminó de subir las escaleras y, aunque Hugo no podía verlo, escuchó con atención cómo dedicó medio minuto a deambular por el desván. El chico contuvo la respiración, tratando de hacer el menor ruido posible. Pero de poco le sirvió. Los pasos se acercaron al armario y, al alcanzarlo, las puertas se abrieron de par en par.

—¡Búscate otro escond...! —Hugo se detuvo a mitad de la frase.

Lucas dio un paso atrás, algo sorprendido al descubrir que ese escondite ya estaba cogido. Sus ojos se abrieron como platos y su cuerpo se quedó completamente inmóvil. Elías conocía a ese chico. Había llegado a jugar con él de pequeño, hasta que se mudó de ciudad. Su madre y la suya habían sido buenas amigas, y Elías tampoco se había llevado nunca mal con él.

Hugo habría mandado lejos a cualquier persona que hubiera intentado robarle el escondite. A cualquiera menos a Lucas. Lucas no era como los otros niños. Al menos, no lo era para él.

—¿Pu-pu-puedes hacerme u-un hueco?

El tartamudeo de Lucas podría haber sido objeto de burlas en la clase si no fuera porque su hermano mayor siempre estaba ahí para defenderlo. Y, si a eso sumabas que era el mejor niño jugando al fútbol, eso hacía de Lucas Álvarez uno de los chicos respetados, a pesar de que apenas podía decir dos frases seguidas sin tartamudear.

No es que Hugo se riera de ello. Había personas que se atrevían a reírse a sus espaldas, o mejor dicho, a las espaldas de su hermano. Pero Hugo no era uno de ellos. Él nunca se metía con nadie, y menos aún iba a meterse con Lucas.

—¿Hu-Hugo? —insistió. Ni siquiera podía decir su nombre sin tartamudear.

Si apenas había hueco para él ahí dentro, ¿cómo iba dejar a nadie entrar?

—Sí.

Se pegó a un lateral del armario y dejó que Lucas hiciera lo mismo al otro lado. Luego, volvieron a cerrar las puertas y todo quedó a oscuras, en silencio.

Ya ni siquiera se podía oír el corazón de Hugo. Tan solo la respiración de ambos.

El espacio era tan pequeño que comenzaba a hacer bastante calor dentro, pero Hugo tampoco estaba pensando demasiado en eso. Tenía la vista fija en el espacio donde estaba Lucas, aunque había tan poca luz que ni siquiera distinguía bien su silueta.

Aun así, el contacto de sus piernas era motivo suficiente para impedirle pensar en otra cosa.

Intentó regular su respiración, y estaba tratando de hacer la menor cantidad de ruido posible cuando Lucas habló.

—Hugo.

Esa vez no había tartamudeado.

La relación entre los dos niños nunca había sido demasiado estrecha. Ambos estaban en la misma clase, pero, a pesar de ello, apenas hablaban. Lucas tenía su grupo de amigos, Hugo el suyo. Los dos se dedicaban a hacer cosas diferentes en los recreos, se sentaban separados el uno del otro... Si no fuera porque tenían a Norah como amiga en común, nunca hubiesen coincidido. Apenas sabían nada el uno del otro. Nada que todo el mundo no supiera.

—¿Qué? —respondió él.

Podrían descubrir su escondite si los oían hablar, pero no se quejó.

—En-en la clase di-dicen que eres ga-ay.

Hugo sintió su pecho estremecerse.

—Ya lo sé.

¿Y quién no lo sabía? Con personas como Álvaro Rodríguez para recordárselo, ¿quién no iba a saberlo? En el fondo, Lucas y él podían no ser tan diferentes. Lo único que los diferenciaba era que Pablo no solía estar ahí para defenderlo. Ya no estaba en el mismo colegio que su hermano pequeño, y aunque Hugo sabía que si se lo contaba Pablo haría lo posible por callar algunas bocas, el niño siempre había sentido cómo su garganta escocía cada vez que intentaba hablar de eso con cualquiera.

"Hugo el Comepollas". Tan solo tenían diez años, y así era como lo llamaban en su clase la mayor parte del tiempo.

—Yo no me l-lo creo. N-no me creo lo qu-que dicen de ti.

Eso era algo que también sabía. O que creía saber. Lucas no era como el resto de chicos. Él no se metía con nadie.

—Gracias —su voz sonó algo más ronca de lo previsto.

Y, después de eso, volvió a haber silencio.

Nadie parecía saber que los dos estaban allí arriba. Nadie se había ni siquiera acercado hasta ellos.

—Di-dicen que —Lucas volvía a encargarse de romper el silencio, y Hugo comenzaba a temer lo que pudiera decir— que estás en-en-enam-morado de mí.

Fue un instinto para Hugo recoger aun más las piernas. Cuanto más lejos pudiera estar de él, mejor.

—No lo estoy.

Quería que se callase de una vez. No quería pensar en eso. Cuando por fin tenía todo el fin de semana para olvidarse, ¿por qué tenía que venir nadie a recordárselo?

—Álvaro me ense-señó el di-dibujo.

Si Hugo tuviera un talento, ese sería el dibujo. Incluso Elías, que nunca había llegado a ver ningún dibujo hecho por él, sabía sobre ello. Desde pequeño, su profesora le decía que tenía un don para dibujar. Sabía hacerlo muchísimo mejor que ningún otro niño de su clase, y una de las veces cometió el error de llevar uno de los dibujos que había hecho de Lucas a clase. Lo había dibujado varias veces. Pero no era lo único que tenía dibujado en su cuaderno. Hugo dibujaba todo lo que encontrase bonito a su alrededor. Claro que Álvaro solo se molestó en robarle el dibujo de Lucas y aprovecharlo para convencer a su clase de que estaba enamorado de él.

—Dibujo a gente —respondió algo alterado. No quería que Lucas pensase algo que no era—. Es solo eso, ¿vale? No te dibujé porque estuviera enamorado de ti, y no lloré porque lo rompieras. Me dio igual. Todo lo demás es mentira.

—N-no lo rom-rompí.

—Álvaro me contó que lo tiraste a la papelera.

—No l-lo hice —Hugo se sorprendió. A pesar de lo fácil que hubiera sido, nunca se paró a pensar que aquello hubiese sido otra de las mentiras de Álvaro—. Lo tengo g-guardado —creyó escucharlo sonreír—. Me gusta.

Hugo agradeció que no se viera absolutamente nada dentro del armario. De ser así, Lucas habría comprobado cómo ardían sus mejillas.

—Gracias.

—¿Tú crees qu-que soy bonito?

Hugo respiró profundamente.

—No entiendo mucho de eso, pero lo suficiente como para que quiera dibujarte, sí.

—Yo también creo que eres guapo.

Guapo. Esa palabra era bien distinta de *bonito*.

—Lucas, a mí no me gustan los...

—P-podríamos int-tentarlo. ¿No?

—¿El qué? —Hugo no estaba seguro de entenderlo.

—Besarnos.

Esa vez, Hugo sintió el calor recorrerle el cuerpo entero, no solo las mejillas. Nunca se había parado a pensar en esa idea, ni siquiera cuando había estado dibujándolo durante horas. Ni siquiera entonces se había permitido pensar en algo así.

—Daniela y tú sois novios.

—P-pero tú no eres una c-chica. Solo c-como amigos. Para v-ver si es di-if-f-ferente.

Sí, Lucas podría saber si es diferente. Él había besado a varias chicas a sus diez años, pero Hugo no podía decir lo mismo.

—Nunca he besado a ninguna chica. Ni siquiera sé cómo se hace.

—Yo t-te enseño.

El mundo entero se detuvo en ese instante para él. Respiró profundamente y se dio cuenta de lo rápido que le iba ahora el corazón.

—Ven. Ci-cierra los ojos.

Lucas se inclinó hacia delante. Hugo cerró los ojos, e hizo lo mismo. Sus frentes chocaron suavemente en el corto espacio en el que estaban escondidos. Hugo podía notar la respiración de Lucas descansando sobre él. Lo hacía sentir nervioso. Todo en él lo hacía sentir nervioso en ese instante.

El otro chico se inclinó un centímetro más, y entonces se besaron.

La luz del desván inundó el pequeño armario tan rápido como las puertas de este se abrieron, provocando que los dos niños se separasen el uno del otro en menos de medio segundo. Pero nunca

importaría cuánto tiempo les hubiese costado despegar sus labios, la persona que había abierto el armario los habría visto igualmente.

Hugo, al igual que Lucas, giró su cuello para mirar quién estaba de pie frente al escondite. Tuvo miedo de que hubiera sido Daniela, y luego deseó que hubiera sido ella, porque quien lo miraba de esa forma despectiva era su hermano Pablo.

El corazón de Hugo se había acelerado más de lo que creía que era posible. El ceño de su hermano mayor estaba un poco fruncido, y sus labios entreabiertos. Pareció estar a punto de decir algo justo cuando más niños pequeños subieron al desván.

—¡No valía esconderse aquí arriba! —Era Daniela, seguida por Gonzalo y Paula.

Pablo también estaba mayor ahora. Tendría unos quince años, y había dejado de ser un niño. Aparecía casi como Hugo debía hacerlo en la actualidad, en el mundo real.

Hugo quiso decir algo. A pesar de todos los que estaban a su alrededor, quiso explicarle algo a su hermano, que no dejaba de mirarlo de ese modo indescriptible. Su garganta volvía a escocer, como todas las veces que había intentado hablar con él. No pudo decir nada.

Fue Pablo quien terminó por romper el silencio.

—Mamá me ha enviado a buscarte —su voz no transmitía emoción ninguna—. Es hora de volver a casa.

Su hermano no dijo nada en todo el camino en coche.

Tampoco cuando entró en casa y subió las escaleras hasta su nuevo dormitorio.

Hugo y él habían compartido habitación hasta hacía menos de un año, cuando sus padres habían remodelado una de las habitaciones de la planta de arriba para que Pablo se instalase en ella. Desde entonces, los dos habían empezado a dormir solos, a distanciarse, aunque solo fuese un poco.

Hugo estaba preocupado. No quería que su hermano se lo contase a nadie, ni tampoco que pensase mal de él. ¿Cómo podía haber dejado que ocurriese? ¿Cómo podía haber accedido a hacer lo que

Lucas le había pedido? Sabiendo que él tenía novia, y que nunca lo querría... nunca lo apreciaría como él lo hacía, ¿cómo pudo hacerle caso?

Lo odiaba. O intentaba odiar a Lucas Álvarez, pero no podía. También trataba de odiarse a sí mismo, y, aunque eso le costaba un poco menos, tampoco lo ayudaba a sentirse mejor.

Después de la cena en la que Pablo tampoco dijo absolutamente nada, Hugo volvió a subir a su cuarto, se encerró en él y comenzó a dibujar. Sacó todos los lápices que tenía e hizo varios bocetos. No dibujó a Lucas, claro. Trató de hacer cosas distintas, así que dibujó las escaleras de su casa, sus juguetes favoritos, y una playa que el mismo había imaginado.

Pensaba en qué dibujar ahora cuando la puerta de su cuarto se abrió y Pablo entró dentro. Luego, este volvió a cerrar la puerta y se sentó en la cama de su hermano pequeño. Los dos tenían el pijama puesto, eran ya más de las once y media de la noche, y Hugo sabía que, si no quería que sus padres le llamasen la atención, debía acostarse pronto. Pero no podía preocuparse por ello, no cuando la preocupación por lo que Pablo pudiera decirle era tan grande.

Su hermano lo miraba a los ojos desde la cama. Parecía decepcionado, más bien preocupado. Hugo permaneció sentado en su silla.

—Os he visto.

El más pequeño respiró profundamente. Necesitaba estar tranquilo. Si quería aclarar las cosas, necesitaba estar tranquilo.

—No somos novios —dijo en su defensa.

—Os he visto —repitió él. Y Hugo ya no supo qué decir—. ¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué lo besaste?

Quiso explicarlo. Mentir, quizá hubiese mentido, porque tampoco se atrevía a ser sincero. Pero ni siquiera eso podía hacer. Sus ojos habían empezado a brillar tanto que sabía que, si volvía a hablar, su voz se quebraría. Se encogió de hombros, lo que no pareció sentar bien a su hermano.

—¿No lo sabes? Has besado a un chico y ni siquiera sabes por qué.

Hugo tampoco habló en ese momento.

—No puedes —fue lo que Pablo dijo después—. Por papá, incluso por mamá. O por todos. No puedes —Llegados a ese punto, Hugo solo quería que se fuera de la habitación. No quería que lo viera llorar, y sabía que no podría retenerlo por más tiempo—. Hoy he sido yo quien os ha visto, pero mañana podría ser cualquiera. Y no puedes... Hugo, no puedes ir por ahí haciendo eso. Cualquiera pensaría mal de ti.

Hugo asintió, sin más.

—Quiero protegerte —siguió hablando—. No quiero que nadie te trate mal, ni siquiera papá, o nadie. No voy a dejar que te hagan daño, nunca. Y si alguien... Si alguien intenta llamarte algo que no eres... No sé lo que haría. Pero para eso necesito que me ayudes. No puedo protegerte del mundo si tú no pones de tu parte. Por favor, Hugo.

Hugo no dejaba de asentir, como si lo entendiera, aunque no entendía absolutamente nada.

—¿Lo has entendido? —Otra vez, asintió. Eso hizo a su hermano sonreír, pero no irse—. Me alegro —luego respiró profundamente, y en un intento de cambiar de tema, dijo—: ¿Quieres enseñarme lo que has dibujado hoy?

Hugo sacudió la cabeza y por fin habló.

—Tengo sueño. Quiero irme a dormir.

Pablo pareció decepcionado, pero no rechistó. Se despidió de su hermano cordialmente, aunque no lo besó, ni lo abrazó. Hugo casi lo prefirió así; cuanto antes se marchase, antes podría dejar sus sentimientos fluir.

Una vez la puerta se cerró, el niño recogió las cosas a medias, reprimiendo su deseo de romperlas absolutamente todas y de patear y llorar y gritar que nada de eso era justo. Pero no hizo ninguna de esas cosas. Se metió en su cama, apagó la luz y dejó que las lágrimas bañaran sus mejillas hasta poder quedarse dormido.

Esa noche tuvo pesadillas con armarios en los que estaba escondido de verdad.

CAPÍTULO 3

La vez siguiente que Elías parpadeó, el mundo volvía a ser un espacio blanco inmaculado. Su cuerpo era de nuevo el de Hugo en la actualidad, y su respiración estaba acelerada, como si acabase de correr un maratón.

Su mente, sin embargo, estaba más confundida a cada segundo que pasaba. No podía entenderlo, no podía entender nada de lo que estaba viendo.

Elías se puso en pie y contempló su alrededor en busca de algo que le permitiera saber qué hacer a continuación. Pero no había nada. O, al menos, eso había pensado.

—¿Y bien? —Era la voz de la mujer, detrás de él.

Elías volvió a girarse y esa vez pudo verla. Seguía sin perder su sonrisa.

—No lo entiendo —confesó el chico—. Nada de esto, no entiendo nada.

La mujer pasó uno de sus dedos por su rizado cabello.

—Empieza a tener sentido, según yo lo veo.

—¿Sentido? No. ¡Claro que no lo tiene! ¿Por qué iba...? ¿Por qué iba Hugo a hacerle daño a su hermano? Y... No entiendo... ¿Qué tiene que ver Lucas con esto? O lo que sea que le guste, ¿qué tiene que ver con nada?

—Mucho, parece —su voz sonaba tan tranquila que conseguía poner nervioso a Elías.

—Conozco a Hugo —argumentó—. No desde hace mucho, pero lo conozco. No haría algo como eso, nunca.

—No fui yo quien vino aquí en busca de ayuda para detener un asesinato.

—¡Pero no a su propio hermano! —le gritó—. No puede ser verdad.

—Tu amigo es un asesino. O lo será, a menos que le impidas serlo. Cuanto antes lo afrontes, mejor. Así que, si me permites darte

un consejo, deja de negar lo evidente y esfuérzate por cambiarlo. Los recuerdos no mienten, Elías. Y, por suerte, el futuro tampoco.

Y volvió a observar cómo todo a su alrededor cambiaba.

Esa vez, estaba bajo una ducha, con agua caliente cayendo sobre su cabeza, sobre cada zona de su cuerpo desnudo.

Su consciencia volvía a estar dentro de Hugo, pero ahora no era más pequeño que de costumbre, sino... ¿Igual que en la actualidad? Las palabras de la mujer de la tienda resonaron en la mente de Elías. “Y, *por suerte, el futuro tampoco*”. ¿Era eso lo que estaba viendo ahora? ¿El futuro? ¿Cómo de alejado podría estar ese futuro, si el cuerpo de su mejor amigo no parecía ser de alguien mayor que un adolescente?

Al igual que cuando había estado explorando sus recuerdos, Elías seguía sintiendo todas las emociones de Hugo, todo el cansancio que cargaba sobre el cuerpo. Hubiese deseado ser capaz de pasar el día entero bajo la ducha.

Su cuerpo podía estar cansado, pero su alma no. En el interior de su pecho, Hugo se sentía más feliz de lo que había estado en mucho tiempo. Elías no era capaz de saber a ciencia exacta de qué, pero Hugo acababa de desprenderse de algo, algo que le había estado causando un nudo en el estómago por mucho tiempo. Era algo que había deseado hacer durante meses, hasta que por fin había sido capaz de cumplirlo.

Incluso en la soledad de su propio cuarto de baño, una tímida sonrisa se formó en los labios del chico mientras cerraba el grifo y se preparaba para salir de la ducha. Ahora hacía calor allí dentro, pero tampoco le importó demasiado. Hugo secó su cuerpo con una de las toallas y después se vistió con unos pantalones vaqueros. Más tarde, salió del baño y subió las escaleras hasta su habitación.

Una vez que Hugo abrió la puerta de su cuarto, Elías se sintió abordado por una oleada de asombro. Era la misma habitación que había visto hacía apenas un momento, en el anterior recuerdo, solo que ahora había menos posters sobre sus paredes, y todo en ella mostraba un aspecto algo menos... infantil.

Tiradas por el suelo había varias prendas de ropa, algunas demasiado familiares para Elías. Y, tumbado en la cama, estaba él mismo.

Elías descansaba con los ojos cerrados. Su cuerpo estaba enrollado entre las sábanas, aparentemente desnudo. La luz de la ventana caía directamente sobre él, haciendo que su pelo castaño brillase de una forma un tanto inusual.

Hugo dedicó un par de segundos a observarlo dormir, el tiempo suficiente para que el Elías que se encontraba en su interior supiera lo que estaba ocurriendo. Estaban enamorados. En ese futuro, debían estar enamorados. Era imposible que lo que Hugo sentía en su pecho al contemplar al otro chico no fuera amor.

La voz de Elías sonó en el silencio mientras Hugo cerraba la puerta para luego dirigirse hasta su armario.

—Hugo —no era una pregunta, sino más bien una llamada. Sus ojos grisáceos estaban ahora abiertos.

Podía sentirlo, el modo en el que todo dentro de Hugo se ablandaba al escucharlo hablar.

—¿Sí? —respondió él.

—No me gustaría tener que tantear toda la habitación en busca de mi ropa —siguió Elías—, así que, si no te importa pásarmela...

—¿Tanta prisa tienes en irte? —bromeó.

Era difícil, en realidad. No porque le desagradase lo que estaba viviendo, sino porque Elías seguía estando encerrado en el interior de Hugo, y, para él, aquello era lo más parecido a estar hablando con el reflejo de su espejo que había sentido nunca.

Hugo había sacado una camiseta de su armario y se había vestido con ella. Después, recogió las prendas de Elías y las puso sobre la cama.

—Iba a buscar algo para desayunar, ¿quieres que te suba algo?

La expresión de Elías cambió, aunque Hugo no supo bien por qué. Parecía más preocupado que hacía apenas un segundo.

—¿Estás seguro de que no habría ningún problema con que me quede a desayunar? —preguntó segundos después.

Hugo hizo una mueca.

—¡Claro que no! Mis padres no están, mi hermano tampoco...
¿Qué problema podría haber?

Elías tenía la vista baja, y casi parecía que estuviera observando la forma en la que sus dedos jugaban con la sábana que lo cubría.

—No lo sé, es solo que... No quiero meterte en problemas.

Hugo se sentó a un lado de la cama. Ver al otro chico tan de cerca le hizo volver a recordar la noche que habían pasado juntos. Era todo lo que había querido en varios meses: estar con Elías de una forma que en un principio pensó que no sería correspondida, y que luego solo creyó que era imposible. Pero no había sido así. Había sido feliz junto a él, y nada ni nadie se lo había impedido.

—No vas a meterme en problemas. ¿Por qué ibas a hacerlo?

Elías se encogió de hombros antes de seguir hablando.

—Nunca hemos hablado de eso, ¿sabes?

—¿De qué?

—De tu familia. Siempre... Siempre me has dejado entrever cosas, pero nunca hemos hablado de lo que pensarían de mí.

Y tenía razón. En los dos últimos meses, desde que ocurrió el primer beso entre ellos dos, Hugo había hecho algún que otro comentario sobre su familia, sobre cómo quizá su padre podría tomárselo, sobre que le daba miedo descubrir qué pensarían de él. No le habló sobre Lucas, ni sobre la vez que lo vieron dando un beso a otro chico. Hugo respiró profundamente.

—Mi madre te tendría cariño —dijo mientras le acariciaba la mejilla a su novio.

—No solo está tu madre en esto.

—Mi padre... Bueno, a él le costaría un poco más. Pero podría explicárselo.

Quería explicárselo, lo necesitaba. No quería vivir a escondidas de nadie, tampoco pensaba que lo mereciera. Quería poder hablar con ellos sobre el tema, poder presentarles a Elías como algo más que su mejor amigo, por muy difícil que fuera a resultar.

—También tienes un hermano, ¿no?

Hugo sonrió al pensar en Pablo, tratando de olvidar lo que ocurrió hacía ya siete años.

—Sí —dijo—. Es un poco inútil, pero me quiere. Pablo me quiere, y no va a... No va a tratarte mal, si sabe que yo te quiero.

—No quiero hacerte sentir presión. No quiero que pienses que no quiero esto... Me refiero a... No me importaría estar contigo a escondidas. No es eso. Es solo que no quiero que tengas que arriesgarte a nada por mí. No quiero que nadie la tome contigo si llegasen a descubrirnos.

—A mí sí que me importa.

—¿El qué?

—Estar a escondidas contigo —Las cejas de Elías se arquearon un poco al escucharlo—. No quiero estarlo.

Elías estaba asintiendo.

—Entonces, ¿quieres decir que...?

—Voy a hablarles de ti.

Sintió su pecho vibrar mientras lo decía, y también pudo darse cuenta de la forma en la que los pulmones de Elías se cargaron de aire.

—Voy a estar contigo —dijo el otro chico mientras extendía su mano para tocar su rostro—. Pase lo que pase, puedes hablarlo conmigo. Incluso... —se detuvo, y no dijo nada más, creando un corto silencio.

—No va a hacer falta —dijo Hugo, y lo abrazó.

El chico envolvió la espalda desnuda de Elías con sus brazos, dejando que él hiciera lo mismo con su cuerpo. Sintió el peso de cargar con un secreto volviendo a caer sobre su espalda. Se preguntó si algún día sería capaz de liberarse de ello para siempre.

—Todo va a estar bien —dijo Hugo, sin saber a quién de los dos intentaba convencer—. Todo va a estar bien.

La visión se había desvanecido, pero cuando volvió a formarse, Elías entendió que el tiempo no debía haber avanzado mucho desde la mañana en la que Hugo y él habían hablado en su dormitorio.

Hugo estaba ahora en la planta baja de su casa, tumbado en el sofá, fingiendo que revisaba su teléfono móvil una y otra vez. Aunque, por supuesto, no había nada interesante que ver en su pantalla. A menos de un metro de él, recostado en el otro extremo del sofá, se encontraba Pablo, quien parecía ser el único en prestar atención a lo que fuese que estaban echando en televisión. Hugo se preguntó si él también estaría fingiendo, si también tendría motivos por los que no pudiese concentrarse en nada que no fuera un tema en concreto. Supuso que no, que no debía ser ese el caso.

Los dos hermanos llevaban solos más de tres días, y apenas habían llegado al ecuador del tiempo que los padres de ambos pasarían fuera de casa. Habían viajado hasta Egipto para celebrar sus bodas de plata, lo que provocó que Pablo y Hugo se vieran obligados a convivir a solas por una semana.

En un principio, Hugo había creído que aquello lo obligaría a hablar con Pablo más de lo que era habitual, pero luego se había dado cuenta de que no era exactamente así como marchaban las cosas. Pablo pasaba gran parte del tiempo fuera de casa, y cuando estaba dentro, no se molestaba en entablar muchas conversaciones con su hermano pequeño. No era que eso molestase a Hugo; sabía que él también podría esforzarse más por fortalecer su vínculo con Pablo, pero tampoco lo hacía. A veces echaba de menos los años en los que habían estado verdaderamente unidos.

Ese momento, sin embargo, era distinto. Ninguno de los dos estaba hablando con el otro, a pesar de que Hugo tenía un buen motivo para comenzar a hacerlo. Necesitaba contárselo. Hablarle sobre Elías, explicárselo todo. Pero era más difícil empezar a hablar incluso de lo que había imaginado. Cada vez que lo intentaba, sus palabras se atascaban en su garganta, y todo cuanto hacía era seguir observando su móvil como si de veras estuviese leyendo algo importante.

Si eso no fuese suficiente, el recuerdo del día en el que su hermano mayor lo descubrió dando su primer beso estaba volviendo a atormentarlo como no lo había hecho en varios años.

—No deberías hacerlo —fue Pablo quien habló primero, sin quitar la vista del televisor. Hugo, que estaba tumbado frente a él, apartó el móvil de su vista para mirarlo.

—¿Qué? —No entendía a qué se refería. Porque no podía referirse a nada de lo que su mente estaba pensando en ese instante, porque eso era imposible.

—No deberías traer a gente a casa, papá y mamá nos lo tienen prohibido —¿cómo podría saberlo? Elías se había marchado horas antes de que su hermano regresase—¿Significaba eso que sabía también lo que había hecho mientras la otra persona estaba dentro?

—¿A qué te refieres?

—Los he visto, no hace falta que disimules —Solo por lo que pareció una milésima de segundo, hizo una mueca—. Yo que tú, iría buscando un mejor sitio donde tirar preservativos para cuando vengan papá y mamá.

Su corazón dio un vuelco. Los había tirado, junto con algunos clínex arrugados, en la basura de la cocina. No destacaban demasiado, aunque Hugo supuso que se podrían ver a simple vista si prestabas atención. Pero no pensaba... No pensaba que su hermano fuera a prestar la más mínima atención a algo como eso.

—¿No vas a decir nada? —seguía siendo Pablo quien hablaba.

Hugo apartó la vista hasta la televisión. Si había tenido alguna esperanza de que aquello fuera a resultar sencillo, desapareció en ese mismo instante.

—¿Ni siquiera vas a describírmela?

Tuvo ganas de levantarse del sofá y encerrarse en su habitación hasta que volvieran sus padres. O quizá incluso por el resto de su vida. Quizá no fuera tan mala idea vivir aislado.

—Tenemos que hablar —Hugo no lo miró a los ojos. Así era un poco más sencillo, solo un poco.

—¿Qué pasa? —dijo después de soltar una risa. Aun así, sonaba preocupado.

Hugo respiró profundamente antes de empezar a hablar.

—¿Sabes quién es Elías, no? El chico que vino a preparar la exposición de física hace tiempo. Lo llevaste en coche de vuelta a su casa cuando terminamos.

—Sí —Pablo había respondido sin demasiada convicción. Hugo no dijo nada durante un buen rato. Quería ver si su hermano era capaz de resolver el enigma por sí mismo. No lo hizo—. ¿Qué tiene que ver él con todo esto?

—Porque él es quien durmió anoche en mi cuarto.

Siguió sin mirarlo directamente, pero pudo ver por el rabillo del ojo cómo se incorporaba en el sofá. Después de un largo silencio, dijo:

—Si estás... —sonrió—. Si estas intentando gastarme una broma, puedes parar ya.

—Sabes que no es ninguna broma, Pablo. Tienes que saberlo.

—¿A qué te refieres?

Sabía lo que su hermano estaba haciendo. Estaba haciéndose el loco. Quizá lo hacía por comodidad, o... ¿era posible que fuese por miedo? ¿Miedo a qué, exactamente?

—En realidad —Esa vez, Hugo lo miró a los ojos—. ¿Desde cuándo lo sabes? ¿Desde cuándo sabes que tu hermano pequeño es gay? Tenías que saberlo. Puede que incluso desde antes de que yo mismo me diera cuenta.

—¿Qué...? —Sus ojos se habían dilatado mientras él hablaba—. ¿Qué coño me estás diciendo?

Hugo volvió a respirar, intentando recuperar la calma.

—No importa. Déjalo —No sabía hasta qué punto debería hablar con él sobre eso, al menos de ese modo.

—No puedes —Pablo sonaba decidido—. No puedes traerte chicos a casa, nunca más.

—¿Y tú? ¿Tú sí sigues pudiendo traerte a chicas a casa cuando papá y mamá no estén?

Volvió a soltar otra risa, esta vez más histérica que antes.

—No tiene nada que ver. Absolutamente nada —Hugo no habló en un par de segundos—. ¿De verdad hace falta que te explique cuál

es la diferencia? Si papá se entera, ¡solo imagina qué hubiese pasado si papá hubiese abierto la basura, en vez de yo! ¿Qué le habrías dicho?

—Lo mismo que te he dicho a ti.

Su hermano quedó impactado por un par de segundos.

—No sabes nada, sigues sin saber nada, ¿no?

—Lo único que soy incapaz de saber es por qué parece enfadarte tanto.

Se levantó del sofá.

—Esto no es solo sobre ti. Es sobre papá y mamá, es sobre absolutamente todos. No puedes... No puedes simplemente saltarte las reglas sin más. No puedes traerte a gente a casa, y menos... Y menos a tu novio, Hugo, ¡joder! Lo único que quiero... —No lo digas, quiso pedirle. No lo digas—. Lo único que quiero es protegerte.

Parecía como si estuviese volviendo a vivir la misma noche que hacía años, como si la misma conversación se repitiese una vez más.

Hugo estaba consiguiendo mantenerse tranquilo. A pesar del dolor, seguía tranquilo.

—No creo que sea tanto sobre todos, creo que comienza a ser sobre ti, en realidad —Estaba tumbado en el sofá, mirando el techo—. Creo que es a ti quien le importa lo que haga, no al resto.

—Mira... Piensa lo que quieras. Me da igual, me da igual si me odias por esto, pero vas a cortar con ese chico.

Hugo se incorporó de inmediato, sin ser capaz de creer lo que acababa de escuchar. ¿Cómo podía siquiera decir eso? ¿Cómo podía pensar que dejarlo con Elías iba a solucionar nada? ¿Cómo podía creer que seguía teniendo elección, que aún podía decidir quién y qué era?

—Claro que no —quiso gritarlo, pero en su lugar lo dijo solo con un hilo de voz.

—Vas a hacerlo. Antes de que papá y mamá vuelvan a casa. Y si se te pasa por la cabeza volver a traértelo...

—No voy a dejarlo —Se levantó del sofá, ahora estaba frente a él, solo a un par de pasos—. No voy a hacer nada de lo que me digas, en realidad.

Pensó que su hermano seguiría presionándolo, pero no lo hizo. Su rostro empezaba a volverse inexpresivo.

—Entonces no digas que no te lo advertí cuando te hagan daño.

Era lo último que necesitaba escuchar. Hugo se sintió tremendamente inútil por creer que podría haber funcionado. Debía haberlo imaginado, en realidad. Nada saldría bien, nada iba a salir bien, nunca.

Se giró antes de que el nudo en su garganta terminase de traicionarlo y caminó hasta las escaleras con la intención de, como había pensado antes, encerrarse en su cuarto para siempre. Pero no pudo hacerlo. Se detuvo, y se volvió a girar hacia Pablo, que seguía mirándolo con fijación. Aún tenía algo que decirle. Algo que llevaba queriéndole gritar años, con más rabia a cada día que pasaba.

—Esto no debería haber sido así. Yo no... Yo no tendría que haberte contado nada. Porque es imposible que no lo supieras —Pensó en el armario, en Lucas, en sus pesadillas—. Era... Era un niño. Yo era un niño y no tenía ni idea y estaba asustado y ni siquiera sabía qué era lo que me pasaba y tú... —Había empezado a llorar, pero no le importó—. Tú tenías quince años. Y lo sabías, lo sabías, joder, claro que lo sabías. ¿Cómo no ibas a saberlo? Viste lo que hice en ese armario y viste cómo te miré después y supiste que corrí a encerrarme en mi habitación nada más cenar e incluso así nunca dijiste nada. Eras mi hermano mayor, y debiste habérmelo explicado, ¡porque debiste haberte preocupado por mí! —Pablo siguió completamente quieto, sin expresión ninguna en su rostro—. Y no hiciste nada. ¿Sabes por qué? Porque esa noche... Lo único que te importó fue qué opinarían los demás, igual que ahora. Porque te preocupas por el mundo entero menos por mí.

Volvió a encerrarse en su dormitorio.

Había cerrado la puerta de su habitación y se había tumbado en su cama y había llorado y había tratado de dormirse y había vuelto a llorar y había intentado dormirse una vez más.

Hasta que por fin lo consiguió. Después de más de dos horas de intento, después de plantearse si contarle a Elías lo que había ocurrido o no, después de pensar que volvería a tener tantas pesadillas como

cuando era pequeño... Por fin cerró sus ojos y, por primera vez, estos permanecieron cerrados.

Cuando despertó, el teléfono móvil que había estado sujetando en su mano izquierda había empezado a sonar y vibrar. Hugo volvió a abrir los ojos, desubicado. Por un momento, le costó recordar qué había sido lo último que había pasado en su día, pero su mente se fue aclarando y las imágenes volvieron a asaltar su mente. El chico miró la pantalla del móvil y sus pupilas se contrajeron por el contraste de luz.

Si quedaba algo de cansancio en él, este desapareció al ver que quien realizaba la llamada era Elías. Hugo descolgó el teléfono y se lo llevó a la oreja.

—¿Sí? —su voz sonaba ronca, como siempre que estaba recién levantado.

—¿Hugo? —No solo Hugo sintió un escalofrío al oír esa voz, sino también el Elías que estaba dentro de él. Era imposible no estremecerse con esa voz, con la voz de su propia madre.

Hugo se preguntó qué haría la madre de su novio llamándolo a esas horas. Encendió la luz y revisó el reloj que colgaba de su pared. Eran las doce y media de la noche.

—¿Ha pasado algo? —Fue lo primero en lo que pensó. Quería quitarse las ideas que estaban empezando a rondar por su mente rápidamente—. ¿Está Elías bien?

—Sí —respondió ella a través del teléfono, aunque no sonaba muy segura—. Él está... Está bien, relativamente bien.

—¿Qué ha pasado? —repitió Hugo. Estaba más asustado a cada segundo que pasaba. Su ceguera... Nunca había parecido ser un problema para él. Elías siempre había parecido vivir bien con ella, al menos desde que Hugo lo conocía. Pero, ¿y si había tenido un accidente? ¿Y si... si algún coche...? No, no y no. Eso era imposible, no servía de nada pensar en esas cosas. Era ciego, no inútil. No tendría ningún accidente, no podía haberlo tenido.

—Es... —su madre pareció intentar arrancar, pero cedió y tuvo que respirar profundamente antes de volver a intentarlo—. Ni siquiera sé que ha pasado, en realidad.

Hugo se mordió los labios.

—Empieza por el principio. Lo que sea que haya pasado. Pero por favor. Cuéntamelo, lo que sea.

—Alguien... Creo que intentaron robarle —Hugo supo que se estaba refiriendo a Elías—. Creo... No lo sé. No lo sé —La mujer estaba... ¿llorando? Era difícil de decir a través del teléfono—. Había salido a cenar con Miriam, una antigua amiga suya. Yo sabía que iba a volver solo a casa y le dije que podría recogerlo, aunque estaba cerca, pero él dijo que no haría falta. Y luego... No sé... No lo sé, pero no me llamó. No me llamó y cuando llegó a casa tenía... —Le estaba costando hablar—. Le habían pegado, tenía la nariz sangrando, y parecía dolerle el costado y pensé que sería porque le habrían quitado su teléfono y que por eso no me habría llamado. Pero lo seguía teniendo y no sé... No sé por qué diablos no quiso llamarme.

Hugo pensaba que no podía respirar. Tenía demasiada información en la cabeza, viajando a la velocidad de la luz.

—Podría haber ido a recogerlo —siguió ella—. Aunque hubiese sido en la esquina de mi calle, Hugo, habría ido hasta él y no tendría que... No tendría que haber vuelto solo si me hubiese pedido ayuda.

—¿Está bien? —preguntó Hugo con el corazón en un puño—. ¿Seguro que está bien?

—Sí, está en el hospital. No tiene daños graves, por suerte —hizo una pausa—. Hugo, sé que es tarde, pero pensé que... que querrías saberlo. Desde que se cambió de instituto... Eres prácticamente su único amigo, solo nos tiene a nosotros. Y no ha querido decir por qué ha sido. No le han robado, ni el móvil, ni la cartera, nada. Y no quiere contarme nada. Pensaba que... Quizá si hablabas con él, podrías conseguir...

—Luego te llamo —la cortó él.

Porque tenía algo más importante que hacer antes de ir a ver a Hugo. Incluso cuando eso parecía lo más importante de todo el universo, había algo más urgente.

Obligó a sus lágrimas a permanecer en sus ojos, se puso en pie y abrió la puerta de su cuarto. Cruzó el pasillo de la planta alta de la casa y no tuvo que seguir buscando por más tiempo; la luz del cuarto de baño estaba encendida. Abrió la puerta de un portazo, cargado de furia.

Si era verdad... Si lo que se estaba imaginando era verdad... Iba a matarlo. Iba a matarlo después de lo que había hecho, no importaba cuál fuese la excusa.

Hacía algo más de calor en ese cuarto. Era el mismo en el que Pablo le había curado la herida que se había hecho de pequeño, pensó Elías. Lo único que había cambiado en todos esos años era el espejo que había frente a la bañera. Sin embargo, el suelo del cuarto no estaba ahora cubierto por las ropas de dos niños, sino por la de un solo adulto: su hermano. Hugo, sin embargo, no se fijó demasiado en las prendas, ni tampoco en absolutamente nada que no fuera su hermano.

Descorrió la cortina de la bañera y allí estaba él, completamente desnudo y echo un ovillo, con sus piernas recogidas, frotando sus manos bajo el agua. Su pulsera de cuero y su colgante de la estrella plateada eran las dos únicas cosas que podían diferenciarlo del niño que habría sido al nacer. No, esas no podían ser las dos únicas cosas. Si era verdad lo que Hugo estaba imaginando, debía existir muchísima más diferencia.

Pablo no lo miró a los ojos, ni tampoco levantó la cabeza.

—¿Qué has hecho? —De nuevo, quería gritarle, pero no podía.

Su hermano no respondió, ni levantó la cabeza. Lo que le hizo pensar que era verdad. Que lo que estaba imaginando era verdad. Pero no podía hacerlo. Pablo lo quería, por mucho que no entendiera su relación con Elías, lo quería, y nunca... Nunca...

Ante la falta de actuación de su hermano, giró en redondo y contempló el baño. En un principio solo lo hizo para tranquilizarse, para poder conversar con él, para no alterarse demasiado antes de saber

si de verdad tenía razón. Pero luego vio la camiseta de su hermano sobre el suelo. La camiseta blanca, con manchas rojas.

Y su mente colapsó dentro de él. Solo con imaginarse que sería la sangre de su amigo, de su novio... Quería llorar, pero no podía. Quizá el motivo fuese que deseaba hacer muchas otras cosas antes que llorar.

Se giró de nuevo hacia su hermano, y esa vez consiguió gritarle.

—¿Qué coño has hecho?

El pecho de su hermano estaba acelerado. Levantó su mirada hasta él. Parecía preocupado, pero también furioso.

—Te lo advertí.

Quiso matarlo. Allí mismo. Hugo apretó los puños. Quería matarlo, matarlo, matarlo. Su pecho iba a estallar, y también su corazón.

—¿Cómo...? ¿Cómo has...? ¿Cómo coño has sido capaz de hacerlo?

—Te lo advertí —repitió, un poco más alterado esa vez.

—¡Lo has dejado solo! No solo le has pegado una puta paliza sino que lo has dejado solo en mitad de la calle.

—Debe de haber vuelto ya, ¿no?

Estaban empezando a ocurrírsele demasiadas formas para hacerlo. Tantas que algo dentro de su mente no podía dejar de decirle: *"Para. Tranquilízate"*. Pero era incapaz de hacerlo.

—No vuelvas a dirigirme la palabra. Y si alguna vez... Como vuelvas a tocarlo...

—¿Qué? —Su ceño se había fruncido—. ¿Qué pasa, si vuelvo a tocarlo?

—Que te juro que te mato.

Y por primera vez tuvo miedo de sí mismo, porque lo estaba diciendo completamente en serio.

—Te dije que no me importaba una mierda si me odiabas, pero tenía que hacerlo.

"Tenía que hacerlo".

—Que te jodan.

—No iba a dejar que hicieras lo que te diera la puta gana. No con esto. ¡Lo hablé contigo! Te dije que me escucharas y que hicieras lo que te decía o de lo contrario acabarían por hacerte daño.

“Pero nunca pensé que fueras a ser tú —pensó—. No tú. Tú curabas mis heridas, no las provocabas”.

—No lo entiendes —Se acercó a él—. Que le haga daño no va a solucionar una mierda. No va a cambiar nada. Porque voy a seguir haciendo lo que quiera, ¡con quien yo quiera! Y por muchos tíos a los que mates, y por mucho que te joda, nunca vas a evitar que siempre siga teniendo uno al que meter en mi cama.

Solo quería hacerle daño. Aunque solo fuese una milésima parte del daño que Pablo le había hecho a él. Pero necesitaba verlo enfadado, dolido, tan ofuscado como lo estaba él mismo.

Pero no lo consiguió. Pablo no pareció mucho más enfadado después de escucharlo.

—Vas a aprender. Sea por las buenas, o por las malas. Vas a aprender.

—Porque, si no lo hago... —dijo, y dejó la frase en el aire. Su hermano volvió a apartarle la mirada—. Dilo, di qué es lo que pasará si no lo hago. Si no aprendo, quiero saber qué es lo que va a pasar. ¿Vas a matarlo? O mejor aún —Se arrodilló para quedar justo frente a él—. ¿Vas a hacerme lo mismo a mí? ¿Voy a ser yo quien llegue a casa con una puta paliza?

Solo entonces consiguió que su hermano se enfadara de verdad. Lo miró a los ojos, llenos de furia, y dijo:

—Si eso es lo que hiciera falta, ten por seguro que lo haría.

Hugo volvió a sentir su corazón romperse. Quiso volver a gritarle, aunque no serviría de nada. Quiso pegarle, puede que ahogarlo, y antes de tener la idea definitiva, pensó que lo que más deseaba era entenderlo.

—No —le susurró—. No vas a hacerlo. No vas a hacer nada de eso.

Se puso en pie, sus piernas temblaban. Todo su cuerpo temblaba. Pero no se detuvo. No iba a detenerse. Abrió el armario de la

izquierda del espejo y no buscó por más de tres segundos hasta encontrar el secador.

—Hugo —su hermano habló detrás de él.

“Asústate —quiso pedirle—. Por favor, asústate. Porque si no lo haces, si tampoco consigo que te importe esto, entonces no me quedará absolutamente nada”.

Con el aparato eléctrico en la mano, lo llevó hasta el enchufe más cercano a la bañera. Y lo enchufó.

—Hugo —repitió. Y ahora estaba asustado. Hugo sintió todo un alivio recorriéndole el cuerpo—. Hugo, ¿qué cojones haces?

Cuando se giró para mirarlo, su hermano mayor se estaba poniendo en pie.

“Oh. Cree que va a tener tiempo de salir de aquí”.

Encendió el secador que aun tenía en la mano y su hermano gritó. Su rostro era un espejo perfecto del terror más puro, al fin. Se preguntó si sería eso lo que Elías había sentido hacía tan solo menos de una hora.

“¿Le habías pedido que me deje? ¿Le dijiste a Elías que todo eso era por mí? ¿Antes, o después de comenzar a golpearlo?”.

Y tiró el secador sin esperar respuesta alguna.

Pablo había tenido tiempo de empezar a sacar una de las piernas del interior de la bañera, pero tan solo pudo apoyarla sobre el suelo cuando el aparato entró en contacto con el agua.

Podría no haber funcionado. Hugo sabía de sobra que lo más probable era que el seguro del diferencial se activase y se fuera la luz en toda la casa antes de que su hermano sufriera daño alguno. Pero no le importó, porque ni siquiera él mismo sabía qué era lo que quería que sucediera a continuación.

Y, sin embargo, funcionó.

Fue menos caótico de lo que hubiera pensado. Un rápido pero intenso sonido eléctrico vibró en toda la bañera justo antes de que se fuera la luz, aunque el momento había durado lo suficiente como

para que Hugo supiera que era bastante improbable que su hermano pudiera salir ileso de ese instante.

Antes incluso de que llegase a dudarlo, Pablo cayó inconsciente sobre el suelo del baño con un sonoro golpe sobre su cabeza.

Y entonces supo que había muerto, que lo había matado.

Sorprendentemente, Hugo se sintió tranquilo. Sabía que aquella sensación no iba a durarle demasiado, no después de lo que había hecho. Era probable que la racionalidad volviese a él en cualquier momento, y entonces no se sentiría así de tranquilo por el resto de su vida.

Respiró profundamente y un horrible olor le inundó los pulmones. Caminó dos o tres pasos hasta la salida del baño, sintiendo cómo sus piernas temblaban ahora más que antes. Al alcanzar el pasillo, cerró la puerta sin siquiera mirar hacia atrás, como si de esa forma fuera a ser capaz de olvidar el infierno que acababa de pasar.

Lo que no podía saber de ningún modo era que su verdadero infierno no se encontraba a sus espaldas, sino mirándolo de frente.

CAPÍTULO 4

Elías tuvo que luchar por mantener el equilibrio una vez que la casa de Hugo se desvaneció a su alrededor. Sentía menos peso sobre sus hombros ahora que había abandonado la visión, pero el impacto que había supuesto ver a Hugo haciendo algo como eso seguía estando atado a él. Sus manos temblaban, y su respiración seguía tan agitada como lo había estado la de Hugo hacía tan solo unos minutos.

La propietaria de la tienda se situó frente a él, envuelta, una vez más, por toda esa aura blanca que lo cubría casi todo. Elías se detuvo a analizar su rostro. Parecía preocupada, puede que a ella también le hubiese impactado descubrir la verdad sobre Hugo. Porque, ella también tendría que haberlo visto, ¿no?

—Cámbialo —le ordenó Elías. Su voz seguía sonando como la de Hugo, y le costó un par de segundos recordar que seguía estando

atrapado en el cuerpo de su amigo—. No me importa lo que cueste, pero tienes que cambiarlo.

—No puedo —la voz de mujer no podría haber sonado más tranquila.

—¿Cómo no vas a poder? Te pedí...

—Me pediste descubrir qué era lo que llevaría a tu amigo a cometer el crimen, pero nunca te prometí que pudiera cambiarlo.

Elías sintió una oleada de impotencia inundándolo. No podía dejar que eso ocurriese. Solo de recordar cómo se había sentido al estar dentro de la mente de su amigo después de que arrojase el secador... Había sido horrible. Toda su vida se vería destrozada por ese instante. No podía dejar que le ocurriera, no a alguien como Hugo.

—Pero necesito evitarlo —los tendones de su cuello se tensaron al decirlo.

—Pues evítalo.

—¿Cómo? —le preguntó—. Si insinúas... Si insinúas que me aleje de él, no voy a hacerlo. No puedo, y tampoco eso ayudaría absolutamente nada.

—No te estoy pidiendo que te alejes de él... Tampoco es que pensase que fuerais a ser capaces de vivir alejados el uno del otro, después de todas las visiones —Elías tragó saliva. Ni siquiera había tenido tiempo de pensar en eso, en la forma en la que Hugo y él se habían querido en las visiones. ¿Sería posible que acabase ocurriendo de ese modo en el mundo real? Quiso profundizar en sus pensamientos, pero la voz de esa mujer se lo impidió—. Lo único que tendrás que hacer es hablarlo con él.

El chico retrocedió un paso.

—No puedo. No sería capaz de... Ni siquiera le he dicho la verdad para traerlo aquí, ¿cómo voy a explicarle ahora que he visto la forma en la que asesinaba a su hermano? No es algo... No es algo que se pueda explicar. Dudo incluso que llegue a creerme.

—Existe otra manera, algo más directa.

—Dímela.

—Puedo hacer que las vea, todas y cada una de las visiones que tú acabas de ver. Se dará cuenta de que le mentiste, claro, pero quedará en su mano cambiar sus errores.

—Entonces, hazlo —No quería imaginarse la expresión de Hugo al descubrir todas sus mentiras, pero supo que era lo correcto. Tarde o temprano tendría que enterarse—. Haz que pueda verlo, por favor.

—Aun así, todo esto va a costaros algo a cambio.

A Elías no le gustó que utilizara el plural en su frase, pero intentó que no se le notase.

—Ya te dije que te pagaría. No tengo problema por el dinero.

—No quiero dinero —Y sonrió—. Los creyentes del Tarot me dejan bien provista de eso. Lo que necesito, lo que ya he tomado, es algo distinto.

Elías sintió su corazón volver a bombear con fuerza. ¿Qué habría sido capaz de hacer esa mujer? Si le había hecho daño a Hugo... Todo eso era por él, y si ella lo había engañado de ese modo, no se lo perdonaría.

—¿Qué es?

—El amor que sentíais el uno por el otro —Los ojos de Elías se dilataron y su boca quedó entreabierta—. El amor siempre ha sido una de las mayores energías del mundo mágico, pero cuando todavía ni siquiera ha sido consumado, su valor se multiplica hasta límites inesperados. Y el vuestro... Era el amor más puro que he encontrado en mucho tiempo. Y ahora me pertenece.

—Pero yo no estaba...

—No hace falta que me mientas, Elías. Ni siquiera habría hecho falta saber sobre magia para darse cuenta.

Quiso oponerse, declarar que aquello no era cierto, pero supo que no serviría de nada.

—Entonces...

—Seguiréis siendo amigos, eso no ha sido manipulado. Pero el futuro que has podido ver nunca ocurrirá, ni siquiera aunque vivierais

por mil años. No lo amarás cuando despiertes, y tampoco te amaré él a ti.

Para sorpresa de Elías, oírle decir eso llegó incluso a doler. Nunca había pensado que tendría un vínculo como ese con su amigo, pero ahora que lo había visto para después saber que era imposible... Se sentía casi como si hubiesen jugado con él.

—Está bien —Tuvo que esforzarse por volver a lo importante. Al fin y al cabo, no podía dejar que algo como eso le afectase. Al menos no mientras Hugo siguiera estando en peligro—. Muéstraselo, y haz que todo esto acabe de una vez.

El mundo se desvaneció por una última ocasión y, cuando al cabo de un tiempo Elías abrió de nuevo los ojos, ya no podía ver absolutamente nada.

Fue como si su pecho ardiera en su interior.

Hugo se incorporó de un sobresalto sobre la pequeña cama en la que había estado durmiendo, respirando profundamente al hacerlo. Su primer instinto fue llevarse la mano cuya muñeca no tenía atada hasta su corazón. Bombeaba de una forma tan brusca que parecía que fuera a colapsar de un segundo a otro. Clavó sus uñas sobre la piel de su pecho y sintió una pizca de dolor físico. Nada comparado con el dolor que sentía dentro de él.

Lo siguiente que hizo fue desatar las camisetas que lo unían a Elías y apartarse de él en el menor tiempo posible. Rodó hasta el borde de la cama e intentó ponerse en pie, pero cayó de rodillas antes de poder dar un solo paso.

Era casi como si siguiera viéndolo.

Se suponía que no iba a sentir absolutamente nada mientras dormía. Esa mujer... Y Elías... Le habían prometido que todo lo que necesitaban de él eran sus ojos, le dijeron que no le costaría más que dormir por una noche. Pero le habían mentido. Elías le había mentido. Nada de esto era por su visión, sino por él mismo. Todo era por él, por las cosas que acababa de ver.

No, no solo de ver, sino de vivir.

Había vuelto a sentir el dolor de sus rodillas, los labios de Lucas, las lágrimas en sus mejillas... Y su amor por Elías, su felicidad, su posterior rabia... Había sentido todo, incluso la tranquilidad tras haber matado a alguien.

Y ahora todo era fuego ardiente en su interior, recorriéndole las venas y dejándolo sin aire.

Se giró para mirar a Elías, quien seguía durmiendo sobre la cama, y quiso sentirlo. Quiso sentir lo mismo que había sentido durante esos tres meses, lo mismo que había querido confesarle antes de que el efecto del té lo arrollara por completo.

Pero no pudo. Se preguntó si sería por haber descubierto que lo había engañado, pero sabía que ese no podía ser el motivo. No habría podido odiarlo por ello, no podría odiar a Elías por intentar ayudarlo, incluso cuando le había ocultado información. Y, aun así, no podía seguir sintiendo amor en su interior. Se había ido. Lo que fuera que le había estado causando agrado cada vez que estaba con su amigo había desaparecido.

Se puso en pie, tembloroso, y consiguió volver a vestirse con su camiseta y sudadera justo antes de escucharlo.

—Lo siento —dijo Elías con voz ronca.

Hugo no habló mientras observaba a su amigo moverse sobre la cama, con la mirada perdida en el espacio en el que se encontraba él de pie.

—Por todo —siguió él hablando. Elías tragó saliva—. Ojalá...

—No —lo cortó Hugo. Elías entreabrió un poco los labios, sorprendido—. Solo... Iré a buscarte cuando acabe.

Se giró y cruzó la puerta para después marcharse del establecimiento.

Ni siquiera él mismo sabía qué sería lo que haría cuando llegase a casa. Las emociones en su interior estaban tan mezcladas que era imposible para Hugo otorgarles prioridad, o tan solo distinguir unas de otras.

El trayecto de autobús había durado alrededor de quince minutos, pero ni siquiera eso había servido para calmarlo. Sus manos sudaban, y su mente no podía dejar de pensar en todo una y otra vez como un ciclo infinito. Pensaba en su rabia, sus inseguridades, sus pesadillas, y también en Elías. En Elías, que le habría servido para saber qué hacer, cómo actuar. Elías le habría ayudado a ser mejor; siempre era alguien mejor si estaba con Elías. Pero no solo lo había dejado atrás a él, sino que las emociones que lo hacían sentirse de ese modo también se habían perdido en algún punto del camino.

Y ahora estaba solo. No, no solo: siempre seguiría estando acompañado de su rabia, sus inseguridades y sus pesadillas.

Todo lo que quería era poder sacar el fuego de su pecho, liberarlo al exterior, ya fuera en forma de lágrimas, de golpes, o puede incluso que en forma de dibujos. Pero necesitaba dejar de sentir que se quemaba por dentro lo antes posible.

Cuando se bajó del autobús, caminó apresurado durante los dos o tres minutos de camino que existían entre la parada de autobús y su hogar. Al entrar en casa, su respiración estaba agitada, en parte por su nerviosismo, y en parte por el ritmo que había seguido mientras caminaba. Pero no estaba cansado, no podría sentirse cansado hasta librarse de ello.

Escuchó ruido en el salón, aunque supo que sería difícil encontrar a Pablo allí. No solía pasar demasiado tiempo en el salón, menos aún si tenía que compartirlo con cualquier otro miembro de la familia. De modo que subió hasta la planta de arriba, entró en el dormitorio de su hermano sin siquiera llamar a la puerta y lo vio recostarse sobre su cama justo antes de mirarlo a los ojos.

No solo lo vio sentado sobre su cama, sino también tratando de salir de la bañera. Lo vio muerto sobre el suelo al que no había querido siquiera mirar en sus visiones. Y lo vio más joven de lo que era ahora, siendo un niño, sonriéndole después de cualquier chiste infantil.

—¿Pasa algo? —Pablo se había quitado sus auriculares. Su voz sonaba preocupada.

Hugo no supo qué decir, ni tampoco qué sentir. Había querido odiarlo, porque era consciente de que lo que había visto mientras dormía no estaba lejos de la realidad, y sabía que su hermano sería capaz de hacerle daño de ese modo. Incluso cuando lo habría creído imposible, supo que sería capaz de hacerlo.

Pero, simplemente, era imposible para Hugo odiar a su hermano. Por mucho que se esforzase en ello, nunca podría hacerlo.

No se dio cuenta de cuándo comenzó a llorar, y ahora las lágrimas recorrían sus mejillas como tanto había querido que hicieran desde que había despertado en la tienda.

Pablo no tardó en percatarse de que algo no iba bien, de modo que se levantó de su cama y lo abrazó. Hugo sintió sus brazos envolviéndolo como cuando eran pequeños, y por un breve instante quiso apartarse de él. Pero no pudo. Todavía seguía estando dentro de su hermano, ese aura que hacía que se sintiera protegido del mundo entero. Y no podía renunciar a ello. No sin antes haber luchado por salvarlo.

—Va a estar bien —dijo Pablo—. Sea lo que sea, vamos a arreglarlo, te lo prometo.

¿Arreglarlo? Podría ser. Hugo pensó que acaba de ocurrírsele una solución para salvar el vínculo que los unía. Le devolvió el abrazo y dejó que las llamas de su pecho fueran apagadas por sus lágrimas.

—Necesito que me ayudes —Hugo pensó en sus visiones mientras hablaba. En la mujer de la tienda, en su magia, y en el efecto que tendrían sobre su hermano.

—¿Qué pasa? —preguntó Pablo—. Pídemelo lo que sea. Lo que sea.

Se las enseñaría. Le pediría a la mujer que repitiera el proceso con su hermano, y después de eso sería imposible no entenderlo.

—Ven conmigo. Ahora. Hay algo que tengo que mostrarte.



Leticia Morgado Rodríguez

Nace el 7 de septiembre de 1987 en Lepe (Huelva). A los 18 años se muda a Sevilla, donde se licencia en Bellas Artes y realiza el Máster Universitario en Arte: Idea y Producción. Complementa su formación estudiando japonés e inglés.

A Leticia le apasionan los cómics, leer libros, la comida japonesa, la tarta de queso, adora los gatos, las muñecas japonesas BJD, el cosplay y cantar (ha participado en varios musicales de LA SUPERTROPA). Entre sus proyectos actuales se encuentra la realización de un cómic manga de temática Steampunk-Noir titulado "BLACK DEATH".

Ha participado en exposiciones y realizado carteles para varios eventos y musicales. Realizó Concept Art y skins para la empresa de videojuegos Enefecto 3D. Ha impartido el taller de Ilustración Digital en la Universidad de Sevilla y Cursos de Dibujo Manga en centros cívicos, eventos y librerías especializadas. Ha trabajado como Portadista e Ilustradora para las editoriales: Apuleyo Ediciones, Kelonia Editorial, Fantasy, Cazador de Ratas y Producciones Whyvernas. Colorista de comics para Carmona en Viñetas, Amigo Comics (El Torres), Roger Bonet y GEE Comics. Actualmente, trabaja como dibujante de comic para la editorial americana Rune Comics.

*Esta edición no venal,
se ha impreso en Andalucía
en el verano de 2019.*



Agencia Andaluza de Instituciones Culturales
CONSEJERÍA DE CULTURA Y PATRIMONIO HISTÓRICO